ARTURO USLAR PIETRI

Del hacer y deshacer de Venezuela

DEL HACER Y DESHACER DE VENEZUELA

ARTURO USLAR-PIETRI

DEL HACER Y DESHACER DE VENEZUELA

publicaciones del ateneo de caracas

caracas - 1962

Impreso en Venezuela por Italgráfica, C. A., Teléfono 41.26.86, Caracas

Toda historia es el proceso de un hacer y un deshacer. Se derribaron árboles para hacer casas, se mataron animales para hacer abrigos con sus pieles, se desviaron o represaron las corrientes de agua para regar sementeras. El fuego es el gran símbolo de esa condición. Fuerza destructiva por excelencia, que el hombre convirtió en el primer instrumento de la civilización.

La acción de los hombres en el tiempo es la historia. A condición de que alguien quede para darse cuenta de lo que ha pasado. Ese darse cuenta, por su parte, es precisamente la acción de la historia sobre los hombres. Por ese darse cuenta podemos ponernos en una actitud de recibir o rechazar el pasado. De partir en guerra contra él, o de utilizarlo como instrumento del futuro. Hay una erosión del tiempo sobre los hombres. Así como el agua o el viento labran y cambian la faz de la tierra, la corriente del tiempo es un agente modelador de la acción humana. Pero también los hombres labran y condicionan el tiempo con su manera de entenderlo. La historia es también, y acaso sobre todo, el tiempo sometido a la erosión de los hombres.

Venezuela es un paisaje de la historia. Podemos verla dramáticamente en la faena de ser hecha y deshecha por sus hombres, que es también la manera en la que ella hace y deshace sus hombres.

Si uno contempla de una manera simple y superficial la difícil y oscura historia de este país estaría tentado de decir, robando los términos a la geología, que hubo una edad neptuniana del hacer y deshacer de Venezuela, que es el tiempo de la Colonia. Por lenta sedimentación de materia se fueron constituyendo los ordenados estratos de una vida social. Des-

pués, con la Independencia, vino una edad plutónica, de violentas resquebrajaduras y fallas, de explosivo choque de fuerzas, que alteró toda la estructura y el aspecto de la sociedad.

No sé lo que podrán pensar los geólogos de este símil, pero temo adivinar lo que podrían decir los historiadores. El proceso del hacer y del deshacer es continuo, sólo que hay etapas en que reviste formas de violencia.

En la etapa colonial están presentes todas las fuerzas y la mayor parte de las circunstancias de las que más tarde parece alimenarse la violencia. El desajuste entre los fines y los medios, entre las condiciones y los propósitos, entre lo que se pretendía ser y lo que no se quería ser. No sólo la época colonial estaba preñada de las violencias de la Independencia, sino que en ella se inicia, no ya las condiciones de la pugna futura, sino la pugna misma.

Ha sido de trabajos la historia de Venezuela. De trabajos y de desazones. De grandes y desmesuradas esperanzas y de difíciles reajustes con la realidad. De poner en el mañana o en lo lejano el objeto de la acción apasionada y fulgurante, por no querer, o acaso poder, atenerse a lo presente y a lo dado.

La imagen cabal acaso sea la de aquel puñado de hombres que sale con Alfinger o con Hutten de la miserable ranchería de Coro a buscar, en una de las hazañas de energía y de tenacidad más grandes del hombre, la inalcanzable ciudad de oro del rey Dorado, cuando, con una parte mínima de ese mismo esfuerzo, hubieran podido hacer en su asiento original una ciudad habitable, y unas huertas donde los vecinos pudieran vivir y prosperar a gusto y en paz.

La larga búsqueda de El Dorado termina en frustración, en desaliento y en perezosa resignación. Era como una subordinación o sacrificio de los fines inmediatos y accesibles en beneficio de los fines mediatos e inaccesibles. Cuando se tenía a mano hacer una ciudad y una huerta se consumían todas las energías en la desesperada búsqueda de El Dorado. Entre el país miserable de las rancherías y la ciudad de oro macizo, no hubo término medio.

Hay cierto paralelismo en nuestra historia entre la búsqueda de El Dorado en el siglo XVI y la desesperada búsqueda

de la República ideal en nuestro siglo XIX. Entre la búsqueda de la ciudad de la riqueza y la de la ciudad de la justicia. Fueron vidas enteras y almas enteras, las que, de espaldas a lo inmediato, se pusieron a una y otra empresa.

En ambas aparece, reveladoramente, un desacuerdo fundamental entre los fines y los medios, entre el pasado y los proyectos, entre los hombres y los ideales. Una historia de contradicción, de pugna y de desasosiego entre lo que se podía y lo que se quería. Entre lo que se tenía y lo que se perseguía. Entre lo que se sacrificaba y lo que no se lograba.

El resultado ha venido a ser, generalmente, un sentimiento de frustración o de fatalidad enemiga. No correspondía el fruto ni a la esperanza, ni al esfuerzo. ¿Era acaso culpa del esfuerzo o era tal vez culpa de la esperanza? Un buscar lo no alcanzable. Que ha significado muchas veces un deshacer y un desperdiciar, de ocasiones y hombres, en busca de un gran hacer que no se alcanza.

Por eso, acaso, nuestra historia está tan llena de ansiosos y de frustrados. De ansiosos que casi fatalmente se han de convertir en frustrados. Frustrado fue Alfinger y frustrado fue Hutten porque no buscaban lo que encontraron, porque lo que buscaban no era alcanzable para ellos.

Frustrado fue Las Casas con sus Caballeros de la Espuela Dorada, frustrado fue Fajardo a su manera y Lope de Aguirre a la suya. Y más tarde en el siglo XIX, en grado variable y en forma diferente, no menos frustrados se van a sentir Miranda, Simón Rodríguez, Ustáriz, o Bello. Por no nombrar al más grande de los desesperados hacedores: Simón Bolívar.

Más que la historia lineal de los sucesos y de los hombres me ha interesado la trama de ese hacer y deshacer que es más, acaso, la materia del novelista que la del historiador. Lo que no significa que el historiador deba trabajar menos con la vida que el novelista.

Esto, tal vez, explica porqué éste no es ni pretende ser un libro de historia sino un conjunto de reflexiones sobre la vida venezolana, hechas en discontinuas horas, en la que se toma y se retoma el tema de la erosión del hombre y del tiempo en lo que hasta ahora hemos llamado la Historia

de Venezuela. Que es acaso, el hamletiano o segismundiano tema, de no haber querido ser lo que podíamos, o de no haber podido ser lo que queríamos.

Estoy convencido de que no es una reflexión inútil. Buscar las raíces, señalar las contradicciones, observar ciertas aparentes constantes, puede ayudarnos a que, en el hoy y en el mañana, el hacer llegue a ser más que el deshacer, y lo inmediato más que lo inaccesible.

Lo que reflejan estas páginas es una dolida y reiterada preocupación de entender. Sin ella la historia no sería sino un cuento de hadas. La preocupación de entender, no de un historiador, que no pretendo serlo, sino de un hombre, que no se resigna a aceptar la historia como una fatalidad a la que hay que someterse pasivamente.

Caracas, 18 de noviembre de 1961.

LA CONQUISTA DE AMERICA, COMO PROBLEMA JURIDICO Y MORAL*

La conquista de América ha sido uno de los más grandes procesos de transformación histórica, de conflictos culturales, de evolución social, de adaptación económica y de creación y cambio de formas de relación entre los hombres, que haya experimentado la humanidad.

Lejos se está de haber completado de modo satisfactorio el estudio de todo lo que allí cambió y se creó y de sus inmensas consecuencias para el desarrollo de la civilización.

Ha tenido, además, como toda experiencia humana sus vastas repercusiones emocionales y sentimentales. De donde se han nutrido las que llamamos leyenda negra y leyenda dorada de la conquista.

La leyenda negra, nutrida por la aversión hacia los españoles, que sentía la Europa del siglo XVI, por sus guerras de dominio y por su intransigencia religiosa, vino a fortalecerse en el siglo XVIII por la hostilidad de los enciclopedistas hacia el país de la Inquisición. Un libro de violenta falsificación histórica como el del Abate Raynal, vino a expresar este punto de vista de apasionada negación de toda la obra de los españoles en América.

Como reacción contra tan negro cuadro que no veía sino errores y crímenes en la colonización española, vino a forjarse, a su vez, una leyenda dorada, que pretendía justificar

---

* Conferencia dictada en la Universidad Católica "Andrés Bello".

y ensalzar todo cuanto ocurrió en los tres siglos del imperio español de América.

Ambas leyendas son, por descontado, falsas. Lo que pasó en América es bastante más complejo que una leyenda negra o que una leyenda dorada, es la complejidad del alma humana y de los hechos y es por eso que es importante conocerlo y estudiarlo. No podemos absolverlo y terminar la preocupación, declarando simplemente que todo aquello fue un crimen, o declarando llanamente que todo aquello fue una época paradisíaca de perfección y de bondad.

Hubo grandes conflictos y grandes contradicciones, y en ese yunque del conflicto y de la contradicción se forjó al alma hispanoamericana. Ese período formativo tiene ese interés para nosotros.

En todo ese período hay un rasgo que es muy importante, la conquista es un hecho tan viejo como el hombre, el hombre casi desde que apareció sobre la haz de la tierra, trató de sojuzgar a los más débiles, servirse de ellos, apoderarse de lo que tenía de deseable el vecino. Puede decirse que la primera actividad del hombre fue apoderarse de lo ajeno, conquistar, dominar, señorear a los demás. Y casi nunca los que conquistaron y dominaron tuvieron preocupaciones que no fueran de orden material con respecto al hecho mismo de la conquista. Si alguna vez se preocuparon de justificarla fue porque podía haber algún otro vecino poderoso que objetara el hecho de la conquista, es decir, una manera de impedir que otro más fuerte les arrebatara el fruto de su propia rapiña.

Ese derecho de conquista fue una especie de crimen legalizado al través de toda la historia humana, como lo fue la esclavitud. Sin embargo, en la conquista española de América, lo que pudiéramos llamar el derecho de conquista, la justificación jurídica y moral de la conquista, fue una de las preocupaciones fundamentales de todo ese proceso. Jamás en la historia de la humanidad un país conquistador ha pasado por más profundos y graves problemas de conciencia con respecto al hecho de la conquista. Y esto, no hay duda, honra a la Nación española.

Nosotros frecuentemente caemos en un error común de apreciación histórica y es que tratamos de juzgar los hechos

de los hombres de otros tiempos a la luz de nuestra actual mentalidad. Nos cuesta mucho trabajo despersonalizarnos, olvidarnos de quiénes somos, de cómo pensamos, del mundo que nos rodea y ponernos un poco dentro de la piel de un hombre del Siglo XVI o del Siglo XIII. Sin embargo, si no hacemos ese esfuerzo de meternos dentro del pellejo de ese hombre de otro siglo, muy difícilmente podríamos llegar a explicarnos lo que aconteció en ese tiempo, y por eso, muchos observadores superficiales no entienden bien esos sucesos y tienen la tendencia a explicar, por ejemplo, como hipocresía cosas que hoy en día serían hipócritas dichas por un gobernante, pero que en el estado de espíritu y en la manera de pensar del Siglo XV o del Siglo XVI eran profundamente sinceras.

Los conflictos de conciencia que atormentaron a España en el proceso de conquista no eran hipocresía, eran problemas reales, y lo eran por esta razón fundamental: porque los que gobernaban a España, los Reyes y sus consejeros, eran espíritus profundamente religiosos y para ellos no se trataba de infringir o de no infringir una Ley escrita sino de algo mucho más grave, como era salvarse o condenarse. Para un descreído este problema no se plantea, incluso podría pensar que era pura hipocresía el que aquella gente pretendiera ocuparse de ello, pero para un Fernando El Católico, para sus Canonistas y sus Teólogos que discutían estos temas, era la cosa más importante que podía ocurrirles porque si resultaba que la conquista de América no estaba justificada de un modo claro, y si no podían dar una cuenta satisfactoria ante Dios de ese hecho, estaban perdiendo lo más importante que había para ellos que era la salvación de su alma. No debemos perder de vista este aspecto para juzgar cómo y por qué actuaron esos hombres.

El propósito, y casi lo que pudiéramos llamar la manía de justificación jurídica, de hallar los justos títulos para estar en América aparece muy temprano. En 1493, al año siguiente del Descubrimiento, ocurre la primera gestión de los Reyes de Castilla y de Aragón ante El Vaticano para obtener una especie de autorización de conquista. Estas son las famosas Bulas de Donación del Papa Alejandro VI, que fueron dos, aunque en realidad prácticamente es una misma

corregida porque se hicieron unos cambios importantes sin alterar el propósito de la Bula original.

Esta donación la solicitaron los reyes de la Santa Sede por varias razones. Por una razón política obvia: para poder tener especialmente frente al Rey de Portugal un título que esgrimir. Pero igualmente por un problema jurídico y moral.

En lo que pudiéramos llamar el espíritu jurídico de la España de la época de la conquista lo que existía era la evolución del viejo Derecho Romano, con las innovaciones de origen germánico que ocurrieron durante la época de dominación visigótica, que vino a encontrar expresión en el *Fuero Juzgo* y más tarde en *Las Siete Partidas*. En *Las Partidas* se expresa que "el modo de adquirir la soberanía", o el Poder Político sobre un pueblo está limitado a varias maneras precisas y claras. La primera es por herencia, es decir, cuando el hijo sucede al padre como soberano. La segunda es por matrimonio, cuando una persona se casa con el Rey o con la Reina del país al cual va a acceder luego como Soberano. La tercera es por elección, es decir, cuando las gentes de un país se ponen de acuerdo para designar Soberano a una persona, y la cuarta manera es por donación del Emperador. Aquí aparece la palabra, que vamos a encontrar en todo este largo Debate.

Durante la Edad Media, uno de los grandes conflictos que sacuden a Europa es el de jurisdicción entre el Papado y el Poder Civil. El poder civil estaba encarnado por el Emperador, heredero titular pretenso del Imperio Romano, que era el Sacro Imperio Germánico. El Emperador y el Papa vivieron en conflicto perpetuo, que llegó muchas veces a ser lucha armada por la afirmación de derechos contradictorios. El Emperador pretendía que el Papa no tenía poder en materia temporal, que todo lo que era temporal dependía del poder político civil. Y por el contrario los partidarios del Papado sostenían que el Papa tenía Poder temporal sobre toda la tierra y que en la transmisión de autoridad que Cristo le hizo a San Pedro iba implícito el poder temporal. Que el Papa podía delegar ese poder temporal en los gobernantes seglares, pero simplemente como una especie de Delegación, en tanto que la manera de gobernar no entrara en conflicto con la

creencia religiosa o con los dogmas o con las disposiciones de la Iglesia.

Este conflicto muy grave, dividió a Europa profundamente. Los hombres más importantes de la Edad Media tomaron parte en pro o en contra, hubo los Güelfos y los Gibelinos que eran precisamente los partidarios del Papado y los del Emperador, y nunca se llegó a una solución final aceptada. Lógicamente, todo esto engendró una inmensa cantidad de literatura jurídica y teológica, interpretando y sosteniendo una tesis o la otra. Esta disputa ya era vieja cuando se descubre América y había en ella quienes sostenían la tesis de que el Papa era Señor temporal y no solamente Espiritual y, por lo tanto, estaba en su mano poder dar y arrebatar la soberanía temporal a los príncipes.

Es en este principio, que tiene su expresión más conocida en un comentarista de Derecho Canónico llamado el Ostiense, donde se inspiran todas las interpretaciones del derecho del Papa a la donación del territorio americano a los Reyes. Las Bulas Alejandrinas del año 1493 hacen donación, de las nuevas tierras que se van a descubrir, que luego fueron corregidas por el famoso trazado del Meridiano imaginario que el Papa estableció, a partir del cual correspondía a los Castellanos colonizar y antes del cual correspondía a los portugueses. En esa donación se daba a los Reyes de Castilla la misión de cristianizar y evangelizar en las nuevas tierras, y, por lo tanto, se les daba la soberanía para que pudieran ejercer esa misión.

Tal fue el título y con esto parecía resuelto el problema. Sin embargo, no estaba resuelto, y tan no lo estaba que el debate surge de pronto muy rápidamente.

En el primer territorio colonizado que fue Santo Domingo, lo que llamaban entonces la Isla Española, tan temprano como el año de 1510 llegaron unos frailes dominicos quienes se dieron cuenta de que allí se había operado un proceso de esclavización de los indios. Se había establecido por la necesidad. Los hombres que venían de España no eran labradores, sino conquistadores, guerreros, gente que buscaba mejorar de vida y sacar provecho y, por lo tanto, echaban mano del indio para ponerlo a trabajar y lo esclavizaban.

Surgieron los repartimientos y las encomiendas y los dominicos se encontraron con que los tales no eran otra cosa que una manera bestial de opresión y de esclavitud. El padre Montesinos, uno de estos dominicos, en 1510, predicó un sermón en la ciudad de Santo Domingo por el cual negaba la comunión a los encomenderos y a los dueños de repartimientos por la manera inhumana y contraria a todo principio cristiano con que trataban a los indios. Surgió el escándalo, fue de inmensa magnitud, y llegó a la corte. Así quedaba planteado un conflicto que nunca llegó a resolverse satisfactoriamente. El conflicto entre la necesidad militar y material de la conquista y la necesidad de justificar jurídica, teológica y cristianamente ante la conciencia, el hecho de la conquista.

Sube el conflicto a la Corte y los Reyes, Don Fernando y Doña Isabel, lo consideran suficientemente grave para convocar una reunión de teólogos y de canonistas, es decir, de la gente más sabia en estas materias, para que se reunieran y dijeran lo que había que hacer, para que fuera conforme a derecho y a los principios cristianos.

Esa reunión, nacida de la protesta de los dominicos, va a durar largo tiempo y de ella va a salir el primer cuerpo de legislación sobre Indias, las famosas Leyes de Burgos que se promulgan en 1512. Las Leyes de Burgos, establecieron una serie de principios muy importantes y nuevos. En primer lugar declaraban la libertad de los indios, es decir, los indios no pueden ser esclavizados, son libres y hay que considerarlos como seres libres. Por lo tanto, condenaban y abolían la esclavitud. Establecían un régimen de trabajo que podríamos llamar el más remoto antecedente de la legislación del trabajo en tierra americana. Dicho régimen establecía cosas como éstas: en primer lugar, que los indios no podían trabajar más de cinco meses continuos al año y, al cabo de ellos debían disfrutar de cuarenta días de descanso, que llamaban ellos de holganza, antes de iniciar otro período de trabajo. Elevaron el jornal al doble, de medio peso de oro a un peso de oro anual y establecieron ciertas obligaciones que llamaríamos hoy prestaciones complementarias, que el encomendero tenía que cumplir con respecto al indio, entre las cuales estaba la del suministro de la alimentación, y de

la vivienda adecuada, erigir una Iglesia y algunas más tales como, por ejemplo, el que las mujeres embarazadas no podían emplearse sino, exclusivamente, en servicio doméstico. Le quedaba prohibido al encomendero aplicar castigos. No podía aplicar directamente castigos al indio, sino que tenía que ocurrir a las autoridades judiciales normales, para que aplicaran los castigos a que hubiera lugar. Establecían también regulaciones sobre la forma de obtener y de mantener la encomienda.

Estas leyes de Burgos son la matriz y la fuente de toda la legislación que hubo de regir en tierra americana, que fue esencialmente ad-hoc para el mundo americano que ya se apartaba de la ley común europea.

La Junta de Burgos, no fue tranquila y unánime, sino que engendró disputas y debates muy importantes. La primera cosa que surgió fue lógicamente el problema de los Justos Títulos. ¿Qué derecho tenía España a venir a América a ocupar las tierras de los indios, a establecer una autoridad propia y además a esclavizarlos? Ese debate, que fue de suma importancia, estuvo personificado sobre todo, por una gran figura de jurista español del Renacimiento, la de Juan López de Palacios Rubio. Juan López de Palacios Rubio fue el jurista principal de los Reyes Católicos, hombre de inmensa erudición que escribió un Tratado muy importante, que ahora acaba de ser editado en México, que se llama "De las Islas del Mar Océano" y en él sigue la tesis del Ostiense, es decir, la tesis favorable al poder temporal del Papa, y, por lo tanto, opina que éste, como señor temporal, podía concederle a los Reyes Católicos la posesión de estas tierras de infieles, sujeta a ciertas condiciones y con el ostensible propósito de cristianizar a los habitantes.

Las Leyes de Burgos son, en cierto modo, el resultado de ese debate.

Junto con dichas Leyes surge otro problema. Se dice que para que se tenga derecho a ocupar la tierra de los infieles habría necesidad de que ellos se negaran a permitir la pacífica propagación del cristianismo. Y de aquí surge un hecho que tiene un aspecto quijotesco, porque presenta esa mezcla de ridículo y sublime que constituye la esencia de lo quijotesco.

En vista de que no había justificación para dominar a los indios y esclavizarlos y para ocupar sus tierras, mientras no se opusieran a permitir la pacífica predicación, entonces a aquellos juristas se les ocurre un recurso que a nosotros nos hace sonreir. Se les ocurre el Requerimiento. El Requerimiento es un documento escrito muy extenso, toda una argumentación en la cual, en un estilo notarial, solemne y hermoso, se explica quiénes son los reyes católicos, qué es la religión cristiana, qué es el Papa, qué poderes recibió el Papa y se le pide a los indios que permitan que estas cosas se prediquen entre ellos y que les sean explicadas a quienes las quieran conocer y que si ellos se niegan a permitir esto a los españoles, entonces los pondrán en el caso de tener que hacerlo por la fuerza a fin de que se pueda cumplir esta misión.

La primera vez que ocurre esto es cuando la expedición en 1514 de Pedrarias Dávila. La de Pedrarias es la primera expedición que viene a la conquista de tierra firme provista del Requerimiento. Los conquistadores llegaban frente a los indios en guerra y antes de poder disparar un arcabuz o mover un caballo o sacar una espada, el escribano, que venía junto al conquistador y junto al fraile, junto a la espada estaba la conciencia religiosa que era el fraile y también la conciencia jurídica que era el escribano, tenía que desplegar aquel papel y en un castellano que nadie sabía entender, entre los indios, leer completo el largo Requerimiento.

Esto pinta cómo existía una preocupación sincera de parte de los españoles que los llevaba al grotesco y conmovedor caso de pretender explicarles a los indios en una lengua que no entendían una cantidad de complicados problemas teológicos y jurídicos y de historia de Europa, para poder justificar el hecho de ocurrir a la violencia.

Estas actuaciones que empiezan a plantear el problema de los Justos Títulos se complementan en 1537 con otra decisión de la Santa Sede.

En 1537 el Papa Paulo III dicta la Bula *Sublimis Deus* y en ella, de un modo enfático, proclama que los indios no pueden ser esclavizados y que deben ser libres. Esa Bula declaraba que los indios no debían ser tratados "como brutos

creados para vuestro servicio, sino como verdaderos hombres, capaces de entender la fe católica. Tales indios y todos los que más tarde se descubran por los cristianos, no pueden ser privados de su libertad por medio alguno, ni de sus propiedades, aunque no estén en la fe de Jesucristo y no serán esclavos". He aquí una doctrina que confirma la Iglesia por boca de su más alto Representante, que viene a ser el instrumento básico de toda la legislación de Indias y que va a entrar en conflicto con la realidad indiana. Aquellos hombres que tenían que leer el Requerimiento bajo la lluvia de flechas, debían sentir la contradicción profunda de la situación de un modo extraordinariamente dramático.

Con las Leyes de Burgos no termina el problema. Van a surgir algunos grandes objetores del derecho de España a estar en Las Indias. Uno de los más grandes es el dominico Fray Francisco de Vitoria, Profesor de Teología de Prima de la Universidad de Salamanca. El Padre Vitoria es una de las figuras más eminentes de un siglo tan rico en grandes hombres como es el Siglo XVI. Hoy en día una gran parte de los historiadores del Derecho Internacional lo consideran como uno de los Padres de esta disciplina jurídica.

Y en efecto el Padre Vitoria se anticipó por toda una serie de conceptos a las que hoy son las ideas fundamentales del Derecho Internacional. Por ejemplo, la idea de Comunidad de Naciones, por la que las naciones todas del mundo constituyen una comunidad y, por lo tanto, existen unas relaciones de derecho natural entre ellas. Esa visión, que es en cierto modo el reconocimiento de un derecho internacional natural la tiene el Padre Vitoria antes que ningún otro. Entre sus obras — escribió poco — están las llamadas "Reelecciones". Las "Reelecciones" eran, como su nombre lo dice, unas especies de guiones o temarios de conferencias que se daban en la Universidad fuera de curso en ciertas épocas o momentos sobre temas que parecían de importancia especial. Y entre estas Reelecciones del Padre Vitoria hay la que se llama *de indis*. En ella trata del problema de los Justos Títulos, y comienza por rechazar los argumentos sobre los cuales se fundaban las Bulas Alejandrinas. El Padre Vitoria dice que el Papa no es señor temporal de la tierra y, por lo tanto, no puede conceder territorios a nadie.

Además afirma que el Emperador tampoco es señor temporal de toda la tierra y, por lo tanto, no puede arrebatar el imperio o la autoridad a quienes la ejercen conforme a derecho natural, aunque sean infieles, o gentes en estado de barbarie, a menos que sea para impedir que se cometan crímenes.

Al refutar toda esta argumentación sobre la cual se fundaban los Justos Títulos y que era la de López Rubios, busca otros títulos y en la búsqueda de ellos es que se asoma la creación del Derecho Internacional. Admite que hay un título por el cual los españoles pueden ir a Las Indias y establecerse en ellas y ese es el de la comunidad de todas las naciones, es decir, hay una comunidad internacional y, por lo tanto, todo pueblo tiene derecho a entrar en contacto con los otros pueblos, y ninguno tiene el derecho de sustraerse a esa comunidad y negarse al trato pacífico con los demás.

De esta manera si los españoles llegan pacíficamente a establecer un contacto de tipo espiritual y material con los indios y éstos les resisten y recurren a la violencia, entonces hay razón para hacer la guerra y conquistar.

Es asombrosa la modernidad de criterio a que llega el Padre Vitoria en el siglo XVI de concebir en primer lugar esa comunidad de derecho natural que liga y ata a todas las naciones y fundar sobre la violación de ese vínculo el único derecho válido a hacerle la guerra a un pueblo extraño, porque ese pueblo en cierta forma se sustrae a la comunidad, niega ese derecho básico de intercomunicación, y eso equivale a colocarse en la posición del que se sale de la ley, del forajido, del que rompe la obligación común, el pacto natural, el vínculo heredado, que nos hace a nosotros hombres y a las agrupaciones de hombres las hace Naciones.

Sin embargo la conquista proseguía, y tenía que proseguir porque era un proceso material ininterrumpible, y proseguía con ella el conflicto jurídico y moral que no resolvieron las Leyes de Burgos ni resolvía el Requerimiento.

El año de 1542, estando ya en el trono Carlos V, se dicta un nuevo cuerpo de leyes para Las Indias, que son las llamadas Leyes Nuevas promulgadas ese año a raíz de otras Juntas de Teólogos y Canonistas reunidas en Valladolid y Barcelona.

En estas reuniones aparece ya un nuevo personaje que es Fray Bartolomé de Las Casas. Ya había comenzado el Padre Las Casas a retomar toda aquella vieja prédica de Montesinos contra la encomienda, la esclavitud y el maltrato a los indios y a convertirse en el campeón y defensor de un justo trato. Había llevado el caso nuevamente ante la Corte Española, habiendo logrado que se convocaran las juntas de teólogos y canonistas de las que salieron las Leyes Nuevas de 1542.

Esas Leyes constan de 40 capítulos. Los 20 primeros tratan de la organización del Consejo de Indias, de las Audiencias y de los Procesos, es decir la parte que pudiéramos llamar constitucional y procesal. Las restantes Leyes tratan sobre la condición de los indios, las encomiendas y la conquista. Vuelven a ratificar el principio de la libertad de los indios que no pueden ser esclavizados. Llegan aún a más: a prohibir el trabajo obligatorio, no solamente no puede esclavizarse al indio sino que tampoco se le puede obligar a trabajar. Regulan las encomiendas y de hecho llegan a suprimirlas. Paso tan audaz que hubo que rectificarlo después.

Carlos V suprime las encomiendas, estableciendo que las que estaban dadas se mantuvieran por la vida del encomendero pero que no se concediera ninguna nueva, y por lo tanto, era una manera de extinguirlas con la vida de los que las estaban disfrutando.

No se mantuvo esta restricción porque el año de 1545 en vista del conflicto creado en América por las protestas de los que estaban en la lucha de la conquista y en el trabajo de la colonización, que le manifestaron al Emperador la necesidad de abandonar las Indias o de tener en cuenta las necesidades reales, el Emperador revisó algunos capítulos de las Leyes de 1542 y permitió que se concedieran nuevas encomiendas, pero que en ningún caso podían exceder de dos vidas, es decir, de la vida de aquel a quien se le concedía más la de su inmediato heredero.

En 1550, es decir muy poco tiempo después, va a ocurrir uno de los hechos más importantes en este problema de conciencia. Tiene lugar el famoso debate de Valladolid, entre Fray Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda. Juan Ginés de Sepúlveda era un humanista de los más notables del Renacimiento Español, hombre que conocía a fondo la

filosofía griega, que estaba al tanto de la revelación del mundo antiguo que venían haciendo los eruditos y artistas que crearon el Renacimiento, se va a enfrentar con esta figura extraordinaria de Fray Bartolomé de Las Casas. Fray Bartolomé era un hombre culto pero era la negación del humanista, había venido a América, había luchado en ella, había vivido con los indios, y había sufrido todas las terribles peripecias de la conquista y de la colonización y conocía, por haberlos visto, vivido y sufrido los problemas reales de la conquista. Estos hombres se enfrentan en torno a lo que pudiera haber sido un debate académico.

Aristóteles en su Política, sostiene que hay una esclavitud natural. La civilización griega estaba fundada sobre la esclavitud, era la civilización de una pequeña oligarquía culta que reposaba sobre el trabajo esclavo de gentes que no tenían otra función en la vida que trabajar y producir, para que esa minoría pudiera filosofar y crear. Aristóteles justifica esto diciendo que hay una especie de división natural del trabajo y que hay ciertas razas o gentes que nacieron para el trabajo servil y por lo tanto justifica la esclavitud desde un punto de vista natural.

Esta era la manera de pensar de un humanista muy culto, imbuído de filosofía griega en el siglo XVI. Y frente a él se levanta este hombre hirsuto, violento, apasionado e irreductible que se llama Fray Bartolomé de Las Casas, a negar en primer lugar lo que pudiéramos llamar el fundamento del razonamiento aristotélico y luego, por todos los medios posibles a declarar que aquéllo era desde el punto de vista cristiano herético y que no podía considerarse que había ningún ser humano que hubiera estado destinado por la Divinidad a ser esclavo.

Ese debate, que fue sumamente largo y que estuvo presidido por una especie de Jurado va a promover una nueva pasada en revista de todo este problema de los Justos Títulos y del derecho de esclavizar a los indios y de allí surje, por primera vez, otro aspecto muy moderno porque no solamente estaban estos hombres discutiendo lo que pudiéramos llamar el derecho, desde un punto estrictamente jurídico, de que los españoles vinieran a conquistar a América, sino que planteaban una cosa más grave, que hoy es de la más grande actuali-

dad, como son las relaciones justas y la comunicación entre civilizaciones de desarrollo diferente y entre razas distintas.

El problema que sacude dramáticamente a Asia y Africa en nuestros días, no se planteaba a nadie en el siglo XVI, sino a los teólogos y los canonistas españoles como un problema de vida o muerte en relación con los indios, no porque los indios hubieran ido allí a apelar o porque hubiera un conflicto entre grandes potencias que se reflejaba en una zona colonizable, sino porque para ellos era una cuestión de conciencia. Se plantea allí si se puede admitir que ciertos hombres estaban destinados por Dios para ser esclavos y Fray Bartolomé lo niega, alegando razones de una altura extraordinaria que son las que vinieron a prevalecer en la Legislación de Indias puesto que dicha Legislación de un modo uniforme prohibió la esclavitud y el trabajo obligatorio de los indios. Allí, el Padre Las Casas dijo una frase muy hermosa: "Todas las naciones son libres."

Cuando él decía Naciones no lo decía en el sentido que la palabra tiene para nosotros, sino con la acepción de gente, pueblos, grupos humanos. Lo que quería decir, es que todo grupo humano por la mera condición recibida por el nacimiento, tenía derecho a la libertad. Por lo tanto, negaba de raíz y de plano la tesis aristotélica que le resultaba no solamente falsa sino herética, y contraria al espíritu del cristianismo y por lo tanto negaba la posibilidad de que ese pensamiento que podía ser un tema filosófico para el humanista Juan Ginés de Sepúlveda pudiera convertirse en alguna forma de justificación de la esclavitud o servidumbre para el indio americano.

Ese debate que tuvo gran resonancia en su tiempo, constituye como si dijéramos, la cumbre del gran proceso de conciencia que corre a todo lo largo de la conquista española en América.

En 1549 el Consejo de Indias advirtió al Rey que "los riesgos que acarreaban las conquistas, tanto a los indios como a la conciencia real, eran tan grandes que ninguna nueva expedición debía ser autorizada sin su expreso consentimiento y que era necesaria una reunión de teólogos y juristas, para discutir sobre la manera de cómo se hiciesen estas conquistas justamente y con seguridad de conciencia". Es decir, le aconsejan al rey detener todas las conquistas hasta que se reúna

nuevamente una junta de teólogos y canonistas y encuentre de qué modo se pueden seguir que satisfaga estos requerimientos, es decir que se hagan con justicia, conforme a derecho y con seguridad de conciencia.

Al año siguiente el 16 de abril, como resultado de esto, entre otras cosas el Rey ordena suspender todas las entradas en el Nuevo Mundo hasta que una Junta decidiera sobre el método justo de dirigirlas y ordena que no se vuelva a hablar más nunca de conquista sino de pacificación. Es decir, llevaba el prurito de justificación hasta el extremo de borrar la palabra conquista de los documentos oficiales en pleno siglo XVI, en un siglo en que muy poco le importaba a la gente lo de la conquista y le importó muy poco hasta ayer a las grandes potencias europeas y que en lugar de eso se hablase de pacificación y población.

Este largo proceso jurídico culmina en el siglo XVII en 1680, en que se termina y al año siguiente se publica la famosa *Recopilación de las Leyes de Indias*. Esta Recopilación comprende todo cuanto se ordenó y dispuso sobre las Indias, que es lo que pudiéramos llamar el derecho especial del territorio americano, desde las Leyes de Burgos hasta el momento de la Recopilación. Esta vasta codificación comprende 9 libros, 218 Títulos y 6.377 leyes. Formalmente, se parecen muy poco a las que nosotros llamamos Leyes. Es decir, tienen más un tono formal de consejo, de admonición, de regla de conducta, que una redacción imperativa o coercitiva. También muestran un casuísmo muy acentuado, muchas de ellas se ocupan de casos particulares y limitados, lo cual hace que proliferen y lleguen a esa abundancia extraordinaria.

Es interesante observar como algunas de estas características podrían aplicarse a nuestra legislación actual. En efecto, es innegable su tendencia a lo normativo, a lo idealista, a lo doctrinario y programático. En ella también hay demasiadas leyes, demasiado casuísticas, llenas de minuciosidades reglamentarias y, por último, revestidas de un sentido ético y de propósitos trascendentes. La ley venía a ser la ejecucicón de un propósito superior ideal. En toda nuestra legislación y especialmente en nuestras constituciones pervive este propósito ético, esa finalidad superior de tratar de consagrar ciertos ideales como normas o reglas superiores de conducta y como definicio-

nes de doctrina o de filosofía política. Es decir, la ley como paradigma moral.

A estas alturas podemos advertir que la conquista de América no fue tan simplemente ni una leyenda negra ni una leyenda dorada, sino un largo proceso material y moral difícil, complejo, lleno de heroísmo individual y de grandes sacrificios humanos y presidido por un torturador y nunca terminado dilema de conciencia. En verdad no cesó la Corona española desde el momento inicial de la conquista hasta la independencia de los pueblos americanos de preocuparse por el problema de los Justos Títulos; por el problema jurídico de justificar su situación en territorio americano y por hallar esa justificación no solamente desde el punto de vista del derecho sino desde el moral y religioso.

Esto es lo que le da al proceso de la conquista española de América un carácter ético, carácter que nos importa mucho a nosotros conocer porque está en la raíz de muchas de las cosas que luego posteriormente han ocurrido en nuestra vida independiente. Nosotros venimos de allí, somos herederos de ese proceso y, por eso, considero que no sería tiempo perdido el que nuestros estudiantes de derecho, dedicaran a conocer, a penetrar un poco en esa selva de la Legislación de Indias, en todos esos antecedentes de tipo a veces inoperante, a veces inocuo, pero en todo caso de gran contenido moral y de gran significación como rumbo, como norma y como manera de concebir el Estado y los deberes del hombre para con la sociedad y para consigo mismo.

Se encuentran en las Leyes de Indias todas las preocupaciones que estas gentes tenían y su manera de entender los problemas locales americanos. Allí por ejemplo veremos que por una disposición de esas Leyes las calles de la Guaira son estrechas y las de Mucuchíes son anchas y es porque las Leyes establecían que en los lugares cálidos las calles fueran estrechas para que a toda hora del día hubiera sombra de alguna pared para proteger a los viandantes y que en los lugares altos y fríos las calles fueran anchas para que en la mayor parte del día hubiera sol en la calle y las gentes pudieran calentarse.

Así como éstas, eran de minuciosas y varias las previsiones que iban desde el trabajo hasta la familia, desde las prerrogativas de clase hasta el urbanismo.

El derecho de las Indias tiene además la novedad de plantear por primera vez ciertos problemas candentes en nuestro tiempo. Primero el problema de justificar jurídica y moralmente un hecho de conquista, cosa que no había ocurrido hasta entonces porque jamás fue para ningún gobierno europeo un problema de conciencia una conquista. Y luego el problema de las relaciones entre civilizaciones y razas distintas, es decir, si era lícito esclavizar hombres por considerarlos de raza inferior. Y a ambos contestaron por la negativa. De un modo uniforme y constante se negó el derecho a esclavizar a los indios, aun cuando no fueran cristianos.

Esto hace decir a un escritor español, Bullón, autor de un libro sobre el Dr. Palacios Rubio esta frase que me parece que sintetiza muy bien lo que esto significa como antecedente y como fuente ética e histórica del proceso de los pueblos hispanoamericanos.

"Al principio se encontraron canonistas y romanistas en una situación un poco trágica. Ellos querían aplicar al mundo americano sus cánones y sus pandectas, pero al fin, demostrada la vanidad del intento, fue preciso echar por la borda constituciones pontificias y constituciones imperiales para elaborar un nuevo derecho, más amplio que el romano y que el canónico. Un derecho internacional mundial, humano, en el que cupiesen holgadamente americanos y europeos, fieles e infieles, gentes blancas y gentes de color, la humanidad entera en una palabra para la cual sale el sol todos los días con igual amor, sin distinguir entre lenguas ni religiones, pueblos y razas".

Esta es la grandeza y la nobleza de todo ese proceso, con todas sus fallas y con todos sus defectos.

Hay un conflicto de conciencia en toda la historia de la conquista de América. Un conflicto manifiesto. Entre el hecho y la necesidad de justificar jurídica y moralmente el hecho, que se traduce en unas proclamaciones legales que no siempre se cumplieron, pero que no por eso dejaron de existir como tales y no por eso dejaron de tener el valor de Leyes, por lo cual la Ley se convirtió en una especie de paradigma moral. La Ley constituía una manera de suma ideal, de aspiración colectiva, de alzadísimo fin difícil de alcanzar pero que no por eso iba a ser modificado. No se comprometió en esto, jamás se llegó a alterar estas leyes en el sentido de permitir la legalización del

hecho, por lo cual se llegó a una situación de divorcio o de antinomia entre lo que pudiéramos llamar el derecho como expresión de ideales colectivos, de ideales morales y de ideales jurídicos y el hecho que estaba en pugna con el derecho pero que sin embargo no lograba alcanzar el reconocimiento jurídico. Es decir, el derecho podía no impedir el hecho pero no bajaba a justificarlo y el hecho continuaba teniendo sobre él el peso de esa condena tácita de lo que la Ley proclamaba que debía ser y sin embargo no era todavía.

Esa antinomia, ese conflicto lo hemos heredado los hispanoamericanos. Con nuestras constituciones, desde la Independencia, no ha pasado otra cosa, sino que ha continuado el problema de las Leyes de Indias. Es decir, nuestras constituciones han sido proclamas idealistas, normas de conducta elevada, proclamación de altos principios a los cuales no queremos renunciar y que hemos mantenido siempre como un paradigma, como una proclamación en la que está todo nuestro orgullo, toda nuestra dignidad y toda nuestra esperanza a pesar de que los hechos no correspondan a ella y estén en pugna con ella. De modo que esa especie de personalidad dividida, esa suerte de esquizofrenia colectiva por la cual los ideales sociales, las normas generales que rigen la sociedad pueden estar en pugna con la realidad social, pero sin embargo no se modifican ni se cambian y continúan acatadas como una proclamación de principio, que era el hecho fundamental de este gran conflicto de conciencia de la conquista hispanoamericana, sigue en gran parte siendo el hecho esencial de la vida colectiva de nuestras sociedades independientes. Es decir, los hispanoamericanos seguimos siendo gentes de conciencia atormentada, entre los principios que proclamamos en los que creemos y que tienen su asiento invariable en nuestras constituciones del más avanzado tipo liberal, humano y democrático y una realidad social que generalmente entra en pugna con ellas pero que sin embargo jamás ha logrado alcanzar el reconocimiento legal. La ley nunca ha hecho compromiso con esa realidad. Y por eso la Ley ha tendido a convertirse en un precepto moral como lo fue durante la colonia.

Hay aquí un estado de ánimo digno de investigar, como antecedente de nuestra actitud frente a la Ley, de nuestra mentalidad jurídica y de nuestra concepción colectiva de la

Ley. De la Ley no como mandato imperativo sino como ideal de conducta, como proclamación de principio, como norma a la cual tendemos aun cuando no estemos en capacidad de realizarla prácticamente en la vida diaria. Esto nos viene de la vida colonial y nos muestra la importancia de mirar a ese pasado que, después de todo, nos pertenece, del cual somos herederos, y que nos sirve para explicar y entender mejor nuestro presente.

LOS TESTIMONIOS DE LA POBREZA

La población de Venezuela por los españoles fue difícil, batallada y desalentadora. No había grandes naciones aborígenes que sojuzgar y señorear sino tribus guerreras y esparcidas, sin tradición de trabajo sedentario. No había ciudades del indio sobre las que aposentarse sino rancherías y bohíos. No había fáciles vías fluviales y terrestres de acceso, sino ásperos montes, desfiladeros, ciénagas, sierras y desiertas llanuras. Se encontró muy poco oro y ninguna plata.

Las únicas riquezas apreciables fueron las perlas, la sal y los esclavos. Como lo dice Aguado: "Acudieron gentes, unos a conquistar y bivir por la soldadesca y otros a hazer esclabos los que tenían licencia para ello, y otros a rrescatar y contratar con los naturales".

Vinieron a buscar riqueza y comodidades y hallaron pobreza y trabajos. El propio Aguado, cuando escribe su Historia a fines del siglo XVI, dice hablando de la Gobernación de Venezuela asentada en Coro que "el suceso della nunca ha sido muy felice".

Si uno pasa, aunque sea en rápida hojeada, sobre los cedularios, las crónicas, las relaciones geográficas y los documentos de la época, lo que obtiene es una visión desolada de pobres aldeas, tierra yerma y vida miserable. De gentes que, en verdad, con una especie de esperanza mística o de resignación se apegaron a una tierra áspera y calamitosa que nada parecía ofrecerles.

En 1535 el Obispo Bastidas, después de recorrer la Gobernación recientemente dejada por los alemanes, aventureros y

depredadores sin ventura, le transmite al Emperador Carlos una imagen desolada: "...en la dicha tierra no havía ningund refrijerio, sino estrema necesidad de todas cosas e grand pobreza". Y añade: "al presente no hay necesidad de la residencia de mi persona, porque todos están a punto de se mudar de la dicha Cibdad (de Coro) e seguir descubrimiento en la dicha tierra, porque es imposible allí poderse sustentar".

Sin embargo, no se fueron sino que echaron duras raíces para resistir a la adversa intemperie.

Es parecida la situación que en 1546 describe el Licenciado Juan Pérez de Tolosa al rey, desde El Tocuyo: "todos están muy pobres de vestidos; ningún oro alcanzan, están muy desesperados y muy ganosos de dejar esta tierra".

El estado de ánimo deprimido es tan semejante como los calificativos que se repiten en la prosa de los escribanos. Todo es como lo dice Pérez de Tolosa: Tierra y ciudad "sola, yerma de gente e mantenimientos".

El testimonio del Obispo de Coro, Don Miguel Jerónimo Ballesteros, escrito al rey en 1550 revela que, en los quince años transcurridos desde la noticia de Bastidas, la situación en nada había mejorado: "Hallé la Cibdad de Coro, ques en la costa, con hasta quarenta vecinos muy pobres y algunos enfermos". No hay limosna para sostener la Iglesia, es escaso el culto por el hambre de los frailes: "no les compelo a ello porque veo no tienen porción suficiente para se sustentar ni pitanzas de misa, por ser tanta la pobreza de la tierra, que se pasa un año que no tienen pitanza".

Muchos de los españoles venidos habían envejecido, aferrados a la vana esperanza o a la desalentadora rutina, en un estado de inanición lamentable: "Hallé en la cibdad de Coro ocho vecinos casados en esos Reinos y el que menos edad tiene pasa de sesenta años; son el Tesorero que está ciego, y el Contador, enfermo, y estos y los demás tan pobres que habiéndolos de enviar convernía a la mayor parte proveer de matalotaje. Parte destos están muy enfermos, que tengo por cierto que si dispusiesen su camino morirían, y también creo, que aunque los llevasen a Sevilla no irían la mayor parte a sus naturalezas; y así lo publican, que antes morirían que ir, a cabo de más de veinte años questán fuera de sus casas, con tanta pobreza". Habían dejado mujeres y familia en España y habían enve-

jecido en la vana busca de la fortuna, pero preferían orgullosamente morir olvidados y pobres, antes que regresar fallidos y humillados a las villas natales. A falta de otra cosa, hacían en la tierra yerma siembra de orgullo y de estoica desesperanza.

En 1577 el Obispo de Venezuela informa al monarca, en patético tono: "del estado desta pobre y mísera tierra, punque de lo que sea ella no tiene culpa por ser dispuesta a labranza y Crianzá y casi en todos los Seis pueblos della de diez que oy tiene poblados de rriquifsimo oro y sino en abundancia no por su culpa % y muchas veces me paro a pensar que aya sido descubierta primero que el piru popayan quito y el Reyno. que estan tan adelante en todo/y que ella que a sido la que como madre enbió para ellas todas pobladores aya quedado tan otras/que Vuestra Magestad deva Siempre a Su Caxa diez ocho mil pesos y que nunca le aya ydo della un solo peso en cincuenta años que ha se descubrio/y lo que me admira que con tener infinito oro a dicho de todos los que lo entienden y al oro que siempre se saca y que nunca jamas se aya dado con un nacimiento de oro". Este Obispo, que acaso pudo ser Fray Pedro de Agreda, es uno de los primeros que se "para a pensar" en el destino de la nueva tierra y sus contradicciones. Se descubrió antes y se ha quedado atrás, dió pobladores para los nuevos reinos del oro y se ha quedado sin gente y sin hacienda, se está seguro de que encierra oro pero no se dá con un "nacimiento". Y así como se adelanta a pensar ante la contradicción de la pobreza y de las esperanzas, se adelanta igualmente a cargar la culpa en los que gobiernan, como por siglos habrá de repetirse luego cada vez que haya que explicar la inexplicable pobreza: "esta tierra esta tan pobre aca por lo humano es la culpa el mal gobierno que no asierta nadie en el ni quiere acertar."

La Relación Geográfica hecha en 1578 por el Gobernador don Juan Pimentel pinta un país apenas tocado por la colonización, entregado todavía a la flora, la fauna y el desierto. Muchas más son las descripciones de animales y plantas indígenas que las de las escasas obras de los hombres. La descripción de Caracas es conmovedora en su rústico desamparo: "El edificio de las casas de esta ciudad a sido y es de madera palos hincados y cubiertas de paja las mas que ay agora en esta ciudad de Santiago son de tapias sin alto ninguno y

cubiertas de cogollos de caña de dos u tres años a esta parte se ha comenzado a labrar tres u cuatro casas de piedra y ladrillo y cal y taperia con sus altos cubiertos de teja son rrazonables y estan acabadas la iglesia y tres casas desta manera y los materiales los ay aquí en nuestra señora de caravalleda todas sus casas pajizas con palos hincados no hay taperia".

En el resto del despoblado y menesteroso país la situación no era distinta. Se trabajaba y se producía poco. En el mismo año de 1579 dice el Cabildo de Trujillo: "No se vive de ninguna granjería sino es de sembrar un poco de algodón y hacer algunos lienzos, algunas mantas y hamacas. No dan los indios ninguna demoras ni tienen de que darlas más de hacer estos algodones y hilar para los dichos lienzos, con que se sustentan los vecinos, con harto trabajo porque son los indios tan haraganes y tan para poco que es menester mucha diligencia para hacerlos hacer esto".

No era distinta la estrecha situación de Barquisimeto, según expresa la relación del mismo año: "los tratos que tienen es de hacer algun maíz de que se sustentan que nos hacen los naturales y de algunos ganados que se han criado en esta tierra y se han llevado a vender al nuevo Reino de Granada, y los que tienen algun posible, compra e venden a los navíos que bienen al puerto. Los naturales no tienen otro trato si no es en hacer las labranzas y sustentarse y a sus mujeres e hijos por ser gente muy pobre y a esta causa no dan ningun tributo porque hasta agora ningun Gobernador no las ha tasado por ser grande su pobreza como dicho es".

Era igual o peor el caso en El Tocuyo o en Maracaibo. Eran como pequeños grupos de náufragos de esperanzas, reunidos o atascados en minúsculas aldeas, separadas entre si por leguas y leguas de borrosa vereda que atraviesa selvas y riscos y sabanas y ríos torrentosos y territorios de indios guerreros. Vivían del maíz y del algodón que lograban hacer cultivar de los indios, de las gallinas del corral, de los cerdos de la calle, de algun ganado, del que hacían tasajo y pieles, de las burdas telas de algun telar de mano, con alguna iglesia de techo de paja rodeada de chozas. Pocas cosas venían de afuera en las contadas embarcaciones que alguna vez tocaban en los remotos puertos. El país había quedado fuera de la ruta de

las flotas anuales que iban a Nombre de Dios en Panamá y a Veracruz, a llevar y traer mercancías de los ricos virreinatos.

En las representaciones que hacen a la lejana Corte, como la que encomendaron a Simon de Bolívar en 1590, piden negros para el trabajo, exención de impuestos, venida de embarcaciones, permiso para el servicio personal de los indios y permiso para poder usar las perlas como moneda por la grande escasez de la de metal. Se aplicaba en toda su plenitud a la provincia venezolana el cruel refrán castellano de "no conocer al rey por la moneda".

Qué mucho que en aquella laceria y malpasar, que hacía lo más de lo ordinario de las vidas de los criollos, se hicieran pleiteantes y solicitadores de cargos y de prebendas, y que la escasez de bienes hiciera florecer la viveza y la picardía que siempre fueron compañeras del hambre y de la vagancia en el mundo hispánico.

Con el transcurso del tiempo no llegaron a mejorar mucho las condiciones de vida. Las ciudades no pasaban de aldeas, la población crecía lentamente, el cultivo de los campos se limitaba a algunas pequeñas zonas dentro de la inmensidad geográfica. No se había logrado encontrar ricas minas.

Aun el en el siglo XVIII, del que hemos llegado a tener una imagen más risueña gracias a las descripciones de algunos viajeros que visitaron en Caracas y Aragua algunas de las casas y haciendas de las mas pudientes familias coloniales, no llegó a cambiar la situación general de miseria.

En las relaciones geográficas que el Gobernador Don José Solano ordenó en 1767 formar a las autoridades de su dependencia y que luego publicó el historiador español Don Angel de Altolaguirre y Duvale, aparece un cuadro desolador de la Provincia.

La población, sin incluir los pueblos de indios, las tropas y los religiosos, no sobrepasaba los doscientos mil habitantes. El comercio de exportación se reducía al cacao y a los cueros. El papelón, el maíz, el algodón y el tabaco se consumían localmente.

Apenas Caracas con su 26.000 habitantes presentaba un modesto pasar. La descripción de Valencia y de sus aledaños pinta escasos cultivos, y muchas ricas tierras en estado de abandono. Se había dejado el cultivo del trigo: "había molinos,

de los que solo han quedado los bestijios". En algunas quebradas se podía lavar polvo de oro, "sácalo gente baga que no subsisten en el trabajo; pues en sacando un poco se contentan, y les dura interin lo beben; compran un vestido de coleta y asi pasan la bida".

El aspecto de Nirgua es de desolación y de abandono. "Esta Ciudad no tiene más que el nombre y pudiera estar más poblada si sus moradores tuviesen aliño y abilidad en su construcción y planta, pues su cielo es muy alegre y su territorio con bella disposición para sus vecinos los quales muchos de estos, y obligados de sus miserias se van a otras partes a buscar su vida y trabajo: Generalmente todos sus Avitantes envanecidos con sus idalguías y Cedulones Reales juzgan igualarse a otro cualquiera de respecto y Autoridad; viviendo por esta vana Gloria en suma y continua ociosidad; de tal modo que no se encuentra en la Ciudad, ni de todos sus contornos un Artífice de ningun Arte ni oficio, porque juzgan ygnorantemente que los envilece i priva de ser Alcaldes y tener luego el vano título de Capitulares, y esta es la verdadera causa de ser todos Pobres y miserables".

Hay un eco indudable de la filosofía o de la moral del escudero de Lazarillo en la actitud de estos hombres que, antes que sentirse envilecidos por el trabajo, preferían perecer en la indigencia llamándose caballeros, o hidalgos o aspirantes a Alcaldes.

Era igualmente desgarrador el panorama humano en los Llanos. No había sino casas "de barro y paja cubiertas de palma", como en la Villa de San Jaime que más tarde se llamó la Unión. El escribano que hace la relación al Gobernador se cree obligado a dedicar un comentario a la curiosa vestimenta de los habitantes: "El vestuario de los vezinos de esta Villa es de todas classes, unos se Ynclinan aquellos bestuarios que antiguamente se usaban en la ciudad de Caracas; otros a la moda que a esta subsiguió:= otros de jenios mas bibos, son ynclinados a las nuebas modas:= y otros se aplican (como los Vaqueros) a unos bestidos bonvachos bien extraornarios a la vista como el ussar las camissas fuera de los calzones las faldas".

En San Felipe las familias principales son muchas "y son muchas más, a las que la inconstante voluble rueda de la for-

tuna quiere confundir con la plebe". Señalan la gran necesidad que tienen de esclavos "para que cultiven las Haciendas y estas se adelanten". "La tercera parte de las tierras a propósito para el cacao no están laboreadas y las que oy fructifican van en decadencia" entre otras causas porque "los Poseedores se contentan con disfrutarlas, sin procurar sus adelantos, y aun muchas se han perdido porque no hay los suficientes Esclavos".

Barquisimeto tenía ochocientos vecinos y la calle principal y una plaza empedradas. Los de Aroa informan que "no haviendo como tantas veces se ha dicho Población unida que merezca nombre de lugar y que el derramado vecindario vive en casas de vajareque cubiertas de palma, es consiguiente no aia fábrica sumptuosa de Casas, Puentes, Fuentes, Calzadas, Alamedas y otras cosas con que los Países de fina Política cautiban la atención". Aun los vecinos más acomodados "que pudieran estar en decentes vistuarios que tienen no los usan, regularmente y se encuentran en sus casas en ropas de trabajo, si bien sin dispendio de la honestidad asi hombres como mugeres, no hallándose en lo demás diferencia considerable a la Cabezera, siendo sus únicos regocijos reducidos a vailes de Zarambeque o fandango, Bambas Hormiga y otros naturales del País que danzan a son de Guitarras y Maracas".

A más de doscientos años de su fundación, la autoridad de El Tocuyo manifiesta: "la falta de comercio ha sido causa de que esta Ciudad no sea bastante populosa, pues las cortedades de los vecinos, ó los hace mudar domicilio, ó vivir en una corta choza con estrechez por no ser suficientes sus fuerzas para emprehender obras o fábricas de algun costo por lo que muchos solares se hallan despoblados".

San Sebastián de los Reyes se componía "de poco más de Doscientos Vesinos; los que viben en dose o catorse casas medianas de texa y los demás en buxios Paxisos".

Este es el panorama de penuria y de necesidades que las relaciones escritas alzan ante los ojos del Gobernador Solano cuarenta y dos años antes de la Independencia. Es como una letanía de la pobreza y de la desventura que va pasando de boca en boca, de generación en generación, desde los tiempos del Obispo Bastidas, cuando está en el trono de España la Cesárea Majestad de Carlos V, hasta los de Carlos IV. Se han acabado los Austrias, se han apagado los Borbones, han pa-

sado guerras, cambios y siglos y la Provincia de Venezuela permanece como atenazada a la indigencia.

Sobre esta base de escasez y esta tradición de ruina se levanta el ansia de renovación y los proyectos de futuro de los hombres de 1810. Tierra "yerma de gente e mantenimientos" que todo lo tenía que esperar del mañana.

Las citas documentales de este trabajo provienen de las siguientes obras:

Historia de Venezuela, por Fray Pedro de Aguado. Madrid. 1950.

Cedularios de la Monarquía Española relativos a la Provincia de Venezuela. Caracas. 1959.

Documentos para la Historia Económica de Venezuela. Recopilación y prólogo de A. Arellano Moreno. Caracas. 1961.

Fuentes para la Historia Económica de Venezuela. (Siglo XVI). Recopilación y prólogo de A. Arellano Moreno. Caracas. 1950.

Relaciones Geográficas de la Gobernación de Venezuela. (1767-68). Con Prólogo y notas de D. Angel de Altolaguirre y Duvale. Madrid. 1908.

LA CRISIS DEL ORDEN COLONIAL*

Con el más grande placer he aceptado tomar parte en este ciclo que hoy se inaugura y que por un inmerecido honor me corresponde a mi abrir. Me parece una excelente iniciativa la que ha tenido el Ateneo de Caracas, de comenzar desde ahora a conmemorar durante todo un año, mejor aún que conmemorar, a preparar la conmemoración del Sesquicentenario del 19 de Abril de 1810.

Esta es una gran fecha venezolana y americana. Esta es una fecha estrechamente vinculada a nuestra nacionalidad y acaso por lo mismo, sobre ella solemos pasar un poco a la ligera. Ya desde el colegio se nos mete en la cabeza la estampa que inmortalizó Juan Lovera, de Salias devolviendo de las puertas de la catedral a Emparan y del dedo del canónigo Madariaga haciendo señales de negación, para que la multitud de la plaza repudiara al Gobernador esa noche. Pero el 19 de Abril es mucho más que una hermosa anécdota, es más complejo que esto, es más profundo y ha condicionado todo nuestro devenir histórico. La iniciativa del Ateneo de Caracas va a enfocar la atención de la gente preocupada del país en torno al gran proceso que tiene una de sus manifestaciones claves en el 19 de Abril. Y esto va a permitir que nos conozcamos mejor, nos va a hacer salir en busca de nuestras raíces, como en los viejos mitos, en busca de nuestra madre; para saber mejor de dónde venimos, por qué somos, cómo somos y lo que conservamos vivo del pasado.

---

* Conferencia dictada en el Ateneo de Caracas.

El 19 de Abril es mucho más que el admirable y violento gesto de llevar al gobernador español al Cabildo y obligarlo a renunciar. Es mucho más que esto, porque es la culminación de todo un proceso que venía de antes y es además el punto de partida de otro proceso en el cual todavía estamos viviendo. Para nosotros entender mejor lo que nos pasa y lo que nos puede ocurrir y conocer el camino por el que andamos, es conveniente volver la cabeza atrás de vez en cuando, con una mirada inteligente e inquisitiva y preguntarnos de dónde venimos, qué pasó, en qué medida ha influído sobre nosotros el pasado y qué fuerzas estuvieron presentes en esos sucesos que a veces llegan a reducirse para nosotros a una simple fecha o a una imagen plástica como por ejemplo, la del admirable cuadro de Juan Lovera. El 19 de Abril rompe aparentemente un estado de cosas existentes, es un hito, es un corte, es una interrupción. Las cosas no fueron ya lo mismo el 20 de Abril de lo que habían sido el 18 de Abril de 1810; sin embargo no cambia la historia tan bruscamente; no somos los hombres tan taumaturgos como para cortar el rumbo de la historia, como cerramos la llave de un grifo de agua. Generalmente, estos acontecimientos externos son el fruto de un proceso que viene incubándose desde mucho antes y que finalmente reviste la forma dramática, trágica, violenta, de la revolución o de la guerra. Pero las raíces están debajo, y el proceso viene de lejos. Por lo tanto, convendría que examináramos un poco, qué era lo que existía antes del 19 de Abril y qué significó ese día, porque en esta alteración se expresa una de las claves de nuestra historia. Es decir, lo que allí pasó, y la forma en que pasó, va a determinar en gran parte nuestro rumbo histórico y aún hoy seguimos experimentando lo que pudiéremos llamar las consecuencias de las antinomias fundamenales que se presentaron en el hecho externo de esa fecha.

El imperio colonial español en América nunca había sido más eficiente, ni más extenso, ni más rico, ni más poblado, ni más culto que en el siglo XVIII.

Aún las provincias más pobres, como Venezuela o el Río de la Plata, habían alcanzado un desarrollo extraordinario. En nuestro país que había sido paupérrimo, que había permanecido en un grado de miseria que difícilmente podemos

los opulentos venezolanos de hoy imaginar siquiera, habían empezado a aparecer ciertas formas de riqueza. Caracas había revestido por primera vez el aspecto de una ciudad.

Había empezado a haber algún lujo, se traían muebles ingleses, había pianos en algunas casas, se podía oir música, algunos hijos de ricos viajaban a Europa; ya había personas con cierta renta apreciable y con capitales de hasta cien mil pesos. Estas eran situaciones que no hubieran podido imaginarse en el siglo XVII. Esa sociedad que llega a ese estadó incipiente de riqueza habitaba un territorio igual al actual, pero muy débilmente ocupado por sus pobladores, pues debía de tener menos de setecientos mil habitantes.

Esta provincia del imperio español, tenía una estructura muy característica, como parte de una monarquía absoluta. Para los venezolanos del siglo XVIII, la cabeza nunca vista del Estado, era un Rey, revestido de una aureola mágica, que tenía no solamente una autoridad política incomparable, sino que tenía además, un prestigio religioso pues era el patrono de la Iglesia. Era ciertamente el heredero ininterrumpido de los viejos reyes de Castilla, ostentaba la corona fabulosa de Carlos V y era rey efectivo o titular de medio mundo. Se había convertido en cierto modo, en el campeón de la fe católica en el mundo occidental. Para el siglo XVIII, el rey de España era posiblemente la figura real más prestigiosa, más legendaria, más venerada y que gozaba de más autoridad en la familia de los reyes europeos. Ese era el rey de los venezolanos, al que muy pocos de ellos lograban ver, pero, en cambio veían y padecían a sus representantes, a sus gobernadores y capitanes generales, que venían por un tiempo de años a gobernar en nombre de la Majestad. La autoridad que los capitanes ostentaban, era una autoridad delegada de aquella fuente casi sagrada del rey, de aquel ser casi sobrehumano. En el lenguaje de nuestro pueblo, especialmente en las consejas y en los cuentos, se les da a los reyes un tratamiento que nos hace sonreir, porque suena disparatado. Dicen "Misia Carramajestad". Esta "Carramajestad" de los reyes de nuestro folk-lore es como el eco final, casi perdido, de una voz muy lejana que trae hasta nosotros lo que era el prestigio de la monarquía entre la gente sencilla. Esa *misia* criolla puesta delante de la majestad del rey, es sencillamente la corrupción de la "Sacra

y Real Majestad" con que oyeron nombrar a los Felipes y los Carlos de España en cuyo nombre se ejerció la autoridad por trescientos años en nuestra tierra.

Esta monarquía era absoluta, en un grado que igualmente hoy difícilmente podemos imaginar. El rey era dueño de vidas y haciendas en el más literal de los sentidos. Basta leer la literatura española del Siglo de Oro para darnos cuenta de cuál era el sentido de la institución monárquica para los españoles. Si el rey era dueño de la vida y dueño de la hacienda, podía disponer a su merced de todo cuanto pertenecía al vasallo. Y al vasallo no le tocaba sino obedecer. La única salvedad que los españoles le hacían a esta autoridad omnímoda del rey, era la de la honra y esta la explicaban como Calderón, diciendo que al rey se deben la hacienda y la vida, pero no la honra, porque la honra es sólo de Dios. Tan sólo ese teológico y casi indefinible término de la honra se alzaba como una barrera ilusoria ante la caprichosa posibilidad del monarca de hacer su real gana.

Tanto como el rey en su corte inaccesible y lejana, de donde venían las disposiciones que debían ejecutarse y acatarse, disposiciones casi divinas de un ser inalcanzable, había la Iglesia, que igualmente tenía un poder absoluto. La Iglesia tenía la suma de lo que pudiéramos llamar el poder espiritual, es decir que gobernaba el espíritu, la creencia y la inteligencia. A la Iglesia pertenecían las misiones, los colegios y las universidades, y ciencia y teología eran la misma cosa, de modo que venía a ser el depósito de las ideas, el centro de los impulsos superiores, la que tenía en sus manos y detentaba no solamente el gobierno de las almas, (con todo lo que significa el poder de tener en sus manos el Mas Allá), sino la dirección de los pensamientos. La Iglesia era la que decía lo que se debía pensar, cómo se debía pensar y en qué consistía el error.

Estas dos autoridades rara vez estaban en pugna, porque el rey era Su Muy Católica Majestad. Con el derecho de patronato el rey tenía una intervención efectiva, especialmente en la iglesia americana. En realidad, y esto lo han observado muchos historiadores, la Iglesia en el imperio español era un iglesia nacional, muy sometida al rey. Una iglesia que estaba puesta al servicio de los intereses de la

Corona, de modo que aún cuando su cabeza visible era el Papa en Roma, no era mucho más independiente la iglesia en el imperio español de lo que fue más tarde, después de la Reforma, la iglesia anglicana respecto a los reyes de Inglaterra.

Toda esta estructura social y espiritual reposaba sobre una idea central que era la idea del deber. El hombre nacía siendo un objeto de deberes y un sujeto de deberes. Desde el catecismo hasta las leyes, lo que aprendía eran sus deberes para con Dios, sus deberes para con el Rey, sus deberes para con sus semejantes, sus deberes para consigo mismo. Era una máquina compleja de deberes, un orden cerrado y protegido que determinaba exactamente todo cuanto había que hacer y no hacer. Todo este orden constituía una especie de pirámide de autoridad; que no solamente era política, que ejercían el rey, los personeros de la corona y sus representantes y religiosos, sino que era también autoridad científica. Era la época en que nadie podía decir nada, alegar nada o proponer nada, sin citar previamente el apoyo de una autoridad indiscutible, de un *magister*. El *magister* por excelencia era Aristóteles; interpretado por los tomistas. De modo que para todo había autoridades inapelables. Todo el esfuerzo de los hombres de pensamiento, cuando se les ocurría algo que parecía nuevo, era buscar el modo de insertar o de incorporar ese pensamiento dentro del tronco de la autoridad científica o de la autoridad filosófica reconocidas.

Una sociedad de este tipo era por lo tanto profundamente jerárquica. Esta jerarquización que era efectiva en España, lo era mucho mayor en América. Uno de los signos básicos del mundo americano, acaso su signo clave, fué la mestización. La mestización surgió en América, no solamente por la mezcla de sangres, que es un capítulo importante, puesto que allí, se reunieron tres razas, la de los españoles europeos, la de los negros africanos y la de los indios americanos. Pero esta mezcla de sangre no fue tan importante como la mezcla de espíritus y la de culturas. Los españoles que vinieron a América representaban una civilización muy definida, la civilización española de los siglos XVI y XVII, con un juego de valores muy exactos y preciso, con una concepción de la vida y del mundo sumamente definidos. Debieron encontrarse en presencia del indio americano, que representaba otro juego

de valores enteramente diferente, una concepción del mundo y de la vida totalmente distinta. Y no pueden entrar en contactos dos concepciones de la vida y del mundo, sin que en este contacto sufran una modificación inmediata las almas. Surgió una tercera dimensión, a la cual vino a añadirse el negro, acaso con menos influencia para cosas externas.

Nosotros decimos con mucha facilidad, el negro, y creemos que con esto hemos resuelto un problema. No había el negro, había muchos negros. Este es un capítulo de la historia cultural del mundo americano, el cual apenas se está empezando hoy a estudiar. Es como si dijéramos el europeo; no había un europeo, había muchos europeos y en muy distintos niveles. Los negros que vinieron a América pertenecían a variados niveles culturales. Había negros de condición muy primitiva, que traían formas de vida y de civilización rudimentaria, pero había otros mucho más evolucionados y no faltaron negros musulmanes que estaban ya incorporados a una cultura y a una religión avanzada del Mediterráneo. Tampoco era una influencia que pudiéramos llamar unitaria y pareja. Habría que ver de donde venían preponderantemente los negros que llegaron a Venezuela o a ciertas regiones de Venezuela y allí encontraríamos una línea cultural que vino a injertarse en la población de nuestro país. Habría un capítulo muy interesante de la historia cultural de Venezuela, que desarrollar, y es el del mestizaje espiritual que surgió de la presencia de las ayas negras en las casas de los ricos venezolanos. Durante los tres siglos coloniales, las mujeres que tuvieron un cometido mayor de educación, en el sentido formativo, fueron las ayas negras. De este modo hubo una trasmisión de cultura oral y tradicional del aya al niño, que fué muchísimo más intensa y grande como aporte del negro a la vida cultural de nuestro país, que la mera mezcla de sangre. Por eso el fenómeno del mestizaje es un fenómeno mucho más amplio que la mera mezcla de sangres. Es mucho más importante este mestizaje espiritual, este mestizaje de cultura, este mestizaje de concepciones del mundo y de la vida, que el mero mestizaje de sangre. Yo no creo que la sangre haga mucho en los hombres, creo que es mayor el poder de la cultura y del medio, y es en esa influencia del medio cultural donde esta aya negra, donde esta presencia del elemento negro, de la cultura negra, tuvo

su importancia en la formación de lo que pudiéramos llamar al alma colectiva venezolana.

A la jerarquizada sociedad colonial, vino a añadírsele un elemento de complejidad mayor con la presencia del mestizaje. La sociedad colonial vino a ser una especie de formación geológica neptuniana por capas adicionales, de castas como decían ellos. En el tope, estaban los españoles insulares, generalmente funcionarios del rey, después seguían los que llamaban españoles americanos o blancos criollos, que formaban la clase alta, y económicamente más poderosa de la sociedad colonial. Después empezaba lo que llamaban las castas o genéricamente los pardos y que eran un complicadísimo mosaico de matices raciales en el que se mezclaban blancos, indios y negros en variadas proporciones, y que iban determinando toda la escala de valores sociales coloniales, en cuyo fondo finalmente, estaba, el negro puro, que era el único que estaba sometido al régimen de esclavitud, porque legalmente el indio no lo estuvo. Esta compleja máquina hacía que aquella fuera una sociedad jerarquizada, en la que el concepto de igualdad humana estaba ausente radicalmente. Desde la visión del rey, puesto a la cabeza del Estado y de la sociedad, hasta el ejemplo ordinario y constante de la vida que les rodeaba, estaba vigente este régimen de compartimientos estancos, donde cada clase tenía sus atribuciones, su estilo de vida e incluso su nivel cultural. Sin embargo había todo el fenómeno del mestizaje que corría entre ellos.

En esta sociedad, las clases más bajas de la escala eran las que tenían a su cargo la función más importante, la del trabajo y de la producción. El esclavo negro y el mestizo liberto, eran los agricultores y los artesanos, y el resto eran los terratenientes o la gente con aspiraciones de nobleza, o los funcionarios. En estas gentes había por herencia tradicional del viejo sistema de vida de Castilla, el más profundo menosprecio por el trabajo. El trabajo era deshonroso, era ocupación de plebeyos, de pecheros, como decían los antiguos señores castellanos, de gente del común. Los hidalgos, la gente de clase, la gente distinguida, no podía trabajar; era una descalificación, era una cosa tan vergonzosa como si se les comprobara un delito o una falsificación. Era algo que no podían hacer. Uno de los grandes desdoros que en la sociedad colonial tuvo el

padre de Miranda, D. Sebastián de Miranda, canario venido a Venezuela, era que tenía una tienda de géneros y una panadería. Esto era motivo suficiente para descalificarlo socialmente. Una persona que vendía telas y fabricaba pan, estaba tachado en su figuración social y categoría, y no podía alternar con la gente cabildante y nobiliaria. Así era la estructura social, de ese mundo colonial, al entrar al siglo XVIII.

Sin embargo en el siglo XVIII, van a ocurrir grandes transformaciones. Hay una serie de cambios políticos y administrativos muy importantes que solamente por rememorar, se los voy a repetir a ustedes. En 1723 por ejemplo, se publica la historia de Oviedo y Baños, es decir se manifiesta una especie de conciencia de que hay una existencia colectiva, un quehacer, un suceder continuo de la gente que vive en este territorio que los identifica y los une. En 1725, se funda la Universidad. En 1728 se inicia la Compañía Guipuzcoana que va a tener una inmensa influencia en todos los sucesos del siglo XVIII. En 1770 ocurre en la Universidad de Caracas, en esa Universidad que tenía para entonces menos de 50 años, la famosa disputa del fraile Valverde contra las doctrinas imperantes. Es importante en este mundo cerrado de autoridad, que un fraile en la Universidad, se atreviera a sostener tesis contra el pensamiento de Aristóteles; tenía un valor escandaloso de insurrección y de repudio de lo establecido. Ese mismo año se crea la Intendencia que tiene que ver con la llegada de los Borbones a la corona de España.

En 1777 que es una de las grandes fechas de la historia de este país, se ordena la unificación del territorio bajo una sola autoridad. Hasta entonces lo que se llamaba la Provincia de Venezuela, no era sino una parte de la Venezuela actual; había otras partes del territorio que no dependían de la autoridad que residía en Caracas. Había, por ejemplo, la Provincia de la Nueva Andalucía, hoy Cumaná, que no tenía nada que ver con la Provincia de Caracas, cuyo Gobernador vivía en Cumaná y era tan autónomo o independiente como podía ser el de Santo Domingo.

En 1788, viene la declaración de la libertad de comercio. La libertad de comercio va a facilitar mucho el movimiento de ideas y de personas. Al contacto con las islas extranjeras, con esa cadena de islas protestantes y liberales, agitadoras

y contrabandistas, que habían ocupado Inglaterra, Holanda y Francia, frente a la masa continental, entraron ideas, ejemplos e influencias y se produjeron muchos contactos con aquel mundo que les estaba negado y separado. Y ese mismo año Baltazar Marrero, y esta es una fecha muy importante en nuestra historia cultural, empieza a enseñar lo que llamaban ellos la filosofía moderna en la Universidad. Hay un libro excelente de Caracciolo Parra León que se llama *Filosofía Universitaria Venezolana,* en el que analizando las tesis de bachillerato en la Universidad, a fines del siglo XVIII, ha encontrado una gran cantidad de ellas en las que se exponía la Filosofía Racionalista, la más moderna de ese momento, la más antiaristotélica que podía haber, la de Condillac, la de Locke, es decir, el pensamiento que en esa hora era, en cierto modo, la negación de la ideología sobre la cual estaba constituida la sociedad colonial. Baltazar Marrero fue el primero que en la Universidad de Caracas empezó a desempeñar una cátedra de moderna filosofía. Esto permite desvirtuar el concepto de que estas ideas circularon de contrabando; no sólo circularon de contrabando, circularon también abiertamente en las universidades y hubo cátedras en las que se enseñó hasta el momento en que las autoridades coloniales se alarmaron. Entonces empezaron a perseguir, aunque un poco tardíamente la propagación de las nuevas ideas.

Simultáneamente con estas transformaciones van a constituirse y a tomar conciencia dos clases que hasta ese momento no lo habían hecho aún. Una clase es la de los terratenientes blancos criollos que tienen la riqueza, que se sienten venezolanos, que pertenecen al país y que tienen una larga tradición de propiedad y de señorío. Van a sentir cierta condición humillante frente al funcionario español, muchas veces inferior a ellos en educación y en riqueza, que viene revestido de una autoridad transitoria y que está colocado sobre ellos. De modo que para ellos va a ser una especie de sufrimiento de orgullo el estar sometido a ese peninsular transitorio, y van a soñar con la posibilidad de ejercer ellos mismos el gobierno, no para alterar en nada la estructura social, lo que no pasó por la cabeza de la mayoría de ellos, sino simplemente para redimirse de su situación de desa-

gradable inferioridad y de posición subalterna frente al funcionario colonial. En realidad la colonia española le dio poca satisfacción de vanidad a la clase alta criolla, la cual muy rara vez llegó a ocupar posiciones preponderantes de gobierno. Por ejemplo, el historiador mexicano, Lucas Alamán, que es muy pro español, dice que de los virreyes que gobernaron durante todo el período colonial, sólo cuatro nacieron en América; de 602 gobernadores, capitanes generales y presidentes, 14 solamente fueron criollos; y de 706 arzobispos y obispos, 601 vinieron de España. Esto revela la desproporción tremenda, la situación de inferioridad y de humillación que la clase alta criolla sentía a causa de la estructura política colonial. Les quedaba una sola satisfacción a estos ricos criollos, a esta clase alta, de dueños de tierra, que ya empezaban a disfrutar de cierta riqueza; les quedaba el Cabildo. El Ayuntamiento gozaba de ciertas prerrogativas, de una autoridad reconocida, pero estaba muy lejos de ser una institución democrática. Sobre esto hemos aceptado muchas mentiras convencionales. El Cabildo no era una institución democrática, en primer lugar, porque, los cargos en su mayor parte, eran venales, es decir, que se adquirían por compra. Un cargo de Corregidor lo compraba un señor rico y, por lo tanto, no intervenía para nada ninguna clase de elección, que pudieran tener un aspecto ni remotamente democrático. Esta compra de los cargos municipales fue una de las maneras de constituir esa oligarquía de la gente rica criolla, que de este modo se enquistaba en los cargos principales y que tenía el control de lo que pudiéramos llamar el gobierno de la ciudad en la esfera municipal.

Era esto a lo más que podían aspirar. Tampoco hay que pensar, aunque sea a título de aclaratoria, que existía otra institución de tipo democrático, que muchas veces se ha tratado de encontrar en el Cabildo Abierto. El cabildo abierto no era nada parecido a lo que en los pueblos anglosajones, en Estados Unidos de América, se conocía como "Town Meeting", donde los vecinos concurrían a un lugar determinado a discutir libremente y aprobar por votación, cualquier decisión de interés colectivo. Cabildo Abierto era el cabildo ordinario, con el añadido de ciertas personas distinguidas que los capitanes llamaban. Un cabildo ampliado, pero no

ampliado por todos los vecinos, ampliado por algunas personas que no eran miembros formales del Cabildo, a quienes para una ocasión extraordinaria o para una discusión importante del Cabildo, llamaban especialmente.

Junto a la clase terrateniente y blanca, que tenía el control de los cabildos y de la propiedad de la tierra, fue también formándose y tomando conciencia la clase de los pardos. Esta clase mestiza que no era rica, que había ido subiendo, libertándose y adquirieno conciencia de sí misma, tenía sus propias iglesias, era la que trabajaba y habían logrado adquirir muchos de ellos riquezas y ciertos favores de la monarquía. Hay un juego político evidente, que se parece al que ocurre en la Edad Media española. La clase de los pardos, la clase popular que va subiendo, encuentra como enemigos naturales a los señores blancos criollos, que eran los dueños de la tierra, y eran los que tenían interés en dominar. En cambio, los pardos van a encontrar ayuda, apoyo y favor, en las autoridades coloniales, en el Rey y sus representantes. Va a pasar un poco lo que pasa con las clases populares de la Edad Media castellana. Las clases populares eran partidarias del rey contra los señores, porque los señores locales eran los enemigos directos e inmediatos de las clases populares. En cambio, el rey venía a ser, como lo vemos en *Fuente Ovejuna*, de Lope de Vega, el justiciero, el que en un momento dado frenaba los apetitos de los señores y le reconocía algún derecho al común de las clases populares. En nuestro país va a pasar algo similar.

Los pardos van a encontrar, generalmente, apoyo y ayuda en las autoridades peninsulares, contra las pretensiones de los terratenientes y de los cabildantes. Esto va a traer graves consecuencias, como fue la de la famosa cédula de "Gracias al sacar" por la cual mediante el pago de cierta cantidad, se eximía de la situación de pardo a una persona.

Esto que nos hace sonreir hoy, tenía su interés, porque había situaciones y privilegios que estaban vedados a los pardos. Gracias a dicha cédula, al tenérsele legalmente por blanco, el pardo podía disfrutar de algunos de esos privilegios entre los cuales estaba el de que las señoras fueran con sombrilla por la calle y tuvieran reclinatorio en la iglesia, cosas que en aquel día tenían una importancia decisiva, amén

de poder desempeñar ciertos cargos y ciertas funciones que les estaban ordinariamente vedados. Estos beneficios a los pardos, eran recibidos de muy mala manera por la clase alta colonial. Veían en esto una especie de menoscabo de sus privilegios. Por lo tanto, eran motivo de que las clases altas se alejaran del rey, y miraban con hostilidad la autoridad real y, en cambio, hacía que el rey gozara de prestigio popular. Esta es una de las causas que explican el curioso fenómeno de la conducta de las clases populares venezolanas, en el primer momento de la guerra de la independencia, que en su mayoría fueron realistas y, luego, más tarde tomaron la causa de la independencia. En el primer momento estuvieron con el rey porque era quien las favorecía contra los señores criollos, sus naturales enemigos. Enemigos y rivales estas nuevas clases, van a crecer y a tomar conciencia.

Además, en el siglo XVIII ocurre un acontecimiento muy importante, hay un cambio de dinastía en España. Este cambio de dinastía merecería una larga consideración para lo cual, desgraciadamente, no tenemos tiempo. Este hecho está constituido por la subida de la Casa de Borbón al trono de España. Los Borbones eran los reyes de Francia, descendientes de los Capeto. En España habían estado reinando desde la época en que terminan los reyes católicos, en la época de Felipe el Hermoso, los Austria, los Habsburgos de la línea de Borgoña. Estos Austria tuvieron su más caracterizada personificación en Felipe II. Era un hombre encerrado, severo, austero, ascético, autoritario, duro, con una fría pasión del poder, con una inhumanidad sublimada que no se detenía ni ante el sacrificio de un hijo. Tenía un orgullo religioso de lo que significaba la monarquía española y la persona del rey. Se pusieron en guerra contra la Europa protestante y racionalista bajo el estadarte de Carlos V. Se hicieron los campeones del catolicismo, y de lo que pudiéramos llamar el antiguo régimen. Terminaron por encastillarse dentro del país y aislarse del resto de Europa, para convertir a España en la ciudadela de la contrarreforma. Quijotescamente, estaban en guerra contra todo lo que significara ideas liberales, o discusión racionalista. En cambio, los Borbones de Francia tienen una evolución totalmente distinta. Ellos son los creadores, los fundadores de ese tipo "sui generis"

de monarquía que se ha llamado el Despotismo Ilustrado, es decir, unos déspotas, tan absolutos como los Austria, pero con ciertas preocupaciones de tipo intelectual, filosófico y filantrópico. Unas gentes amantes del progreso que favorecían las artes y las letras, que fundaban academias, que patrocinaban a los escritores y a los pintores, que permitían que se publicaran ciertas críticas, que permitían el libre análisis, que eran tibios en materia religiosa, que toleraban el ataque contra la Iglesia, pero que conservaban un poder absoluto. Este despotismo ilustrado era lógicamente un tipo de gobierno enteramente distinto del catolicismo cerrado de los Austria. Pero en el año de 1700, el último de los Austria españoles, un monarca increíble, que podía ser tema de una novela o de un guiñol, Carlos II el Hechizado, una especie de larva real, un hombre que casi no tenía vida, que era una especie de fantasma desprovisto de toda vitalidad y que, sin embargo, vivió largo tiempo conservando aquel carcomido armatoste de la monarquía, muere sin hijos, y entonces surge el problema de la sucesión.

La Casa de Austria estaba unida por repetidos matrimonios con los Borbones con el objeto de lograr la paz entre Francia y España, y para ese momento había un nieto de Luis XIV que era al mismo tiempo nieto de Felipe IV, es decir, que era por igual descendiente de los Borbones y de los Austria. Este era el Duque de Anjou. Felipe. Después de una guerra larga, llega a ser rey de España bajo el nombre de Felipe V y es el primer Borbón español.

Felipe V era un francés. Cuando llega a España no habla español y aparece imbuído de las ideas del despotismo ilustrado que había mamado y vivido en la corte de su abuelo Luis XIV.

Trae a España esta concepción. No podía haber un medio más contrario y menos receptivo para todo lo que este joven príncipe traía en la cabeza que el medio español. Desde el primer momento emprende una gran cantidad de innovaciones. No solamente Felipe V, sino otro rey Borbón, que es su hijo Carlos III, quien va a ser primero rey de Nápoles en un medio muy agitado de ideas modernas, y va a traer todo este concepto liberal y racionalista del despotismo ilustrado a España. De este modo, la monarquía española se va

a volver una agencia de afrancesamiento en España, de divulgación de las ideas nuevas. Bajo este estímulo van a aparecer algunos pensadores abiertamente subversivos contra el orden instaurado por los Austrias, como por ejemplo, Feijoo. Feijoo era un fraile que se convirtió en infatigable divulgador de las ideas francesas e inglesas; por medio de periódicos y de libros de divulgación que se leían y se arrebataban en todo el mundo español. Esto era simple y llanamente propaganda de las ideas racionalistas con el visto bueno de la corona y de las autoridades coloniales. Por ejemplo, tenemos este dato, en 1730, le enviaban a Feijoo elogios y agradecimientos de México por todo el valor de su divulgación; en 1732, igualmente desde Lima. La reforma de la Universidad de La Habana en 1761, se hace siguiendo las ideas de Feijoo. Uno de los grandes pensadores del siglo XVIII americano, el jesuíta padre Clavijero, autor de la "Historia de México Antiguo" libro muy influyente en torno al movimiento de la Independencia, tenía a Feijoo como uno de sus autores favoritos. Igualmente más tarde surgió Jovellanos que también fue un gran divulgador de esta ideología. Es también la época en que se extiende la francmasonería que está protegida por los Borbones, por sus ideas liberales y algunas sociedades de tipo afrancesado como la Sociedad de Amigos del País, que se funda en la región vascongada y que luego se va a extender hasta el nuevo mundo. Este influjo de las ideas liberales va a llegar hasta el punto en que se toma una medida de gran importancia: la expulsión de los jesuítas. Esta expulsión que ocurre en 1767, va a ocasionar una de las más vastas conmociones que vivió el imperio español. Los jesuítas habían llegado a tener prácticamente todo el control de la educación y de las misiones del mundo americano. La mayor parte de los colegios y de las universidades estaban en sus manos y la mayor parte de las misiones desde las utópicas misiones del Paraguay que, ellas por sí solas, constituyen un mundo alucinante e increíble de utopía social, hasta las misiones simples del Orinoco y de todas las demás regiones. Sin embargo, de repente, inopinadamente, sin que se hubiera tenido el menor indicio de lo que podía ocurrir, los virreyes y gobernadores recibieron un pliego sellado en que se les ordenaba a hora y fecha fijas ocupar los colegios

de los padres jesuítas, cerrarlos, reducirlos a ellos a prisión y embarcarlos a la mayor brevedad posible. Esto produjo una confusión espantosa en el mundo americano, porque nadie sabía por qué ocurría esto. Los jesuítas tenían una gran influencia espiritual y social en todo el continente y hubo una reacción de sorpresa y dolor ante las autoridades españolas. Con este motivo aparece en su brutal desnudez el concepto de deber y de jerarquía que reinaba en el imperio español. El Virrey Marqués de Croix, de México, a raíz de las protestas que habían surgido con la expulsión de los jesuítas, lanza un bando en el que estampa esta frase increíble: "De una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar y obedecer, y no para discurrir ni opinar en los altos asuntos del Gobierno." Así se batía el cobre en la época colonial.

Con los Borbones y con todo este movimiento de ideas nuevas que se ha llamado la Ilustración, van a entrar en aquel imperio cerrado las ideas más contrarias a ese mundo. Las ideas que pudiéramos llamar más subversivas, más explosivas, más contradictorias, con lo que estaban viendo y viviendo los criollos. Por ejemplo, ese mundo constituido bajo la idea de autoridad ve aparecer un sistema de pensamiento fundado sobre la idea de razón. Es decir, el hombre ya no va a recibir la verdad, sino que va a tomar como maestro a Descartes que le propone dudar de todo, no recibir nada, no creer en nada. De lo único que no puede dudar es de que esté dudando y de esa única y final evidencia ha de partir a la construcción de su propio conocimiento. Este estado de ánimo era contrario a toda autoridad científica, y por lo tanto religiosa. El racionalismo, inevitablemente, se enfrenta, acomete a la autoridad religiosa. La Biblia fue uno de los campos de exploración favorita de los racionalistas para encontrar contradicciones que hoy en día ya no nos parecen tantas, pero que a ellos les parecían enormes. Por ejemplo, leían que Dios había creado la luz primero, y el sol después, y les parecía absurdo. Pero hoy tenemos un concepto de la cosmogonía por el cual aceptamos la existencia de la luz antes que el sol. Este es un caso de los muchos que nos revelan como se atrevían ellos con cosas que hubieran sido

impensables para un hombre del siglo XVI. A la idea de autoridad, se opone la idea de razón. Todo el mundo quiere ser filósofo, todo el mundo razona, todo el mundo puede pensar, todo el mundo quiere poner en duda, todo el mundo quiere criticar. Es la época en que florece la palabra crítica. Hay palabras que definen un tiempo. La Ilustración es una época en que se pretende llamar las cosas por su nombre. Y la palabra que más se usa y se invoca es la palabra crítica. Se habla del teatro crítico universal. Al mundo entero se le pone por delante como un espectáculo teatral y se le aplica la crítica. Todo está sometido a la crítica y a la duda. El hombre empieza a tener una fe ciega, en el poder de la razón. Termina por creer que tiene una guía infalible que le va a permitir llegar a conocer la verdad definitivamente, pero por sus propios medios. Entretanto todo lo demás está como en cuarentena provisional y cautamente sujeto a duda.

Cambia también la idea fundamental de deber. Hasta entonces se había tenido al hombre por un sujeto de deberes, pero va a surgir la idea monstruosamente nueva, de que el hombre es un sujeto de derechos. Esto no podía concebirlo el hombre del siglo XVII, atado por todos lados de deberes para consigo mismo, para con Dios, para con el Rey, para con sus semejantes. Surge la idea revolucionaria de que el hombre es un sujeto de derechos. Por el sólo hecho de existir, está dotado de unos derechos inalienables que son los Derechos del Hombre. Por el hecho de nacer ya está dotado desde la eternidad de unos derechos que tienen que serle reconocidos. Esto cambia radicalmente el concepto de la vida social y de la situación de cada hombre. Dentro de una estructura como la colonia americana esta era una idea explosiva enteramente contraria a todo lo que era la sociedad colonial. Hasta el propio concepto de su historia va a ser alterado para los hombres de la época colonial. Hay un libro sobre el cual tampoco desgraciadamente podemos detenernos, que tuvo una influencia inmensa en toda esta nueva concepción que de su propio destino y de su pasado, van a tener los hispanoamericanos de la época de la independencia. Es el libro famosísimo del Abate Raynal. Raynal, abate francés del siglo XVIII, racionalista, hombre culto con la cultura geográfica y antropológica muy incipiente que se podía

tener en aquella época escribió, sin embargo, un voluminoso libro que se llama "Historia de las Indias".

En parte de ese libro se pinta la historia de la colonización española de la América, como un hecho criminal. Esa historia que recoge todos los peores aspectos de la colonización española de América y ninguno de los favorables. Pinta un panorama aterrador de violencia y desmanes dominado por la Inquisición, la persecución y la injusticia. Un mundo destruído material y moralmente por unos capataces ávidos de sangre, que eran las autoridades españolas. Esa imagen es la que van a recibir los criollos hispanoamericanos y la que va a influir en gran parte en toda su actividad. Si buscamos las listas de libros en las testamentarías de la segunda mitad del siglo XVIII y en los equipajes de los hombres importantes como Miranda, encontraremos que hay un libro que rara vez falta y es el famoso del Abate Raynal. Bolívar mismo lo cita con mucha frecuencia. Llegó a ser una especie de autoridad inapelable en materia de historia americana.

Hay, luego, tres acontecimientos exteriores que van a influir mucho, pero antes de pasar a ellos, quisiera hacer una breve mención de otro aspecto también importante. A fines del siglo XVIII, se introduce el cultivo del café en Venezuela y en otras partes de hispanoamérica. Este cultivo va a traer notables consecuencias económicas y sociales. Va a traer más riqueza, más población y la posibilidad de explotar las altas laderas de las montañas que hasta ese momento habían permanecido yermas porque no había ningún cultivo adecuado a su topografía. El café va a permitir poblar y explotar el país montañoso.

Hay además en esto un aspecto humano que no carece de importancia y que en alguna ocasión he señalado.

Los hombres de la colonia hasta fines del siglo XVIII, prácticamente vivían del cacao. Era el cacao el centro de su vida social.[1] El chocolate es una bebida espesa, lenta,

---

1 A mediados del siglo XVIII escribía Cisneros: "El Cacao que se consume en el País, es con tanto exceso, que se hace increible, porque se tiene por preciso alimento: Unos lo toman en Chocolate, otros (y son los más) sin Canela, ni Azúcar, sólo con Papelón, que es una

adormecedora, ceremoniosa. Desde fines del siglo XVIII en adelante, se va a tomar café que es una bebida rápida, excitante, breve, nerviosa y esto implica una especie de cambio de *témpo*. De los bebedores de chocolate que vivían conformes con la estructura del mundo de la casa de Austria se va a pasar a los bebedores de café, afrancesados, con ideas revolucionarias, agitadores y capaces de empresas audaces y visionarias. Este cambio de bebida trae sin duda un cambio de estilo en la vida y contribuye a preparar los nuevos tiempos.

Señalemos los tres grandes hechos exteriores. En 1776 se independizan los Estados Unidos de América con la ayuda de Francia. Este hecho hace que surja del mundo americano la primera república moderna, el primer país que establece un régimen igualitario, donde se reconocen los Derechos del Hombre, donde se proclama que todos los seres nacen libres e iguales y que toda persona nace dotada de derechos inmanentes y entre ellos el derecho a la obtención de la felicidad.

Esta proclamación inusitada dentro de la tradición española, ocurre, además, en tierra americana y constituye, por lo tanto, el ejemplo más incitante para los colonos del imperio español. Van a ver en ese gran acontecimiento un estímulo y un ejemplo, y se les avivará la curiosidad por conocer todo lo que allí pasó. A tal extremo llegó esto que ya para 1778, dos años apenas después de iniciado el movimiento de la independencia en Estados Unidos se dicta una real orden del 23 de diciembre en la que se prohibía la introducción en Indias de la *Historia de América* de Robertson, que es el recuento de la revolución americana.

Pero ya era tarde porque no solamente circulaba el libro de Robertson, sino muchas otras obras, folletos e impresos. En 1789, estalla la revolución francesa que igualmente va a darle un impulso extraordinario a las ideas racionalistas. Va a divulgar esa especie de catecismo de la libertad que

---

especie de Azúcar prieto; y en todos los Valles de la Costa del Mar, y Ciudades de Tierra adentro lo toman sin ninguna especie de dulce, que llaman Cerrero, y a todas horas del día, por cuya razón debemos considerar consumidas en el propio País 34.109 fanegas, y 90 libras, y 5 onzas de Cacao." (*Descripción Exacta de la Provincia de Benezuela*, por D. Joseph Luis de Cisneros. Madrid. Librería General de Victoriano Suárez. 1912. pag. 65.)

es la proclamación de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que va a circular clandestinamente por todo el mundo americano. A fines del siglo XVIII por obra de Picornell y del neogranadino Antonio Nariño, traducciones españolas de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, llegan a Venezuela y circulan profusamente. Esa cartilla de derechos crea una emoción y suscita un deseo de libertad, proclamando ideas sumamente halagüeñas a los oídos de toda aquella gente que soñaba con un cambio. Estos cambios van a verse precipitados, y coronados por un acontecimiento de una magnitud incalculable, que es la invasión napoleónica de España en 1808. La invasión francesa deja acéfala la monarquía. Esa figura de prestigio incalculable que era el rey de España desaparece. Desaparece en un juego de escamoteo increíble, y empiezan a llegar tardíamente, con dos y tres meses de retardo como llegaban las noticias de entonces al mundo americano, informaciones increíbles de que el rey Carlos IV abdicaba en favor de su hijo Fernando VII, que Fernando VII a su vez abdicaba de nuevo en favor de Carlos IV, que Carlos IV a su vez abdicaba en Napoleón, y que Napoleón abdicaba a su vez en favor de su hermano José Bonaparte a quien los españoles nunca supieron llamar de otro modo que Pepe Botella. Es la absurda tragicomedia de Bayona. Va a quedar a la cabeza del imperio español un usurpador. El rey ha desaparecido, ha desaparecido el vértice de aquella pirámide y ha desaparecido en medio de todo este movimiento de cambio que ha ido ocurriendo dentro del imperio y al desaparecer le plantea a los americanos una necesidad perentoria de tomar decisiones. Este momento de tomar decisiones que ocurre súbitamente les plantea a los hispanoamericanos la posibilidad de reconocer a José Bonaparte como rey de España, o la de declararse sometidos a unas Juntas inexistentes que se habían formado en la Península que retrocedían ante el invasor y que no ejercían realmente ninguna autoridad. O la conveniencia de tomar autónomamente las riendas del gobierno local en espera de que se aclarara la situación en España, o para declararse indefinidamente libres. Era una decisión difícil, que acaso ellos no hubieran tomado tan pronto, si estos acontecimientos exteriores no los hubieran puesto entre la espada y la pared ante la posibilidad de ser libres.

La actitud de las clases sociales, instintivamente no era, ni con mucho, uniforme. Para los terratenientes criollos, para los llamados mantuanos la oportunidad era bastante digna de consideración porque les brindaba la posibilidad de realizar por fin aquel sueño de tomar para sí las riendas del poder, es decir, de ejercer la autoridad por sí mismos, sin más funcionarios peninsulares y que los cabildos y los funcionarios elegidos por los cabildos llegaran a ser los gobernadores locales, los presidentes o los que ejercieran la autoridad, pero sin cambios peligrosos. En cambio para toda la juventud afrancesada, para esos jóvenes que se habían ido formando al calor de las nuevas ideas esta era la oportunidad de hacer la República, de poner en práctica como Estados Unidos en el año 76, como Francia en el año 89, las nuevas ideas.

Esto es lo que ocurre el 19 de abril. Hay que dar un paso y ese paso se da en presencia de todas estas perplejidades de clase, de todas estas vacilaciones de grupos y de la necesidad perentoria de tomar una decisión que no podía ser aplazada. Con el pueblo en las calles, con la clase de los pardos manifestando su lealtad a Fernando VII, porque ellos sentían que el rey era quien los favorecía contra los señores y con toda su antipatía contra los cabildantes que eran a su vez quienes pretendían tomar por su cuenta las riendas del poder. Están a las puertas del siglo XIX, cuando hace crisis visible y notoria el orden público. Los hombres que van a aparecer en el escenario del balcón de las casas consistoriales, van a tener influencia importante en las decisiones de ese día; pero no van a ser ni con mucho los que van a formar el largo proceso que ese día empieza. Ese día no era como muchos de ellos pudieron soñar, el término de un ansiado proceso y el establecimiento de un orden nuevo de paz y tranquilidad, sino el comienzo de una y mucho más grave y larga crisis, que iba a ser la crisis de la contradicción entre este mundo hecho por la historia, de acuerdo con unos cánones y unos ideales y unas concepciones y el nuevo mundo ideológico que pugnaba contra ellos. De esta lucha de acomodamientos entre lo que la historia dejó por herencia y lo que las ideas nos trajeron como ideales se formó toda la tremenda pugna de nuestro siglo XIX y en gran parte nuestro destino.

La campanilla que reconstituyó el Cabildo caraqueño ese día tuvo la solemne resonancia de la campana de la historia. El poderoso resonar salió del salón de sesiones y se extendió por el cielo de Caracas, y por el de Venezuela y por el de América. Nada de lo que hasta entonces era podría seguir siendo igual. Había sonado un nuevo tiempo para todos y el destino de los hombres y de los pueblos estaba irremisiblemente cambiado. La vida de los hombres que estaban allí iba a cambiar. Era como si Madariaga, Roscio, Ribas, se hubieran convertido súbitamente en otros hombres. También había cambiado el destino en aquel instante para otros que no estaban allí presentes. Para el joven Simón Bolívar que se hallaba confinado en sus haciendas de El Tuy; para el viejo luchador Francisco de Miranda que miraba con desesperanza pasar el tiempo en su retiro de Londres; para el joven cadete de Cumaná, Antonio José de Sucre; para el peón ganadero José Antonio Páez, que a esa hora estaría persiguiendo algún novillo en un banco de sabana; para centenares y millares de otros, la existencia se había llenado, sin aun saberlo ellos mismos, de nuevos deberes, de terribles posibilidades y de trágica grandeza.

La campana del cabildo cerraba tres siglos de historia colonial para comenzar otra historia.

CUATRO MOMENTOS DEL DESTINO AMERICANO

Por la dorada puerta plateresca de la Universidad de Salamanca pasan, en sus oscuros mantos, los estudiantes ricos, los capigorrones y los sopistas. Hay allí gente joven de toda España. Hay quienes sueñan con la gloria de las letras, y quiénes se sienten tentados por la gloria de las armas y de las conquistas que se ofrece en el gran escenario del Nuevo Mundo. Es un día de 1532. El siglo XVI está todavía joven y vigoroso. En las cabezas hay como la embriaguez de las nuevas ideas y de las nuevas tierras. Se está descubriendo la totalidad del mundo y se está también descubriendo la totalidad del hombre. Hay la ilusión de que el macrocosmos universal y el microcosmos humano van a coincidir plenamente.

El Nuevo Mundo parecía lleno de inagotables riquezas y de ilimitadas tierras para la creación de nuevos reinos. Se necesitarían legiones de Adelantados, Virreyes, Gobernadores, Maestres de Campo, capitanes, soldados, escribanos, frailes y bachilleres para dar forma definitiva a aquel inmenso dominio que la fortuna había deparado a España.

El Profesor de Teología Francisco de Vitoria va a leer ante el claustro una de sus relecciones. Enfundado en su hábito, hace cantar el latín académico en su voz solemne y clara. Lo que dice suena como un toque a rebato en los oídos de maestros y estudiantes. Lo que dice no sólo se aparta radicalmente de las teorías y de las prácticas seguidas por todas

las potencias europeas, sino que llega a negar el derecho de España a la conquista de América.

No puede adquirirse válidamente por ocupación, proclama, sino lo que no es de nadie. América pertenecía a sus primitivos habitantes, los indios, que "tienen uso de razón, ciudades, magistrados". América, por lo tanto, no podía ser objeto de ocupación. Tampoco el Papa era señor temporal de todo el planeta, y carecía, por lo consiguiente, de derecho para conceder al Emperador, o a Príncipe alguno, la posesión de ningún país sin el consentimiento de sus habitantes.

Aquel día memorable, Fray Francisco de Vitoria, proclama que carece de validez moral y jurídica todo hecho de conquista en tierra americana.

Quince años antes había venido a ocupar el trono de Castilla el príncipe Carlos de Gante, un flamenco por educación, por lengua y por gustos. Llega rodeado de cortesanos extranjeros a aquel reino que le viene de sus abuelos Fernando e Isabel y de su madre loca Juana. La vastedad de las Indias comienza a descubrirse lentamente ante los engolosinados ojos de los aventureros y de los cortesanos. En el mismo año de 1519 en que Hernán Cortés, un desconocido, emprende la prodigiosa hazaña de la Conquista de México, el Príncipe flamenco que va a ser Emperador germánico, promulga una ley que dice:

"Y porque es nuestra voluntad y lo hemos prometido y jurado que siempre permanezcan unidas (las Indias) para su mayor perpetuidad y firmeza, prohibimos la enajenación de ellas. Y mandamos que en ningún tiempo puedan ser separadas de nuestra real corona de Castilla, desunidas ni divididas en todo o en parte, ni sus ciudades, villas ni poblaciones, por ningún caso ni en favor de ninguna persona. Y considerando la fidelidad de nuestros vasallos y los trabajos que los descubridores y pobladores pasaron en su descubrimiento y población, para que tengan mayor certeza y confianza de que siempre estarán y permanecerán unidas a nuestra real corona, prometemos y damos nuestra fe y palabra real por Nos y los reyes nuestros sucesores de que

para siempre jamás no serán enajenadas ni apartadas en todo o en parte, ni sus ciudades ni poblaciones, por ninguna causa o razón o en favor de ninguna persona; y si Nos o nuestros sucesores hiciéramos alguna donación o enajenación contra lo susodicho, sea nula y por tal la declaramos."

Esta extraordinaria disposición de Carlos V, por la cual coarta y limita su soberano derecho y el de los reyes sus sucesores, en todo lo que se refiere a la integridad del mundo americano, no llega a ser olvidada, sino que expresamente la ratifican Felipe II en 1563 y Carlos II en 1681.

Carlos V y sus sucesores proclaman solemnemente que la tierra americana no es enajenable, y que no tendrá validez ninguna cesión de territorio a potencia extranjera en el Nuevo Mundo. En esta forma América queda proclamada intangible e inalienable, que es un caso único en la historia de todas las conquistas.

El siglo XVIII se inicia para España en medio de las trágicas convulsiones de su primera gran guerra civil. Durante quince años los partidarios de los Borbones y los de los Austrias se combatieron encarnizadamente sobre el suelo español, hasta que la lucha se decidió en favor del Duque de Anjou, nieto de Luis XIV, que vino a ocupar el trono con el nombre de Felipe V.

En el resto de Europa tampoco hay paz. Las alianzas guerreras se suceden en inestables oleadas. Tratados de paz y batallas llenan las páginas de la historia. Hay la cuádruple alianza contra España, la guerra entre Inglaterra y Francia, la Guerra de Sucesión Polaca, la Austríaca, la Guerra de los Siete Años. La lista es larga y casi monótona.

En los comienzos del siglo, Portugal ha tomado las armas contra España reanudando la vieja historia de la difícil convivencia pacífica de los dos países peninsulares.

Sin embargo, en 1750, se firma el tratado de Madrid, entre Fernando VI de España y Joaquín de Portugal, con el objeto de establecer la demarcación de fronteras entre sus respectivos dominios americanos, y en ese instrumento se introduce la extraordinaria cláusula que establece que,

aun cuando llegase a haber de nuevo guerra entre España y Portugal: "se mantengan en paz los vasallos de ambas establecidos en toda la América meridional, viviendo unos y otros como si no hubiese tal guerra entre los soberanos".

En una Europa azotada por la guerra endémica, dos potencias rivales, con vastos dominios limítrofes, convienen en que la guerra que pueda ocurrir entre ellas no se habrá de extender nunca al Nuevo Mundo. El mundo americano queda, por este extraordinario pacto, consagrado a la paz perpetua, y a mantenerse fuera de las luchas que puedan envolver en Europa a las potencias metropolitanas. La guerra más sangrienta y destructora que puedan hacerse Portugal y España nunca podrá extenderse a América; los actos de beligerancia no pasarán al territorio del Nuevo Mundo. Los que pueden luchar en Europa no habrán de verse en América sino como pacíficos vecinos.

Bolívar entra a Lima el 7 de diciembre de 1824. Dos días antes de la gloriosa batalla de Ayacucho. La ciudad ha estado amenazada por las tropas españolas. Los vecinos reciben al Libertador con una sincera explosión de entusiasmo. Sienten que con él llega la fuerza decisiva que ha de asegurarles la Independencia y ponerlos a salvo del peligro de la guerra y de las represalias realistas. La muchedumbre, con atronadores vítores, recorre las calles escoltando al héroe. El bullicio y el contento colman la ciudad.

Esa misma noche, mientras las voces claman llamándolo de nuevo al balcón, Bolívar llama a uno de sus amanuenses y le dicta la nota circular que ha de enviar a los Gobiernos americanos invitándolos para un Congreso, que él no vacila en calificar de augusto, que ha de celebrarse en Panamá para establecer las bases jurídicas que han de regular la vida internacional de los nuevos países.

En la noche plena de expectación, de angustias y de esperanzas la voz tajante del caraqueño dicta, mientras pasea nerviosamente por la habitación:

"Grande y buen amigo: Después de quince años de sacrificios consagrados a la libertad de América, por obtener el

sistema de garantías que en paz y guerra, sea el escudo de nuestro nuevo destino, es tiempo ya de que los intereses y relaciones que unen entre sí a las repúblicas americanas, antes colonias españolas, tengan una base fundamental que eternice, si es posible, la duración de estos gobiernos."

Era la realización de aquel vasto proyecto que nueve años antes había anunciado al Gobierno de Buenos Aires: "...nosotros nos apresuraremos con el más vivo interés a entablar por nuestra parte el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente a la América al Mundo con un aspecto de majestad y de grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podría llamarse la reina de las naciones, la madre de las repúblicas".

Para Bolívar, mientras las armas se aprestan para la jornada de Ayacucho, ha sonado claramente la hora de organizar el destino americano sobre las bases de un pacto de derecho que asegure la vigencia de los ideales y de los principios que determinaron la lucha por la Independencia.

Esos cuatro momentos, esparcidos en el curso de tres siglos, revelan la promisora y excepcional grandeza del destino americano. Los reyes, los teólogos, los juristas, los libertadores sentían por igual que aquel Nuevo Mundo debía ser el asiento del derecho y la justicia, que no habían hallado refugio en Europa. Proclaman para América, los principios nuevos que Europa nunca pudo llevar a la práctica. La integridad e intangibilidad del territorio, el repudio del derecho de conquista, la consagración a la paz y la proscripción de la guerra entre países del continente, y, por último, la organización de todas las naciones en un sistema jurídico solidario que Bolívar llama el "pacto americano".

A esa vieja y nunca desmentida vocación de grandeza, de justicia y de bien, era a la que aludía Bolívar al proclamar que "América es la esperanza del Universo".

LA INDEPENDENCIA Y LA HISTORIA DE VENEZUELA

La historia de Venezuela abarca poco más de cuatro siglos y medio. Desde el día en que Colón, con los ojos purulentos, tocó tierra en la Costa de Paria, buscando señales del Paraíso, hasta esta hora en que el país lucha por hallar una salida definitiva a su vieja crisis constitucional.

Todo límite, todo hito, toda cesura puestos a la historia son y tienen que ser, en mayor o menor grado, convencionales o arbitrarios. Nadie podría decir con exactitud cuándo comienza la Edad Media, dónde termina el Renacimiento, en qué punto se inicia la Edad Contemporánea. La escogencia de una fecha no pasa de tener un mero carácter simbólico, porque la historia es por naturaleza fluída, divagante y continua, y nunca comienza ni termina, exactamente, en un hecho o en una fecha.

No hay duda de que esto que llamamos Venezuela hoy, es un fenómeno social complejo en el que influyen hechos y acontecimientos que son rigurosamente contemporáneos. No tiene mucho en común esta Venezuela del petróleo y de las comunicaciones mundiales, con la del siglo XIX, y esa misma ya era bastante distinta de la que vio entrar a Caracas a Francisco de León. Y si nos remontamos a los siglos XVII y XVI encontraremos apenas una especie de vago antecedente parcial de lo que ahora ha llegado a ser el país.

Habría también que pensar, en rigor, que tampoco esa más vaga e inicial historia surje en la Costa de Paria un

día de 1498. La misma Costa de Paria no vino a formar parte jurisdiccional de Venezuela sino casi tres siglos más tarde. La verdad es que los europeos y los indios que se encontraron allí ese día y en todos los largos y trabajados días consecuentes eran el producto vivo y actuante de una historia tan vieja como mezclada e ininterrumpida. Los españoles eran el rico y agresivo producto de la variada y batalladora Edad Media castellana y del Primer Renacimiento que se había manifestado en la Corte de Juan II. Traían enterrada en la lengua una historia tan vieja como el Mediterráneo de las cien culturas.

Esto significa que para tratar de entender un poco la historia del hombre en el territorio de Venezuela, hay que ir más allá del Descubrimiento y de los límites geográficos, puesto que eso que llamamos nuestra historia es en gran parte el producto de una historia anterior y de unos sucesos y pensamientos que ocurrieron antes o fuera del hecho histórico y del marco geográfico que llamamos Venezuela.

No ha sido esta la concepción de la historia que prevalece en los venezolanos. No es la que sienten, ni la que aprenden, ni la que forma parte de su concepto de la nacionalidad. La que los más conocen es esa historia de cuatro siglos y medio cerrados, dividida en tres tiempos, que halla su expresión más cabal en los manuales de nuestros escolares.

No es indiferente o inócuo el modo como los hombres sienten o entienden la propia historia. El modo de entender el pasado es uno de los ingredientes principales del modo de enfrentarse a las tareas del presente. De esta manera la historia que se aprende es como una pauta para la vida que se espera.

La historia del manual de nuestros escolares comienza en Paria en 1498 y está dividida en tres tiempos desiguales.

Un tiempo de oscura y monótona víspera que dura trescientos doce años y que se llama la Colonia; un tiempo de breve y gloriosa plenitud que dura escasamente veinte años, que se llama la Independencia; y un tiempo de desvío, abandono o decadencia que ya lleva ciento treinta años y se llama la Epoca Nacional.

La mera desproporción de esta división debería bastar para revelar su inconsistencia. La historia de un país no

puede consistir en una especie de fábula mitológica por la cual nueve generaciones de venezolanos vivieron oscuramente con el solo objeto de preparar la floración de una sola generación sobrehumana, para que luego las sucesivas generaciones, cuatro hasta hoy, vivieran en la nostalgia y la desesperanza de la grandeza perdida.

Esta concepción romántica y pueril es anti-histórica y deforma en los que la reciben y aceptan el concepto mismo de lo que es el país y de lo que lo ha caracterizado.

Nadie puede dudar de que la Independencia de Venezuela es un suceso lleno de trágica grandeza y de gloria en el que surjen y se afirman personalidades de carácter excepcional. Una figura como la de Bolívar está ciertamente en el nivel de la más rara e inaccesible grandeza humana. Y no está solo. Cerca de él, a distancias variables, están los Miranda, los Bello, los Sucre, los Páez. Hubo plétora de hombres superiores, pero también hubo una ocasión excepcional que les permitió revelarse y realizarse. Fue un tiempo parecido al de la Conquista en la exigente y terible ocasión que brindó para que las condiciones heroicas de los hombres se manifestaran.

Pero, sin embargo, no eran superhombres nacidos de la coyunda de un dios y de una mortal, eran venezolanos, hijos de venezolanos, formados en el ambiente físico y moral de Venezuela. Eran la expresión de una sociedad y de un tiempo reales y se habían formado dentro de unas costumbres, tradiciones y valores que eran los de la mayoría culta del país en su tiempo.

A fuerza de exaltarlos vanamente se ha llegado a convertirlos en el producto espontáneo y gratuito de una especie de milagro genético. Casi se ha llegado a sacarlos de la historia, cuando en realidad tanto como hacedores son productos de una historia. Forman parte de un desarrollo, de un crecimiento social. Eran los representantes de un estado de cosas. Bolívar decía: "Yo los he representado en presencia de los hombres." Se lo decía a su viejo tío caraqueño y lo hacía recordando a las antiguas familias de la pequeña ciudad donde rodó su infancia de muchacho de la plaza de San Jacinto.

Más sentido histórico que nuestros autores de manuales tuvieron los vitralistas de la catedral gótica que representaron al Mesías, no como caído gratuitamente de un cielo remoto, sino como el remate y coronación del viejo y torcido árbol de Jesé, que sale del costado del padre del pastor, tendido en el suelo, y crece en ramas de reyes, de profetas y de labriegos.

A la generación de la Independencia, por la concurrencia de hechos poderosos y muchos de ellos inesperados, como la invasión de España por los franceses de Napoleón y la consiguiente ruptura de la continuidad dinástica, se le planteó la ocasión de tomar la dirección del país en sus manos. No fue una decisión fácil, ni exenta de dudas y contradicciones. Basta leer lo que queda de las actas procesales de la conjuración de 1808 en Caracas para advertir claramente cómo aquellos hombres, los Ribas, Montillas, Fernández de León, Sanz, los Tovar, los Palacios, el Marqués del Toro, vacilaban inseguros entre la necesidad de afrontar el llamado del destino y la angustia de los terribles riesgos que preveían. Era como si el azar de los acontecimientos los obligara peligrosamente a precipitar el proceso histórico.

En 1810 se tomó el camino de la acción violenta. Durante quince años los venezolanos van a vivir y perecer en una tensión extrema, donde cada día habrá que intentar lo imposible y arriesgarlo todo para alcanzar aquel "único bien" de la Independencia. Habrá que forjar conceptos e instituciones, habrá que buscar armas y temas de lucha, habrá que combatir en las costas orientales, en las llanuras del Orinoco, en las montañas andinas, y por las exigencias mismas de la magnitud del conflicto habrá que seguir por años el combate desesperado más allá de las fronteras del territorio tradicional, en los valles del virreinato de los bogotanos, a la sombra de volcanes y a la vista de océanos que jamás habían formado parte del sentimiento territorial de los venezolanos, hasta Lima, Quito, el Cuzco y el sobrecogedor paisaje del Ilimani sobre el altiplano.

Esos años de acción violenta, pródigos en victorias y en gloriosos acontecimientos, van a borrar en el sentimiento de los venezolanos toda la significación del laborioso e importante quehacer de la época colonial, y van a crear para

las generaciones subsiguientes un peculiar concepto de los valores históricos. Casi van a llegar a sentir que lo que no es épico es indigno de la historia.

Es difícil que con la imaginación exaltada por los relatos de Carabobo y Ayacucho y por el eco de las proclamas bolivarianas pudieran nuestros escolares ponerse a apreciar la labor de civilización paciente, y heroica a su manera, que significó la obra de introducir la civilización occidental en el país. La creación de los pueblos, la introducción de los cultivos, la traída del buey y de la gallina, la conducción de las aguas, la adopción de las instituciones jurídicas, la formación del tipo de la casa y del plan de la ciudad. Lo que significaron el cacao, el añil, el café y la ganadería en el proceso de formación de nuestra sociedad. El profundo proceso del mestizaje o el de la incorporación del barroco, las características de nuestra iglesia, la influencia del escotismo en nuestra concepción colonial del mundo, el aporte de los vascos o el de los canarios, la significación del mito de El Dorado, la sobrevivencia de las culturas indígenas, los valores culturales trasmitidos por las ayas negras, la célula social de la hacienda y el caudillismo y el impacto de la Guipuzcoana. El régimen de la esclavitud y de las castas. Todo el vasto y original drama que es el quehacer del hombre sobre un territorio determinado y en unas circunstancias dadas.

Hubo un orden colonial, con virtudes y defectos, durante el cual Venezuela se hizo y en el cual se formaron los hombres que hicieron la Independencia. Ese orden entró en sorda pugna con la sociedad que se había formado en su seno. La Independencia fue la ruptura violenta de ese orden, y la historia posterior no ha sido, en cierto modo, sino el proceso, muchas veces doloroso y muchas veces grandioso, de establecer un nuevo orden.

Habría que colocar la Independencia dentro de ese proceso general de la difícil y trabajada formación de la nación venezolana. Sin opacar en nada el resplandor maravilloso de su gloria y de sus hombres, pero sin permitir tampoco que su deslumbrante aparición nos oscurezca o tuerza la comprensión y el análisis de nuestro devenir histórico.

Antes de la Independencia los venezolanos estuvieron haciendo un país, durante su fulgurante momento pasaron a

la acción heroica con una grandeza que merece la admiración universal, pero después de ella tampoco se interrumpió la difícil y muchas veces trágica tarea creadora.

Sería un error de muy graves consecuencias permitir que una deformada concepción de la historia les haga creer a nuestras gentes que la gloria de hacer un país se alcanza tan sólo por medio de los hechos de armas, la acción violenta y el ímpetu guerrero. Hay, ciertamente, épocas en que hay que recurrir a ellos, pero es precisamente para defender y asegurar lo que se creó durante los tiempos de laboriosa y pacífica creación.

La mayoría de los venezolanos que hicieron la Independencia no eran fundamentalmente diferentes de sus padres y de sus abuelos. Tuvieron una alta ocasión que los otros no tuvieron y supieron mostrarse a la altura de ella. Tampoco los hijos y los descendientes de los hombres de la Independencia son fundamentalmente distintos.

Hay una continuidad venezolana en las cambiantes condiciones de nuestra historia. Pero es la misma gente y es la misma tarea. Sólo que la tarea de hacer un país no siempre requiere gloriosos hechos de armas, y sería un terrible error creer que cuando se apagó el estampido del último disparo de la guerra, terminó con él la tarea de hacer la historia.

La Independencia no es toda la historia de Venezuela, que había comenzado mucho antes que ella, y continúa hoy tan viva y solicitadora como pudo estarlo en cualquier tiempo. Es, seguramente, su hecho más brillante y exaltador. Pero la grandeza de la tarea de hacer un país no comenzó el 19 de abril de 1810, ni terminó el 9 de diciembre de 1824.

LA REBELION DE CARACAS

Los contemporáneos del suceso llamaron al 19 de abril de 1810 la rebelión de Caracas. Les parecía que la explicación de todo lo ocurrido y de sus inmensas consecuencias se concentraba en el estrecho cuadrilátero de calles empedradas y plazuelas con iglesias, que era la Caracas de entonces.

Si uno ahora, a la distancia de siglo y medio, contempla el suceso, está tentado de darles la razón. No fue la vasta y dispersa extensión de territorio con pueblos la que dio el tremendo paso de romper el orden colonial y asumir la autoridad en propias manos, sino un puñado de hombres que vivían en un perímetro de seis cuadras y que eran la mejor expresión del nuevo espíritu que empezaba a animar a la gente hispanoamericana.

Caracas había sido como una cabeza demasiado vivaz y ágil para un cuerpo demasiado enteco e inorgánico. Todo el interior de la Provincia estaba en el rezago de la colonia cuando los caraqueños fundaban logias, trataban de implantar la pedagogía roussoniana, leían todos los libros prohibidos, se ponían en contacto con las Antillas herejes y con París y Londres y tenían adelantados tan importantes en la creación de la nueva Europa, como Miranda y Simón Rodríguez.

Ese ánimo despierto al mundo y a las novedades es el que los lleva a dar el paso inicial para asumir la autonomía en el mundo americano. Saben lo que pasa en la política europea, la irrupción napoleónica, la ascensión del imperio británico y las posibilidades americanas dentro del juego de los nuevos equilibrios posibles.

Están al tanto también del nuevo mundo ideológico que aflora entre los "viejos parapetos" de Europa. Para 1796 en algún cálido balcón de La Guaira; a partir de 1806, en la casa de campo de los Bolívar, cerca del Guaire, se habla abiertamente del pensamiento revolucionario que sacude los nuevos tiempos y de las posibilidades de su implantación en las tierras del imperio español. Discuten con calor de las posibilidades prácticas de tamaño cambio y sueñan con la gloria de quienes alcancen a realizarlo.

Unas pocas horas de jornada a caballo los separaba del mar. Por allí llegaban hasta la Posada del Angel, cerca de la Plaza Mayor, los viajeros y comisionados que venían en barcos franceses e ingleses. Más que cargamentos de aceite y telas traían cargamentos de noticias y gacetas llenas de incitantes ejemplos.

A la noticia escueta seguía la deformación mágica que le añadía el espíritu criollo. Se podía especular, al ritmo de las cambiantes noticias, con que Francia o Inglaterra pudieran convertirse en aliados de la eventual independencia. La vista de las fragatas fondeadas en la rada y de los uniformes exóticos de los emisarios, le daba un cariz de inminencia a todas esas posibilidades.

El hecho ocurre el 19 de abril de 1810. Nunca un acto histórico se hizo con tan plena conciencia de sus consecuencias y significación. Aquellos caraqueños sabían que daban un paso irreversible, conocían todos los peligros que podían amenazarlos y, sin embargo, no vacilaron en darlo.

Tienen conciencia de estar tomando parte en un proceso general de la historia y, por lo tanto, lo primero que hacen es lanzar sus manifestaciones al mundo. Se daban perfecta cuenta de que se habían asomado a la escena de la historia universal.

Tenían sin duda la cabeza llena de grandes ejemplos más o menos remotos. Tenían toda la mitología neoclásica del siglo XVIII. Se conocían su Plutarco y sabían invocar a tiempo a Bruto y a Catilina. Conocían los sucesos próximos de la revolución de los Estados Unidos y de la de Francia. No sólo eran los libros y las gacetas, sino también las cartas y los relatos de los que volvían del largo viaje. Los que habían estado en Filadelfia y en Nueva York. Los que habían

estado en las tertulias del Palais Royal hablando con desenfado de todas las instituciones y de todas las doctrinas políticas.

Sentían que ya la hora no era para esperar, sino para atreverse.

El 19 de abril de 1810 un grupo de caraqueños se atrevió. No eran más de una treintena de hombres. Se resuelven a deponer al Capitán General y a crear una Junta para asumir el Gobierno de la tierra. Lo hacen con una decisión y con una celeridad que pasma. Cuando el Capitán General parece que se les va a evadir, Francisco Salias sale a hacerlo regresar de la puerta de la Catedral: "Os llama el pueblo a Cabildo, señor." Eso es todo. Vuelve el Gobernador al Ayuntamiento, renuncia y se proclama la Junta.

Allí quedó roto el hecho de tres siglos de la conquista. Todo lo que vino después estaba implícito y deriva de aquel sencillo acto que ocurre un Jueves Santo dentro de los estrechos muros de la sala del Cabildo de Caracas. Los hombres que firman el acta se han arrogado sin saberlo la representación de todo un país, de todo un continente, de todo un mundo. Están decretando la independencia americana con sus batallas y sus creaciones. Todo está allí y arranca de allí.

"El 19 de abril nació Colombia", dijo Bolívar mucho más tarde reconociendo la importancia del hecho. El 19 de abril se sembró la semilla de las batallas, de las constituciones y de las naciones americanas.

Esa es la gloria y la grandeza de aquel puñado de hombres que con su decisión de una hora, abrieron en Caracas una nueva historia para el mundo americano.

UN RUMOR DE AGORA*

Sale de estas páginas un rumor de ágora. Es como atisbar, por momentos, el gran cambio que se opera de súbito, en aquella pequeña y apacible Caracas que parecía dormida al rescoldo de la más tibia vida señorial que pudiera florecer en el inconmovible imperio que tímidamente pretendían afrancesar los borbones españoles.

Son las voces de la tertulia, el grito del manifiesto, los conflictos de las nuevas ideas y de los viejos usos, lo que se fraguaba en los corredores y en los patios de las viejas casonas y lo que estallaba en proclama, discurso o acción violenta ante los ojos atónitos de los mercaderes de la Plaza Mayor.

Hay pocas varas de la Posada del Angel, adonde llegaron los franceses en 1808, con las noticias de las abdicaciones sucesivas de Bayona, hasta la fachada de la Catedral, donde dos años más tarde iba a tener remate la profunda ola de aquella conmoción, cuando el 19 de abril de 1810, Salias detiene y hace cambiar de curso, en la persona del Capitán General Emparan, a una historia de tres siglos.

Al otro lado de la Plaza Mayor están las casas del Cabildo, en la acera Sur está el Seminario de Santa Rosa, ya convertido en Universidad, con su vasta capilla, que ha visto tantas ceremonias del ritual romano y que ha de ver las primeras del ritual republicano en tierras del imperio español; al otro ángulo se alza el Palacio del Arzobispo, y en su calle

---

* Prólogo al libro *Testimonios de la Epoca Emancipadora*, publicado por la Academia Nacional de la Historia.

lateral la habitación del Gobernador, de ancha puerta y balcones. En esa misma calle está la casa de la familia Blanco, donde se ha de reunir la Sociedad Patriótica, y, paralela a ella, hacia el Este, frente al Convento de San Jacinto, está la mansión de la familia Bolívar.

Frente a la Posada del Angel está la sala, olorosa a tinta y a papel, donde dos ingleses, comienzan en 1808, a sacar la primera gaceta que la villa ha conocido.

Todo el gran cambio parece originarse en ese corto espacio ocupado por enrejadas casas de alero, estrechas calles empedradas, y gente lenta y ceremoniosa que se detiene a conversar largamente. No hay, los más de los días, otro ruido más fuerte que los repiques de campanas, ni otro acontecimiento en la calle que el paso de una señora, seguida por sus esclavas, que hace levantar los sombreros de los contertulios.

Todo el mundo sabe y comenta que ha fondeado un bergantín en La Guaira, o que el Conde de San Javier ha regresado de su hacienda. Se habla de cosechas y de sarampiones y a ratos de las noticias de la guerra recurrente que los franceses llevan por Europa desde los días de su revolución.

Pero es allí, precisamente, entre esas gentes, que, o están emparentadas o se conocen todas entre sí, y que no habitan a más de trescientas varas de su amigo más lejano, que va a iniciarse y a cobrar su fisonomía el gran drama del cambio del destino americano.

El orden del mundo colonial hispánico va a quedar roto y destruido. Un orden fundado en la religión, la monarquía castellana y la obediencia ciega a la autoridad. Un orden fundado sobre el deber y la desigualdad que durante tres siglos había modelado el alma criolla en lengua, en creencia, en concepción del mundo y en escala de valores científicos, morales y sociales.

Los hombres que pueblan ese menudo ámbito caraqueño van a llegar a destruir ese orden, para intentar substituirlo por otro distinto y opuesto, que nunca había existido en aquellas tierras, que estaba fundado en razonamientos filosóficos y en algunas experiencias de los pueblos anglo-sajones del norte de Europa y de sus descendientes del norte de América, y para la implantación del cual tenían que luchar con

una resistencia casi instintiva que venía del pasado español. Mientras Castilla había encerrado a España en una civilización religiosa, militar y señorial, en el norte de Europa, se había creado un tipo de sociedad de habitantes de burgos independientes, de comerciantes y armadores, de granjeros y fabricantes de paños, hombres que se sentían incómodos dentro de una iglesia que pudiera coartar sus ambiciones políticas y sus intereses económicos, su libertad de negociar y de adquirir y que, por lo tanto, recibieron la Reforma luterana como una liberación. En lugar de un sometimiento del Estado y del individuo a los sobrehumanos fines religiosos, iban a tener un Estado tolerante, y una religión, con poca preocupación trascendental, casi reducida a una moral práctica, que no distrajera ni perturbara al buen burgués de la tarea de fomentar sus intereses y de aumentar la riqueza de su comercio y de su casa. Don Ramón Menéndez Pidal [1] ha señalado muy bien como el flamenco Carlos V, se hace español, en la medida en que renuncia a su tradición borgoñona, de fomento del negocio y del interés político nacional dentro de la pugna europea, para volverse el fiel ejecutor del testamento de sus abuelos maternos, los Reyes Católicos, que le mandaban desentenderse de las querellas de los príncipes europeos, para tratar más bien de unirlos en la empresa de llevar la guerra santa contra el infiel. Es decir, volver la espalda al naciente y ya poderoso gigante del nacionalismo político y del capitalismo, para resucitar el espíritu de las Cruzadas *(Dios lo quiere)* y consagrar a él toda la energía y la pasión combativa y creadora de los pueblos hispánicos.

Desdeñando esa antinomia, dispuestos a remontar la vertiente histórica, los caraqueños de 1810 lanzan uno de los más grandes y desmesurados retos que conoce la historia. Retan al mundo hispánico a desconocer su tradición multicentenaria, para acatar el fruto de una costumbre anglosajona, de una revolución francesa, y de una filosofía extraña; retan a una sociedad colonial de castas, formada en una ininterrumpida tradición de autoridad y deber, a vivir en la igualdad y en la libertad; retan a la monarquía asentada

1 Ramón Menéndez Pidal. *Formación del fundamental pensamiento político de Carlos V.* Humboldt. Año I - 1960. Nº 4, Hamburgo.

en los viejos sillares del Fuero Juzgo y de las Partidas a ceder su lugar a una república democrática de la que nunca había habido ejemplo en ninguno de los pueblos de lengua castellana; retan a la iglesia, única e indivisible, a tolerar la libertad de cultos y el desafuero de los sacerdotes; retan a los nobles y a los oligarcas a renunciar a sus privilegios; retan a los orgullosos blancos a considerar que los hombres de color les son iguales; retan a la Universidad y a la ciencia a olvidar su criterio magistral, su aristotelismo y su tomismo, para dejar el campo a todas las audacias de la razón crítica. El reto grandioso y sobre humano cubría todos los aspectos de la historia y de la vida hispanoamericana. Era un rechazo de todo lo recibido y de todo lo conocido para lanzarse a una aventura sin término, con la decisión impávida y la audacia inocente de los verdaderos héroes.

De ese reto salió la trágica y grandiosa guerra de la Independencia, los quince años de sangriento batallar que rematan en la esplendente gloria militar de Ayacucho, y de ese reto nace la tormentosa odisea de la vida política de nuestros pueblos hasta hoy, en busca de un inalcanzado orden democrático, sobre el que asentar la nueva vida y la nueva alianza.

Toda esa grandiosa historia es la que comienza en la pequeña Caracas de 1810, por obra y voluntad de aquellos vecinos que tan rutinarios y pacíficos habían parecido hasta entonces.

Por un casi inevitable proceso de simplificación el complejo y variado fenómeno histórico de la independencia venezolana ha tendido a reducirse, en la mente de los más, a una sucesión de brillantes hechos militares, que es lo que se ha llamado, en el lenguaje de la oratoria patriotera: la epopeya, y a personalizar esa gesta de las armas en Bolívar y en dos o tres personalidades egregias. La Independencia se convierte así en un cuento o en una cuenta de batallas, olvidando o prescindiendo de todo el rico quehacer y pensar qué ocurrió antes de la lucha armada o coetáneamente con ella, y de los que los combates no fueron, en cierto modo, sino las consecuencias, o la final forma violenta de lo que antes se había planteado en palabras y en actitudes.

Entre 1808 y 1811, cuando todavía no existen los anales militares de Venezuela, o se reducen apenas a unas cuantas

escaramuzas de poca monta, el gran reto de la independencia queda planteado en toda su dimensión, en palabras, pensamientos y hechos de la más grande importancia, por medio de los cuales se había adoptado, de modo irrevocable, una posición o una anti-posición que significó una ruptura definitiva del proceso histórico colonial.

En esos años, no sólo en el hecho, sino también en el derecho y en el pensamiento, se disuelve el vínculo jurídico que había atado Venezuela a la monarquía castellana, se depone al Gobernador español y se proclama la república federal democrática, representativa y electiva; en lugar de la cartilla de los deberes del vasallo se aprende la enumeración de los derechos del hombre y del ciudadano; la católica y sacra majestad real, nunca vista, de la remota España se reemplaza por la viva y debatiente Majestad del Congreso Nacional y se estrena una bandera, una Constitución y una fe nueva en el hombre, como asiento de la virtud, y en el pueblo, unido en pacto libre, como fuente de la soberanía.

Los hombres que acometen esa desorbitada empresa se congregan en esa menuda Caracas, de comienzos del siglo XIX, que pasa escasamente de los cuarenta mil habitantes. En esas veinte manzanas, de casas chatas de tapia y tejas, se combinan los elementos fundamentales del drama histórico del que van a nacer los nuevos tiempos americanos.

Son extraordinariamente numerosos los hombres que van a prestar mente y mano a esa transformación. Los hay nacidos en Caracas y también venidos del interior de la Provincia. Los hay españoles y criollos. Los hay de clase alta de hacendados y cabildantes, con algún título de nobleza, y los hay abogados y comerciantes, sin que falten los pardos, que sienten más reciamente que los otros, las contradicciones e injusticias con que los humillaba el régimen colonial. Los hay de las más viejas familias llegadas en la hora de la conquista y los hay de los más recientes aluviones de pasajeros a Indias o de los metidos de contrabando de las Antillas extranjeras.[1]

---

1 Sobre 41, declarantes, en la investigación abierta en Caracas con motivo de la conspiración de 1808, 25 eran españoles y 16 criollos. Por ocupaciones estaban divididos así: 19 comerciantes, 7 abogados,

Todos en grado diverso están tocados del aura del tiempo nuevo y están dispuestos, sin temor, a llevar hasta sus últimas consecuencias la proclamación de los nuevos principios. Predomina entre ellos un espíritu abierto al nuevo pensamiento. Han abandonado al Aristóteles de las escuelas para recibir la fina y penetrante máquina de Montesquieu que revela los secretos del poder y las fórmulas de la libertad. Han aprendido en Rousseau que el hombre es naturalmente bueno y nace libre, pero que la sociedad no ha servido sino para corromperlo y encadenarlo. El nuevo ejercicio de la razón los lleva a descubrir con asombro los errores y las injusticias entre las que han vivido las generaciones pasadas. Descubren en Raynal otra historia de sus tierras, que poco tiene que ver con los fastos que celebran los reyes y los conquistadores, para convertirse en un expediente de cargos por los crímenes contra la humanidad y la justicia que en ella se revelan.

Han aprendido a dudar, y de lo primero que van a dudar es de la virtud y de la sabiduría de sus padres.

Visto así ese conjunto extraordinario no puede reducirse sin grave desconocimiento, a las inmensas figuras de Bolívar, Miranda, Bello y Sucre. Guardadas las proporciones de la individual dimensión humana, constituyen toda una legión de hombres excepcionales. Son decenas de espíritus ardientes y de mentes ávidas que sienten, como un llamado de la propia sangre, que ha sonado la hora de cambiar el sentido y el contenido de la historia.

Están entre ellos los Uztáriz, cultos, sedientos de ilustración, amantes de las bellas letras, cuya casa Bello recordaba en la vejez como una admirable Academia; están los hermanos Salias, generosos, audaces y prestos al sacrificio; están los grandes juristas como Sanz, como Roscio, como Francisco Espejo, como Miguel Peña, están los Tovar, los Ribas, los Montilla, los Toro; están los hombres que se improvisan en extraordinarios diplomáticos y publicistas como Palacio Fajardo, García de Sena, Luis López Méndez, Telés-

---

6 hacendados, 6 funcionarios y 3 militares. Predominaban los hombres maduros; 30 eran mayores de treinta años y de ellos 23 sobrepasaban los cuarenta años.

foro Orea y José Rafael Revenga; está la valiente, serena y pensadora figura de Cristóbal Mendoza; están Muñoz Tébar y Pelgrón y Fernando Peñalver y Sata y Bussy y Alamo y Navas Spínola; están los Paúl, "Coto" y Felipe Fermín, legistas, tribunos y magistrados; está la ardiente y patética figura de Antonio Nicolás Briceño. Está la procera figura de Pedro Gual, está el humanista José Luis Ramos, está Tomás Lander, está Diego Bautista Urbaneja, el médico Carlos Arvelo y el otro médico de cuerpos y de dolencias cívicas José María Vargas.

Enceguecida por el resplandor del genio de Bolívar y de las figuras de sus grandes tenientes, fuera de Bello y acaso de Simón Rodríguez, la historia venezolana no se ha detenido a estudiar y a dar a conocer la personalidad y la obra de esta pléyade luminosa y trágica de próceres civiles que salidos del mundo colonial crearon los temas, el lenguaje y los principios de la vocación democrática de los venezolanos.

En efecto, crearon todo un nuevo lenguaje político, el lugar del "vasallo" lo va a ocupar el "ciudadano", en lugar del derecho divino de los reyes se va a hablar de contrato social y de los derechos del hombre en lugar de la Capitanía General van a crear la Confederación de las Repúblicas de Venezuela, van a levantar como banderas ciertos conceptos, que se van a volver emociones en el alma del pueblo tales como libertad, igualdad, e independencia. Más que un lenguaje era la creación de un nuevo estado de conciencia, que se alzaba en decidida y gozosa ruptura con todo el pasado. Tenían la sensación de haber nacido de nuevo con otra alma, con otro entendimiento, con otros ideales.

Esta actitud de repudio hacia la tradición y el pasado, esta aceptación de una nueva regla de vida y de conducta apoyada tan sólo en ciertos principios fundados en la razón abstracta, esta fe ciega en la virtud de esos principios y de esas instituciones, va a marcar, más allá de esos tres años prodigiosos, todo el desarrollo de la vida política venezolana hasta nuestros días. Va a mantenerse en ella como uno de los polos de su elipse, un doctrinarismo intransigente, una pasión por las ideas, y una devoción al principio proclamado, que se alzará en quijotesca lucha contra las reali-

dades y las circunstancias, como una especie de trágica vocación de lo imposible.

A todo lo largo de nuestro siglo XIX van a resonar y a reencenderse en las proclamas, en los congresos y en los periódicos los temas y las aspiraciones supremas que los hombres de 1811 dejaron como un vivo y desesperado legado. Ha sido la herencia hermosa, difícil y trágica de aquel puñado de hombres iluminados y heroicos que aspiraban a lo más alto de la perfección política que podía concebir el razonamiento idealista, y que no se resignaban a ninguna transacción con las mezquinas realidades del devenir histórico. Establecieron premisas que habían de hacer casi imposible la creación de un nuevo orden, que tuviera suficientemente en cuenta las condiciones reales de la sociedad, para poder ser estable, pero también le dieron a nuestra política, en una de sus fases más perdurables, un tono de grandeza y de aspiración idealista, que es acaso su rasgo más conmovedor y viviente.

Esa pléyade numerosa va a aparecer de improviso, salida de las tertulias y de la universidad caraqueña, sin que nada pareciera anunciarla, con sus diplomáticos, sus legisladores, sus grandes juristas, sus escritores políticos, sus historiadores, sus periodistas, sus magistrados ejemplares, sus vibrantes tribunos, sus eruditos en teoría política, sus administradores, sus creadores de conceptos y de emociones, sus repúblicos, en una palabra, sus fundadores de patria.

Y no van a ser aprendices balbuceantes. En las gacetas, en los documentos, en los libros y en las actas del Congreso de esos años está la admirable demostración de la madurez, de los conocimientos y de la inteligencia verdaderamente extraordinarios de aquellos hombres, que, acaso, por su número y por la variedad y autenticidad de sus talentos no tengan par en el nacimiento de ninguna otra de las repúblicas americanas.

Basta para darse cuenta de ello recordar a la ligera algunos pocos de entre ellos.

Allí está Miguel José Sanz, valenciano, ya licenciado en derecho en 1778, que bajo el régimen español fue fundador de la Academia de Derecho Público y Español en Caracas, y del Colegio de Abogados y Prior del Real Consulado.

En los dispersos fragmentos que nos han quedado de él, algunos discursos, ciertos documentos, la introducción a una ordenanza y en la impresión que dejó en el testimonio de sus contemporáneos, se revela no sólo como un jurista de sólidos y vastos conocimientos sino como un hombre ávidamente al día en las grandes novedades de las ciencias políticas de su tiempo. Esa curiosidad y esa independencia de criterio no dejará de producirle conflictos con las autoridades coloniales. Al través de su pensamiento se traslucen diáfanamente sus lecturas. No sólo conocía sino que había asimilado el pensamiento de Montesquieu. Se inclina a unas leyes que tomen en cuenta la peculiaridad del país. Conocía a Locke y debió pasar mucha tarde caraqueña absorbido en las páginas, casi clandestinas del *Contrato Social* y el *Emilio*. Creía en la bondad natural del hombre, en la sociedad como fuente de males y en la conveniencia de una educación para la vida. Baralt nos recuerda que había estudiado a Beccaria, Burlamaqui y Puffendorf y que se había aficionado a la nueva ciencia de la economía al través del libro admirable de Adam Smith. No podía haber novedad más revolucionaria para un hijo del mundo señorial, minero reglamentado y ocioso del imperio español que descubrir que el trabajo era la fuente de la riqueza y que en la libertad internacional del comercio y de la industria estaba el secreto de la prosperidad.

Acaso la obra más importante en que se empleó fue en la preparación de un proyecto general de "Ordenanzas para el Gobierno y Policía de la Muy Ilustre Ciudad de Santiago de León de Caracas, Cabeza de la Provincia de Venezuela", que le fue encargado en 1800 por el Gobernador Guevara y Vasconcelos, y que entregó en 1802 en diez libros, divididos en tres partes. Cada parte llevaba un discurso preliminar y cada libro una introducción. De toda esa vasta exposición de doctrina no nos ha llegado sino parte de la introducción a la ordenanza de la enseñanza, que Depons, tradujo y publicó en su libro sobre Venezuela. Ella sola basta para acreditar a Sanz como pensador culto y observador sagaz, que conoce las deficiencias y los vicios de la sociedad en que vive y que no vacila en señalar con valor los remedios eficaces. Si a juzgar vamos, por ese pocas páginas, lo que

debió ser todo aquel conjunto de consideraciones, estudios y proyectos sobre la organización política, social y económica de la ciudad colonial, podemos estar convencidos de haber perdido una de las obras más importantes del pensamiento venezolano en el alba de la independencia. Depons que conoció todo el conjunto le llama con admiración el "Licurgo de Venezuela", porque lo veía, en el marco de la pequeña ciudad provinciana, como uno de aquellos casi legendarios legisladores de la Antigüedad, que daban a los hombres el don prodigioso de las leyes justas y sabias.

En ese corto fragmento de Sanz, no sólo se revela el estudioso que se había puesto al tanto de la más avanzada doctrina pedagógica de su tiempo, sino, sobre todo, el analista de las causas del atraso social que busca en una educación nueva la cura para los males inveterados de una tradición fundada en los prejuicios y en el desaprovechamiento de las posibilidades sociales y económicas del país.

Aquella cabeza pensadora, aquella mente organizada, madura en el estudio y presta para las grandes tareas de crear las leyes y la organización de un estado social de justicia, trabajo y progreso, cae en el torbellino de la revolución y de la guerra.

En 1810, funda con José Domingo Díaz "El Semanario de Caracas", que es el más típico y valioso papel de la ilustración que circula en Venezuela, ya no Provincia de imperio, sino Patria Nueva. El viejo jurista, el sabio maestro, siente que ha llegado la hora de llevar la lección a la calle y de preparar a la entusiasta y desorientada ciudadanía a los grandes deberes y exigencias de la libertad política.

En aquellos breves cuadernos está la divulgación de la teoría política básica del gobierno representativo y junto con ella la información geográfica, estadística, agrícola y comercial, para que fuese paralelo el progreso político con el progreso económico. Su filosofía es que "la felicidad de los pueblos es el resultado de buenas leyes, de su amor a ellas, de la justa y racional libertad de sus individuos, de la educación y opinión públicas y de la excelencia y rectitud del Gobierno". Invertida la frase, nos dice que de poco sirve la buena intención del gobernante, si no existe una opinión pública ilustrada, una educación para la democracia, y una

libertad, sujeta a la justicia y a la razón, entendida como el ejercicio y acatamiento amoroso de la ley.

A ese desmesurado fin se lanza el "Semanario", para lograr que Venezuela sea un país libre y opulento, donde todos trabajen y respeten la ley. Ese vasto proyecto, que el periódico de Sanz y de Díaz inicia, seguirá siendo, durante siglo y medio, el de los más lúcidos defensores de una vida republicana sincera y estable para Venezuela.

Lo que viene después para Sanz es la lucha contra las facciones y la incomprensión, el desastre del año 12, la prisión, la vuelta a la lucha desesperada y la muerte en los pajonales de Urica, bajo el hierro de un lancero de Boves. Estaba el país jugado al tapete de sangre de la violencia, empezaba la hora de los hombres de presa, y el destino de los hombres de pensamiento, que eran capaces de concebir un orden jurídico y social superior, estaba reducido a pelear como un soldado oscuro, sin esperanza y sin misión, para defender las más primarias necesidades de sobrevivencia. Es simbólico y aleccionador que entre el montón de los muertos de Urica haya quedado sin cruz y sin tumba "el Licurgo de Venezuela".

Está entre esos hombres también Francisco Javier Uztáriz. Todo lo poco que sabemos de él nos lo pinta como un ser generoso, reflexivo, refinado, erudito en derecho, en filosofía política, en letras, amigo y cultivador de la poesía neoclásica y de la música. En 1823, mucho después de haber sido bárbaramente sacrificado, Andrés Bello lo recuerda en Londres y le dedica en su *Alocución a la Poesía* un alto y melancólico recuerdo:

...Alma incontaminada, noble, pura
de elevados espíritus modelo...
...La música, la dulce poesía
¿son tu delicia ahora como un día?

Para principios del siglo la casa de los Uztáriz se había convertido en una academia de bellas letras en Caracas. Concurrían a ella numerosos aficionados a la literatura. Se discutía sobre autores y obras famosas de Europa, se leían poesías originales y traducciones. Allí lee Domingo Navas Spínola su traducción en verso de la *Ifigenia en Aúlide,* de

Racine, allí el joven Bello recita sus primeras poesías. Acaso se comentaron allí las primeras noticias del movimiento romántico en Alemania, que Humboldt debió dejar a su paso.

El 19 de abril se incorpora con Ribas como diputado del pueblo, al Cabildo. En 1810 se le encuentra actuando en la Secretaría de Hacienda de la Suprema Junta. Es diputado al Congreso de 1811 y no sólo forma parte de la Comisión que prepara el proyecto de Constitución, sino que, en verdad, Roscio y él vienen a resultar los que más intervienen en su preparación.

El año de 1813, al remate victorioso de la Campaña Admirable, Bolívar encuentra a Uztáriz en Valencia y encomienda a sus luces y a su probado patriotismo la preparación del "Proyecto de un Gobierno Provisorio para Venezuela", que se publica en la imprenta de Juan Baillío.

Las trágicas alternativas de aquellos dos años de terribles vicisitudes han abierto los ojos al constitucionalista de 1811. Ha dejado de lado las puras preocupaciones doctrinarias para pensar en términos realistas y prácticos en el problema de la organización del país para la emergencia. El pensamiento fluye claro en cláusulas precisas. No cree necesario ni conveniente restablecer las antiguas autoridades, ni el complicado sistema de aquel gobierno federal demasiado poco adecuado a las necesidades del presente. Lo que se requiere es un gobierno provisorio sin mayores complicaciones que dé la primacía a las operaciones militares, que no entrabe la acción libertadora y que pueda alcanzar el fin de la unión entre la Nueva Granada y Venezuela. Sólo después de alcanzados esos fines podrá pensarse en la creación de los órganos permanentes del poder público. No sólo no queda nada en aquellos prudentes consejos del doctrinarismo anterior, sino que, en tono de sereno desengaño, se atreve a señalar al Libertador que "nada habrá en su conducta que pueda ser vituperado por sus mayores enemigos, por los discurridores, los demagogos locuaces, etc.".

No será posible mantener ese gobierno eficaz y Uztáriz, perecerá con las últimas reliquias de la república, en el pavoroso asalto de Maturín el 11 de diciembre de 1814.

Su destino podría ser el símbolo de la inmolación trágica de aquellos hombres que soñaron con una república de razón

y de justicia para perecer bajo las furias de la más primitiva violencia.

No podríamos dejar de mencionar a Juan Germán Roscio, cuyo solo nombre bastaría para dar lustre a un tiempo y a un país. Nacido en 1763, en un pueblo de la provincia caraqueña, de gente modesta, padre italiano y madre criolla, doctor en Cánones y en Derecho Civil, que llega a alcanzar en el seno de la sociedad colonial un puesto prominente como abogado y hombre público y que, un día, descubre con pasión las nuevas ideas y las abraza con una fe de catecúmeno. El 19 de abril de 1810, aquel respetado jurista de cuarenta y siete años, entrará al Cabildo de Caracas titulándose "diputado del pueblo" como en el solemne repudio del pasado y en la proclamación de una fe a la que consagrará toda su vasta inteligencia y su poderosa energía.

La voz de Roscio está presente en los grandes debates del Congreso de 1811, en el de la insurrección de Valencia, en el de la Independencia. Sus razones son sólidas e invocan al viejo derecho español para justificar la separación autonomista. Apenas si le turba la duda de la escasa población del país y de sus limitados recursos para tamaña empresa. Esta objeción provoca, por parte de Miranda, una réplica que es el mejor homenaje a la cultura de aquellos venezolanos. El caraqueño universal, que ha visto dos grandes revoluciones y que se ha codeado en Filadelfia, en París y en Londres con los hombres más distinguidos de la época, dice en su discurso que en ninguna ciudad de los Estados Unidos "había más luces e ilustración que en Caracas".

De su mano salen muchos de los grandes documentos de la época. Se le encargó, junto con Francisco Isnardy, la redacción del acta de la Independencia.

Preso en 1812 y enviado a España logró fugarse. Para 1816 aparece por Jamaica. No debieron ser aquellos años ni de ocio, ni de cobarde ocultamiento, sino de tenaz trabajo y estudio. Es entonces cuando escribe las que vienen a ser como sus confesiones, o sea, el paso de su inteligencia del ámbito y dominio de la vieja mentalidad española a las concepciones de la filosofía política de los enciclopedistas y de los fundadores de los Estados Unidos.

Esta obra capital es *El Triunfo de la Libertad sobre el Despotismo,* que se publica en Filadelfia en 1817. Allí se pinta como "un pecador arrepentido de sus errores políticos" que ha visto, en España y en América utilizar el sentimiento religioso para sostener la tiranía política, y que, en el estudio detenido de los textos de las Sagradas Escrituras, descubre "argumentos contra la tiranía y por la libertad nuevas pruebas del carácter sublime y divino de una religión que hace las delicias del hombre libre y el tormento de sus opresores".

Recorre Roscio el Antiguo y el Nuevo Testamento, con agudo sentido de abogado litigante, para descubrir y presentar, como quien exhibe pruebas en juicio, antecedentes, y conceptos que ponen de manifiesto el respeto por la soberanía de los pueblos y por la libertad de los hombres. A la abierta lucha por la independencia él aporta estas armas sutiles y efectivas, que tienden a hacer de la religión no la enemiga sino la aliada y la justificadora de la heroica causa.

Ese mismo año, en la misma ciudad y con propósito similar, edita en folleto su traducción al español de la *Homilía del Cardenal Chiaramonti,* dada como Obispo de Imola en 1797. Roscio se propone señalar la contradicción que aparece entre lo que entonces escribió el ilustre prelado en justificación de la libertad e igualdad implantadas por la República francesa y la que después fue su actitud, como Papa Pío VII, ante la lucha de los hispanoamericanos por la independencia.

Esta labor de combatiente ideológico y propagandista nos da la verdadera dimensión de Roscio. Su libro tuvo amplia repercusión en toda la América española. Años más tarde Benito Juárez recordará esta obra del caraqueño como una de las que más decisiva influencia tuvieron en su formación.

En 1818 Roscio regresa a la lucha en Angostura, al periodismo del *Correo del Orinoco* y al servicio público, pero por tiempo contado. El 10 de marzo de 1821 muere en el Rosario de Cúcuta, donde debía presidir el Congreso Constituyente, siendo Vice-Presidente de la República. Tenía entonces cincuenta y ocho años y estaba en la plenitud de su experiencia y de sus luces.

Dos años antes, en 1819, en Angostura, había muerto en la flor de la edad, de poco más de treinta y dos años, el barinés Manuel Palacio Fajardo. En tan corta vida tuvo tiempo de hacerse reconocer por sus contemporáneos como uno de los caracteres más valiosos en ese tiempo tan pródigo en hombres ilustres. Había estudiado Derecho y Medicina en Bogotá. Concurre al Congreso del año 11 como diputado por el desaparecido pueblo de Mijagual, y es una de las figuras sobresalientes de la Sociedad Patriótica. En todo y en todos deja la impresión de una precoz y extraordinaria madurez.

En 1812 va en misión diplomática en busca de auxilios a Estados Unidos y Europa. Presencia en París la caída de Napoleón. Es contertulio de Humboldt. Más tarde se va a Londres, al grupo de Bello y de los emigrados españoles e hispanoamericanos. El hombre estudioso y sereno dedica su tiempo a la preparación de una obra que pueda presentar a la opinión europea, tan confundida por las noticias incompletas y contradictorias, un cuadro fidedigno de los sucesos de la lucha por la Independencia. Este libro, aparece en 1817 sin nombre de autor, en inglés, en Londres y en Nueva York, bajo el título de *Outline of the Revolution in Spanish America*. Mucho más que un alegato escrito al calor de un combate apasionado, es una verdadera historia, alta, serena, y documentada, que cubre el panorama de los acontecimientos en todos los pueblos del imperio español de América. La obra de Palacio Fajardo es un excelente ensayo histórico-político que revela extraordinarios conocimientos y gran capacidad de análisis. No hay en la América de sus días un libro que pueda equiparársele en densidad y en altura. No puede uno dejar de advertir que si la vida le hubiera dado más plazo, el barinés del "Bosquejo" habría podido realizar una de las obras de interpretación histórica más seguras y valiosas de su generación. En la elogiosa nota necrológica que *El Correo del Orinoco* le dedica se dice: "Nos abstenemos de hablar de sus obras literarias, de que han dado cuenta, o han extractado los periódicos de la Nueva Granada." De esas obras fuera del "Bosquejo", nada se conoce, pero era sin duda grande su fama de escritor y de hombre de buen gusto literario como lo demuestra el hecho de que Bolívar le enviara

el manuscrito del Discurso de Angostura para someterlo a sus consejos y críticas.

Uztáriz, Sanz, Roscio y Palacio Fajardo pueden bastar para revelarnos la calidad humana, los grandes servicios y el espíritu de creación que caracterizó a aquellos forjadores de historia, pero sería necesario, para alcanzar un panorama suficiente de esa determinante época, de sus actores y del movimiento de ideas rescatar del pasado los pensamientos y los hechos de tantos otros que no les son inferiores y que forman parte preciosa del patrimonio moral de los venezolanos.

Esa nutrida falange de hombres notables se da por entero a la tarea de fundar una patria para la libertad y para la virtud republicana, y lo harán con brillo y tino tanto en el campo de las armas como en el de las ideas. Para ellos la independencia no era sólo la ruptura de un vínculo político, sino, sobre todo, la creación de un orden nuevo inspirado en las doctrinas más avanzadas de la filosofía política de su siglo. Más que una actitud de ruptura con el hecho era una ruptura con la ideología. No era que consideraran mal el pasado histórico, sino que lo hallaban incompatible con las necesidades de un futuro mejor. Era lo que ellos llamaban el "proyecto" y que Augusto Mijares[1] en varios estudios muy penetrantes ha analizado para mostrar de manera admirable todo lo que había de concepción del futuro en la acción libertadora. Una de las frases más reveladoras que cita Mijares en apoyo de su tesis es la siguiente, de Simón Rodríguez: "Bolívar no vio en la dependencia de España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo, sino un obstáculo a los progresos de la sociedad en su país." Esta concepción de la colonia como obstáculo, y de la independencia como condición previa al progreso social del país, fue la que predominó en los venezolanos de 1811.

---

1 Augusto Mijares: *Idcología de la Revolución Emancipadora* — en "Historia de la Cultura en Venezuela". Tomo I, pág. 109, Universidad Central de Venezuela. Caracas, 1955. También en *El Proyecto de América y Discurso Preliminar*. Trabajo de incorporación del doctor Augusto Mijares a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Caracas, 1960.

Para esa empresa habían abrazado las nuevas ideas y trataban de inculcarlas y divulgarlas por todos los medios. Manuel García de Sena por ejemplo, traduce a Thomas Paine y vierte una historia concisa de los Estados Unidos como modelo de inspiración para la lucha nacional. A este mismo fin, pero con más originalidad y esfuerzo, tienden las obras de Roscio y de Palacio Fajardo. En los quince años escasos corridos entre la tentativa de Gual y España y la declaración de Independencia, son muchas las publicaciones, de las que se tiene noticia, dirigidas al fin de abrir la mente de los criollos a las nuevas ideas. Está la traducción de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, tomada del texto de 1793 y muy posiblemente hecha por el propio Picornell, que fue reimpresa en 1811. Está la *Carta dirigida a los españoles americanos* por el misterioso y tenaz abate Viscardo, editada por Miranda desde Londres. También habría que anotar una no encontrada traducción de *El Contrato Social* hecha por el doctor José María Vargas antes de 1810. Hay que añadir la *Historia de América* de William Robertson y las *Lettere Americane* de Gianrinaldo Carli, traducidas por Agustín Loynaz. Estarían también los escritos del irlandés William Burke y las réplicas que provocaron sobre la tolerancia religiosa. Debieron haber muchas otras obras, originales o traducidas, que no llegaron a imprimirse y que tan sólo fueron conocidas en copias manuscritas o en lecturas confidenciales. Hubo pocas y tardías imprentas en Venezuela y mucha destrucción de papeles en el tomar y retomar de ciudades de la larga guerra.

Parte importante de esa labor intelectual hay que irla a buscar en los periódicos de la época. Los más de ellos fueron menudos cuadernos mensuales o semanales, editados en pequeño número de ejemplares, con más doctrina que noticias, con más divulgación de ideas y de documentos que información de sucesos. A veces insertan una larga carta, vieja de meses, llegada en algún velero británico, con el recuento de los sucesos políticos y militares de España, o traducen los comentarios editoriales de algún periódico de Londres sobre las novedades de América.

El primero y también el más duradero y variable de todos es, ciertamente *La Gaceta de Caracas*, con la que se inicia

la imprenta entre nosotros el 24 de octubre de 1808 y que, pasando alternativamente, con la suerte de la ciudad de Caracas, de manos de realistas a manos de patriotas, llegará hasta 1822. No sólo es el primero de nuestros periódicos, sino también el primero de los órganos gubernamentales. Servirá de expresión a la política de los sucesivos gobiernos y será republicana, o furiosa y vengadoramente realista, al compás de las circunstancias y de los hombres que la redactan.

De corta duración es el *Semanario de Caracas* al que ya hemos hecho referencia, que redactan Miguel José Sanz y José Domingo Díaz. Llega a publicar treinta números entre el 4 de noviembre de 1810 y el 21 de julio de 1811, pero en tiempo tan breve y en el reducido espacio de sus páginas llega a constituir el más valioso ensayo de divulgación política y económica hecho en esos tiempos.

El Patriota de Venezuela, del que se mencionan siete números, de enero de 1811 a enero de 1812, es el órgano de la Sociedad Patriótica y en él se acogen las ideas más radicales y la más encendida prédica por la independencia y por la igualdad.

El Mercurio Venezolano y *El Publicista de Venezuela,* fueron dirigidos ambos por Francisco Isnardy. El segundo vino a ser el vehículo de información del Congreso y en él se publicaron las actas de las sesiones y los principales documentos.

Ese menudo puñado de papeles impresos vino a ser el frente de combate de las nuevas ideas. Con extraordinaria intuición de modernidad los patriotas se dieron pronto cuenta de que la lucha por la libertad tenía que ser ganada en el campo de la opinión, para que pudiera ser perdurable y tuviera su verdadero sentido. Más tarde Bolívar dirá que la "imprenta es la artillería del pensamiento" y lo primero que hará al ganar asiento en la villa de Angostura será publicar *El Correo del Orinoco,* que es el legítimo y seguro continuador de las hojas del año 11, para elevar la guerra al plano de su verdadera significación ideológica.

En esos periódicos, en esos libros, en esos documentos, en esas palabras ardorosamente lanzadas en el debate de las asambleas, domina la preocupación evidente de justificar el

hecho de la independencia. Es como si no bastara con haberla proclamado o haberla alcanzado de hecho, sino que fuera menester darle una justificación moral y jurídica plena para que lograra su inobjetable validez. Siente uno bien que hay en ello, sobre todo, un problema de conciencia para aquellos hombres. Parecen decirnos que de nada valen los hechos sino están plenamente apoyados en la razón. *La Independencia de Costa Firme justificada por Thomas Paine treinta años ha* se llama uno de los libros de propaganda que traduce y publica Manuel García de Sena. Tanto para justificar la Junta de 1810 como la Independencia de 1811, lo primero que hacen aquellos próceres es ponerse a redactar extensos y laboriosos documentos donde se alegan las razones jurídicas, históricas y de toda índole que explican sus hechos. A veces van a buscar, como Roscio, antecedentes y argumentos favorables en la Biblia. Es como si estuvieran ante un supremo e inapelable tribunal probando la bondad de su derecho. No se puede dejar de pensar que en esta curiosa actitud, en esta sed moral de justificación, más que la influencia de los abogados presentes, con su rutina de instancias y su lenguaje curialesco, está la herencia viva de las viejas disputas teológicas y jurídicas que agitaron la corte de los reyes castellanos en busca de justas causas y títulos para la posesión y conquista de las Indias. La conquista planteó a los castellanos del siglo XVI un grave problema moral, y la independencia, trasladada al lenguaje y a las maneras del tiempo, no dejó de plantear otro similar a los criollos insurgentes del siglo XIX.

No solo, en cierto modo, Roscio, al invocar la autoridad bíblica en favor de la independencia, repite a tres siglos de distancia, la actitud de Fernández de Enciso, en 1513, alegando ante la Junta de Teólogos y juristas reunida en el Convento de San Pablo en Valladolid, el ejemplo de Josué y de los hebreos, para demostrar que era lícito conquistar las tierras de los idólatras, sino que, además, en la argumentación de las declaraciones, se vuelve sobre algunos de los temas de la disputa de la conquista, para objetar la validez de la bula de donación de Alejandro VI, con razones que ya habían sido debatidas por Palacios Rubio, Las Casas o Vitoria, o se invoca la violación flagrante, que significó la

cesión de Bayona, de la incorporación perpetua e indivisible que el Emperador Carlos había hecho de los reinos de Indias a la corona de Castilla.

Este propósito de justificación es el que anima las hojas de las gacetas y los debates. Hasta mediados de 1811 no se ve grave peligro inminente de que la independencia, realizada en el hecho y recién proclamada en derecho, pueda ser destruida. La situación interna de España, la simpatía de Inglaterra, de Estados Unidos y aun de Francia y la timidez y debilidad de los núcleos enemigos en el interior, hacen pensar que la gran decisión ha sido tomada en el momento oportuno y que podrá ser mantenida sin mayores riesgos. Cierto es que las nuevas autoridades gobiernan poco y que el país se encuentra en un estado virtual de ausencia de orden, pero es un desorden sin violencia y casi apacible. José Domingo Díaz confirma este estado de cosas al describir la situación del país para comienzos de 1812: "Hasta entonces, dice, Venezuela había podido considerarse como un país sin gobierno, y sostenido en medio de una tranquila anarquía por el imperio de las leyes españolas que regían, por el hábito de obedecer, por la abundancia que acallaba los estímulos de la opinión y por la quietud pública no turbada por la fuerza de enemigos." [1]

No era, pues, el apremio de presentar excusas y razones atenuantes ante ningún vengador amenazante, lo que movía a aquellos hombres en busca de las justas causas de su decisión para proclamarlas ante la opinión ilustrada del país y del mundo, sino la tradición ancestral de considerar a la luz del derecho y de la conciencia cristiana las consecuencias de las acciones políticas y militares.

El debate de las justas causas y de la oportunidad histórica tiene su asiento en dos cuerpos diferentemente constituidos y caracterizados: la Sociedad Patriótica y el Congreso.

Poco se ha estudiado la composición y la actividad de la Sociedad Patriótica. Fundada por decreto de la Junta Suprema de 14 de agosto de 1810 como "Sociedad Patriótica

---

1 José D. Díaz. *Recuerdos sobre la Rebelión de Caracas.* Madrid, 1829, pág. 22.

de Agricultura y Economía", parecía estar destinada a ser, a imitación de las Sociedades de Amigos del País que la ilustración creó en España, un centro de divulgación de 'conocimientos útiles para cultivadores y artesanos y de consejo y estímulo para el gobierno en cuantas medidas pudieran promover el progreso material. Su actividad fue nula hasta que comienza el año de 1811. En diciembre de 1810 habían regresado a Caracas, Miranda y Bolívar.

Es en el grupo de hombres que rodea a Miranda, y seguramente bajo la inspiración de éste que había conocido el gran papel desempeñado por los clubs políticos en la revolución francesa, que la Sociedad Patriótica cambia de aspecto, entra en una actividad febril y se convierte en el gran centro de agitación de las nuevas ideas.

Es, en realidad, la primera tentativa de organización de la opinión política que se hace en Venezuela y en este sentido se la puede considerar como la matriz y fuente de nuestros partidos.

Su acción se realiza por medio de actos públicos, discursos, manifestaciones e impresos. A iniciativa de Vicente Salias y Antonio Muñoz Tébar comienza a publicar en enero de 1811 su órgano periodístico: *El Patriota de Venezuela,* ya mencionado.

Las sesiones eran públicas y en ellas, en medio del mayor entusiasmo, alternaban blancos y pardos, artesanos y profesionales. Era un vivo ejemplo de la libertad y de la igualdad que resultaba no poco escandoloso en medio de las costumbres de aquella ciudad pacata y jerarquizada.

Se oyen allí las palabras de Miranda, Bolívar, "Coto" Paúl, Peñalver, Miguel Peña y los principales adalides de las nuevas ideas. Juan Vicente González, que recogió mucha memoria viva, nos ha dejado en su *Biografía de José Félix Ribas* un animado cuadro del ambiente de aquella sociedad y del tono y carácter de sus reuniones.

Fueron sus dirigentes los grandes animadores y propulsores de la idea de independencia y de su realización en forma de república democrática. Allí se oyeron los primeros grandes discursos políticos de la historia venezolana y allí se forjó una noción emocional y radical de la acción política que hubo

de marcar todo el destino ulterior de nuestros partidos y de nuestra vida pública.

Para conmemorar dignamente el primer aniversario del 19 de abril de 1810 la Sociedad Patriótica organizó una gran jornada de manifestaciones públicas. Ya estaba reunido el Congreso desde el 2 de marzo y ni él ni el Gobierno parecían presurosos y ni siquiera decididos a dar el paso de la solemne declaración de la independencia. Con gran sentido de la oportunidad y de los resortes para mover la opinión pública y levantar la emoción popular la Sociedad pone a hervir la ciudad de Caracas en una manifestación sin precedentes. Sale un gran desfile por las principales calles, encabezado por Miranda que lleva un estandarte amarillo. Le acompañan los miembros de la sociedad y gran masa de pueblo. La muchedumbre corea los vivas a la libertad y a la independencia. Iban grupos de indígenas, representando simbólicamente la raza americana, con sus vestimentas aborígenes y con escarapelas en las cuales los tres colores de la futura bandera, el amarillo, el azul y el rojo, se hallaban separados. Muchos exaltados manifestantes daban mueras a Fernando VII y arrancaban y arrastraban sus retratos que se hallaban en algunos edificios públicos. En la Plaza Mayor, Antonio Muñoz Tébar es el orador principal.

El carácter revolucionario de ese día fue reconocido posteriormente por las autoridades españolas. El historiador Lino Duarte Level dice, a este respecto: "Aquella demostración revistió todos los caracteres de una revolución pacífica... Nuestra emancipación data del 19 de abril de 1811. Ese día escribió el pueblo el acta de la independencia que firmó el Congreso el 5 de julio del mismo año." [1]

La agitación de la Sociedad Patriótica continuó y se acentuó después de ese día. El 4 de julio, ante el largo debate en que está enfrascado el Congreso, sin animarse a dar el paso definitivo de la declaración de Independencia, Miguel Peña, a la cabeza de una delegación de la Sociedad, logra de manera insólita que la Cámara los reciba y le oiga. Sus

---

1 Lino Duarte Level: *Cuadros de la Historia Militar y Civil de Venezuela.* Edit. América, Madrid, s. f., pág. 260.

palabras son el eco fiel de los entusiasmos y de las impaciencias de su grupo. Dice: "Abiertas las puertas a la voz de la razón, la libertad de opinar fue entonces y lo es ahora, el segundo elemento de los venezolanos; todos son filósofos, todos son políticos, todos hablan de la libertad como de un bien que no pueden abandonar sino con su sangre, todos, en fin, detestan con horror el antiguo régimen" ... "De todo lo expuesto hasta ahora, se deduce fácil y naturalmente que las ideas del nuevo Gobierno, y las de todo el pueblo, eran el 19 de abril de 1810, y lo son ahora sostener la inviolabilidad de sus derechos a costa de su propia sangre y existencia. ¿Cómo, pues, podrá conciliarse esta inviolable seguridad en uno de estos dos estados, el de reconocimiento a Fernando de Borbón o el neutro que tenemos actualmente?"

Ya Bolívar, en el seno de la sociedad, había dicho su primer y admirable discurso que ha recogido la historia, donde plantea la necesidade perentoria de la declaración inmediata de la Independencia.

Es indudable que el papel de la Sociedad Patriótica en la declaración solemne del 5 de julio de 1811, fue de la más decisiva importancia. Era en realidad, y había asumido toda la responsabilidad de partido de la revolución.

A partir de julio se fundaron filiales de la Sociedad en el interior del país. Se tienen noticias de las de Valencia, Puerto Cabello, Barcelona y Barinas.

El 2 de setiembre del mismo año celebraron otra gran función cívica, con misa fúnebre y acto público, en homenaje a la memoria de su socio el capitán Lorenzo Buroz, caído en combate en el sitio de Valencia. Era la primera vez que las nuevas ideas recibían el bautizo de sangre. En su discurso, el Presidente doctor Francisco Espejo, muestra su preocupación por la destructora promesa de la libertad irrestricta y la necesidad de predicar el sometimiento a la ley. Empieza a sentirse el peso de la resistencia que se organiza y amenaza y el temor a la anarquía que comienza a mostrar su horrible faz de gorgona. Para ello, dice el orador, "es muy importante ilustrar los espíritus, apoderarnos por lo menos de la generación que comienza". No pasa del esbozo este programa de educación revolucionaria, que es para él una educación para la virtud, con un vago y tibio propósito que parece

sintetizarse en otra de sus frases: "Cuál sería el noble orgullo de un padre de tres hijos que pudiera presentar en estos a la República un orador, un general y un digno magistrado."

Esta distancia entre las doctrinas y la realidad, entre lo prometido y lo alcanzable, entre los principios y los hombres, constituirá el signo trágico de toda la Primera República, y en esa grave antinomia, que se resolverá en sangre, guerra y destrucción, le tocará a la Sociedad Patriótica representar el polo de la ideología que no se compadece con las circunstancias. En el grande y largo drama de la creación del nuevo orden, para substituir el de la colonia, ella constituye el irreductible término de lo tanto más deseable cuanto más inalcanzable. El extremo doctrinario que continuará activo y recurrente como uno de los factores determinantes de la inestabilidad política a lo largo de nuestra historia.

El Congreso Nacional, menos clamoroso y enamorado de ideologías, fue, en cierto modo, más representativo de la realidad social del país. El regente Heredia dice: "por el influjo del clero y de los propietarios juiciosos (las elecciones) recayeron casi, generalmente, en los hombres más distinguidos por su ciencia y probidad, aunque no se pudo evitar la entrada de Miranda y otros semejantes".

Por ley debieron ser 48 diputados, pero se instaló el 2 de marzo con sólo 30 y, en realidad, nunca llegó a sobrepasar el número de 46. La declaración de independencia fue firmada por 42.

La mayoría la componen abogados, sacerdotes en número de nueve, propietarios, notables de cabildos y de juntas provincianas, algunos antiguos funcionarios de la Corona y algunos militares. En los debates se revelan prudentes y cautelosos. Muchos de ellos le temen a la igualdad y a la revolución y procuran que el Congreso actúe como una fuerza conservadora frente a los apasionados reclamos de la Sociedad Patriótica y a la vacilante debilidad del Ejecutivo.

Esa misma actitud contribuye a que se estudie y discuta a fondo cualquier proposición. Por eso sus debates son tan ilustrados y valiosos. Brilla en ellos el conocimiento y la experiencia. Se citan autores y precedentes históricos y se invocan realidades. En la resumida transcripción de las actas,

que se ha conservado, se trasluce la importancia y el brillo de las intervenciones.

Tocará al Congreso la obra de crear el nuevo orden republicano, que finalmente terminará por estar más influido por la doctrina que por la realidad, y lo hará por medio de la designación del Gobierno, por la Declaración de la Independencia y por la promulgación de la Constitución Federal.

Con estos hechos establece la tradición republicana de Venezuela, junto con un lenguaje y un estilo políticos que van a llegar vivos y pugnaces hasta nuestros días.

Lo que viene después es el terremoto, la invasión de Monteverde desde Coro y la rápida desintegración de aquel frágil estado de cosas. La capitulación, las prisiones, la persecución. Unos irán a morir en las cárceles de Cádiz y de Ceuta, como Miranda e Isnardy. Otros lograrán fugarse para recomenzar la lucha. Algunos morirán como Espejo ante el pelotón de fusilamiento, o como Sanz en el campo de batalla, o como Uztáriz, degollado con sus hijos en presencia de su esposa.

A la animación de la vida y de las esperanzas sigue un ominoso silencio de muerte. Andrés Bello, desde Londres, diez años más tarde evocará la Caracas de esa hora prodigiosa y fugaz y su ruina:

¿Y qué diré de la ciudad que ha dado
a la sagrada lid tanto caudillo?...
...Entre las rotas cúpulas que oyeron
sacros ritos ayer, torpes reptiles
anidan, y en la sala que gozosos
banquetes vio y amores, hoy sacude
la grama del erial su infausta espiga.
Pero más bella y grande resplandece
en tu desolación ¡oh, patria de héroes! [1]

Los venezolanos de 1810 se dieron a la inmensa y desproporcionada tarea de crear un orden nuevo para la América hispana. No se contentaron con sacar provecho de las circunstancias nacionales e internacionales del momento para continuar por propia cuenta, y sin dependencia de España

1 Andrés Bello. *Alocución a la Poesía.*

o de otra potencia, el viejo régimen tradicional de señores y vasallos.

Se propusieron otra cosa, bastante más difícil y aventurada, como fue la tentativa de creación de un régimen republicano, representativo, fundado sobre la libertad, la igualdad y los derechos del hombre, es decir, hacer realidad en tierra venezolana los ideales más avanzados de la filosofía política de su tiempo y hacer suya la audaz iniciativa de las revoluciones de Estados Unidos y de Francia, sin arredrarse por las inmensas diferencias sociales, históricas y culturales.

Por eso no se contentan con proclamar la independencia, sino que establecen una República federal y adoptan los principios constitucionales y jurídicos más avanzados.

A la hora de ponerse a crear un nuevo orden, buscaron el que les parecía racionalmente más perfecto, movidos por una generosa ambición de justicia y por la voluntad de que en América se realizaran las más altas y nobles esperanzas de la humanidad, sin detenerse ante los riesgos y pérdidas que tendrían que afectar su posición de propietarios y señores.

Hay tal vez en esta actitud de obstinada adhesión a un ideal casi inalcanzable, algo del mismo espíritu que movió en la hora de la conquista, a hombres como el Obispo de México Zumárraga, a Vasco de Quiroga, a Bartolomé de las Casas con su quijotesca orden de los Caballeros de la Espuela Dorada, o a los jesuítas de las misiones del Paraguay, a tratar de hacer del Nuevo Mundo el asiento de una sociedad de justicia y de bien, inspirada en las grandes utopías del Renacimiento y de la Antigüedad.

En todo caso esta actitud implícita de considerar la acción política como la tentativa de realizar un ideal doctrinario contra los obstáculos de una situación real que se considera inaceptable, va a ser, desde entonces, como ya lo hemos señalado, una de las constantes de nuestra vida política. Se establecerá así una antiposición, no resuelta aún, entre los ideales políticos y la realidad, que hará difícil toda evolución progresiva y que constituirá uno de los factores más activos de la inestabilidad.

El ensayo de la Primera República caerá en sangriento fracaso ante la violenta reacción de las circunstancias sociales

que no fueron suficientemente tenidas en cuenta. La dura y larga experiencia de la guerra hará abrir los ojos a los que van a sobrevivirla. El discurso de Bolívar ante el Congreso de Angostura es el luminoso examen de conciencia de los errores de 1811. En el Manifiesto de Cartagena había cantado el *requiem* patético de aquel ensayo hermoso, valiente y fatídico. En Angostura se esforzará en trazar las líneas de la nueva experiencia y las concepciones de la república posible.

Está en él, engrandecido y elevado, el eco de las voces de Uztáriz, en 1813, cuando desengañado acusaba a los "discurridores y demagogos locuaces"; el de Sanz cuando hablaba, ante la catástrofe inminente de la necesidad de hacer "callar las escrupulosas cavilaciones de una política sutil, desmentida por tantas experiencias", el de las maduras reflexiones de Roscio. Sin embargo, no fue suficiente. El eco encendido de las veladas de la Sociedad Patriótica siguió resonando en toda la literatura política de nuestro siglo XIX.

Por eso conviene asomarse, con oído atento, al rumor de ágora de aquellos hombres, en aquel tiempo y en aquella ciudad. A todo el complejo proceso y la heróica pasión que los llevó al sacrificio, a la violencia y a la guerra, en pos de los más nobles y generosos ideales. En ese rumor están vivos los conflictos fundamentales de nuestra historia.

UNA GALERIA DE RETRATOS

La exposición de Juan Lovera, que Alfredo Boulton organizó en el Museo de Bellas Artes de Caracas, tuvo, en más de un sentido, el valor de una revelación. La veintena de cuadros, afanosamente rescatados del olvido y de la dispersión, ponía de presente que Venezuela había poseído, al comienzo del siglo XIX un extraordinario artista plástico. Extraordinario en el retrato, extraordinario en la pintura de género, extraordinario en el sentido dramático de la composición, muy seguro en el colorido y teatral en las sombras y además sensible como un nervio al tiempo de la historia.

Este Juan Lovera, criollo de Caracas, se formó en el taller de los imagineros que guardaban la tradición española de las Concepciones amurilladas y de los Franciscos grises, para abandonar pronto ese arte de devoción y meter en la pintura las gentes del vecindario y los grandes hechos que iban a conmover su tiempo.

Al entrar uno en la galería entraba en contacto con las presencias del pasado. Las miradas, las actitudes, las escenas se abrían como brechas para mirar hacia atrás, en el espesor de los años idos, los hombres que vivieron en carne y hueso el drama y la pasión de la historia de Venezuela.

A ratos no sabe uno si somos nosotros los que los contemplamos como objeto de arte o si son ellos, al través de la ventana de la tela, los que nos miran angustiadamente en busca de comprensión y de señales de aprendizaje.

Dicen mucho esas telas de los hombres y los tiempos que representan.

Todos están vestidos a la europea, en el traje de parada, que les viene de España o Francia. Los sultanes de los cuentos orientales regalaban un ropón de honor a los favoritos y a los vasallos fieles. El traje de estos retratos es como el ropón de honor con que estos personajes afirman su vinculación al númen de la civilización de Europa. Llevan casacas de Londres, redingotes de París, ricas camisas de hilo de Flandes, corbatas de seda de Lyon y algún chaleco labrado como una casulla, florido como un arriate, que el pintor se detuvo a trasladar con delectación.

El traje resulta así como una especie de desesperada afirmación de abolengo. Eran hombres de remota raíz europea a la que no querían renunciar, y le pedían al pintor que los pusiera como un caballero de España o de París. Poca cosa en estos retratos recuerda al país. Ni un traje de faena, ni un fondo de género en que se señale la circunstancia de la vida criolla, ni un mueble colonial, ni un patio, ni una portada barroca. Apenas en el retrato de D. José Joaquín González se vislumbra el remoto paisaje de una hacienda de Aragua con su casa de tejas y corredor.

Está visto que eran éstas, gentes que vivían en dos planos simultáneos: el de los ideales y las normas que era europeo, como el traje de los retratos, y el de la existencia ordinaria que era criollo y quedaba relegado al traspatio, a la calle, a la hacienda, a la tertulia.

Algunos eran letrados y el pintor los pone sobre un hermoso diseño de lomos de libros. Libros europeos de jurisprudencia y de teología o de la nueva filosofía. Por el libro, tanto como por el traje, pretendían pertecer a Europa.

Era la gran contradicción que iba a actuar tan dramáticamente en nuestra vida pública. Querían pensar y actuar como europeos y a cada paso se tropezaban con el hecho abrumador de la vida criolla.

Hay una escena paradigmática. Está en ella el Doctor Tomás Sanavria, Rector de la Universidad que, todavía era Real y Pontificia, entregando el diploma de grado a un nuevo Doctor.

En la parte superior del cuadro está el escudo nobiliario, en la inferior, al borde de la mesa, la toga y el birrete de la vieja sabiduría. Son serenos, y más que serenos estáticos,

los rostros del Rector y del recipendiario. Sostienen en las manos el diploma legible. Sobre el fondo blanco de la pintura puso el artista la caligrafía preciosa del documento del cancelario. Era el año de 1809 y el joven diplomado podía pensar que había alcanzado la suma del conocimiento. En largas horas tediosas había recibido en el claustro la enseñanza de la filosofía. Debía conocerse al dedillo todas las formas del silogismo. Debía creer que sabía tanto como un graduado de Salamanca. Había leído los mismos venerables libros y había recibido las mismas seguras verdades. Y sin embargo, están, los dos personajes, como encerrados en un aire que no es el de la tierra que los rodea con invisible presencia. Poco de lo que ha aprendido puede tener aplicación para aquella tierra en aquella hora. Se avecina un gran cambio y no parecen percibirlo. Tiene vagas noticias el joven diplomado de los graves acontecimientos del mundo exterior y de la inestabilidad fundamental de aquella sociedad que estaba de espaldas a sus mestizos, a sus esclavos, y que no había sabido preparar sus hombres para sacar verdadero provecho de las posibilidades de su suelo. No podía sospechar que por lo menos, tanto como el problema de los universales de la lógica medieval, eran importantes las cuestiones relacionadas con los rebaños, las manufacturas, las siembras, los caminos y el trabajo.

Viven físicamente en el país, le pertenecen acaso por la parte vulgar y cotidiana del existir, pero para todo lo del espíritu y la sabiduría pertenecen a una Europa que no conocen sino en libros, los más de ellos. Por lo demás, ni siquiera a una Europa viva y actual, sino a una Europa casi pre-renacentista o, en todo caso, no posterior al siglo XVII español.

Allí está el Doctor José Cecilio Avila, también, con sus cánones y sus letras latinas, absorto acaso en la dilucidación de alguna duda sobre la versificación de Horacio.

Los tiempos van a cambiar trágicamente en la vida de estos hombres. No van, de inmediato a entender mejor su país, pero van a cambiar una Europa por otra. La de Tomás de Aquino, Bartolo, Gregorio López, Gracián, y Bossuet, por la no menos remota de Locke, de Leibnitz, de Montesquieu y de los enciclopedistas. Y de este cambio de vasallaje intelectual

va a surgir la necesidad peregrina de cambiar el país para que se adapte a las nuevas ideas.

Curiosamente, van a sentir el país como problema en la misma medida en que descubren que la realidad social que los rodea y en la que han vivido tradicionalmente no corresponde al orden ideal de la nueva ideología.

Esta contradicción entre la vida ordinaria y las ideas, entre las pretensiones y las realidades, va a estar en la base de la psicología y de la conducta social del criollo. Hay una época en que la contradicción está entre las normas de justicia de las Leyes de Indias y las circunstancias de servidumbre en que tienen colocados al indio y al negro. El mundo del derecho y el de los hechos no concuerdan, el de las leyes y el de las prácticas son distintos y es sólo por medio de grandes habilidades de sofisma como logran disimular u ocultar esas contradicciones.

También durante más de dos siglos han pretendido ser cristianos viejos de Castilla, hidalgos y cortesanos, viviendo en medio de una sociedad primitiva y pagana, en un medio natural extraño, rodeados de idolatrías y de magia, de promiscuidad erótica y de formas tribales, sin rentas, ni prebendas, ni corte, ni palacio, ni príncipe visible.

Pretendían ser hidalgos castellanos y eran hacendados criollos. Pretendían ser iguales a los cortesanos de Madrid o del Escorial o de La Granja, pero lo más de su vida lo pasaban entre plantaciones de cacao o de añil, en casonas de hacienda de techo de teja y paredes de adobe, tendidos en hamacas y rodeados de negros, indios y mulatos, muchos de los cuales eran sus hijos naturales.

Estaban como divididos entre un mundo ideal, que casi no existía sino en las palabras, los títulos y ciertas ceremonias ocasionales y un mundo real al que no querían dar reconocimiento, pero que se manifestaba en todas las ocasiones de manera avasalladora y constante.

Esta dualidad entre vida y concepto se acentúa con la llegada de las nuevas ideas. Ya no pretenderán ser hidalgos castellanos sino republicanos franceses, o seguidores de Washington. Esta transformación comenzó a operarse desde fines del siglo XVIII. Palacio Fajardo, testigo excepcionalmente abonado, dice en su "Outline" publicado en 1817: "Un grupo

de criollos y españoles imbuídos de los principios políticos de la Revolución francesa y familiarizados con las obras de los escritores que la habían inmediatamente precedido, fraguaron en 1797 un plan de insurrección en Caracas". Basta leer los papeles que nos han quedado de la frustrada insurrección de Gual y España para ver hasta que punto pensaban en términos franceses y norteamericanos los hombres de esa heroica tentativa.

Van a pensar más de los derechos del hombre, en términos abstractos, que de la experiencia vital de una sociedad constituída de manera peculiar por trescientos años de historia.

Hasta en el traje va a reflejarse este cambio de orientación, según lo observó Depons en la Caracas de 1801 a 1804: "Día por día los trajes nacionales van cediendo su puesto a los franceses. La espada, compañera querida de los Españoles desde que salen de los brazos de la nodriza hasta que les llega la muerte, ya no se usa sino en las grandes ceremonias. Se la lleva cada vez menos y no está lejana la época en que en las calles españolas se vean tan pocas espadas como en las nuestras pelucas de lazos. Sombrero redondo, cabello corto y sin empolvar, pantalones hasta la cintura y levitas cortas y semiabrochadas forman el atavío de los jóvenes criollos que por su alcurnia o fortuna imponen la moda. Por gran triunfo tienen el que pasen por franceses sus modales. Comparar a un joven con los franceses es hacerle el elogio que más precia. Con ello sólo entiende que posee gusto, valor e ilustración".

El drama de esa brillante generación que nos mira desde los lienzos de Lovera fue, precisamente, que al ocurrir la sacudida de 1810 la realidad social e histórica iba a hacer su poderosa aparición, para enseñarles, por medio de la más cruel de las lecciones, que así como no habían sido cortesanos de Castilla, aunque hubieran podido creerlo vanamente, tampoco eran ciudadanos de Filadelfia o girondinos del París revolucionario, sino miembros de una sociedad contradictoria y desigual, poco consciente de su propio ser y de su situación, que iba a enfrentarse con grandiosas y amenazantes dificultades y revelaciones.

En el más literal de los sentidos muchos de ellos debieron sentir que el país se les escapaba de las manos y se transfor-

maba ante sus ojos en un terrible ser desconocido. Cuando en lugar del comicio cívico apareció la horda de Boves.

Fueron los hombres de la revelación de la dificultad. Ninguna generación nuestra, ni antes, ni después, se enfrentó tan duramente con la aspereza de unas realidades casi no presentidas.

Allí está Lino Gallardo, con su violín, su papel de música, su poderosa faz de mulato, soñadora y lejana, enmarcada en la albura de la camisa y del cuello. No va a ser un humilde artesano pardo como los más de los hombres de su condición en su tiempo, tampoco se va a quedar de músico de la deliciosa escuela de Caracas, que se congregaba en torno al padre Sojo, para gozar de Haydn o de Mozart y para componer las melodías de la liturgia eclesiástica. Decoradores artísticos de la vida eclesiástica, como sus hermanos anónimos, los imagineros, que poblaron las paredes de los templos coloniales con los milagros y los éxtasis de la más popular hagiografía. La historia inesperada va a arrancar a Lino Gallardo del coro de la catedral, para componer la música en la que el pueblo venezolano para siempre va a manifestar su sentimiento de patria.

El pueblo que "lanza el yugo", en la letra de la canción de Lino Gallardo, lo hace para respetar la ley, la virtud y el honor, es decir, el paradigma del ideal republicano. Para hacer posible su advenimiento ocurren los dos grandes sucesos que ilustra Lovera en sus dos obras mayores, el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811.

"El tumulto se efectuó entre el frontispicio de la Iglesia Catedral y la balaustrada de la plaza hacia el Oriente" nos dice una leyenda del cuadro. Toda la mitad superior la ocupa la quieta y casi nocturna fachada de la vieja iglesia metropolitana, sin otro adorno que sus proporciones. En la mitad inferior está el tumulto. Un denso friso de figuras humanas agitadas, iluminadas por una luz distinta, que convergen al centro, donde Salias conmina al Gobernador Emparan a volver al Cabildo.

Lo que parecía abortado en la tentativa de 1808, lo que por años se había murmurado y contemplado en las tertulias de la casa de campo de los Bolívar a la orilla del Guaire,

acababa de transformarse allí en el rico y poderoso misterio del hecho.

La otra escena es de la capilla de la Universidad. Está vista en forma diagonal la estrecha sala, con sus tres ventanas enrejadas, su cátedra dorada, el ángulo del coro y un pedazo del techo con sus vigas de pares y nudillos.

Los hombres del congreso están colocados en filas, a lo largo de los muros, con las mesas de la presidencia y de la secretaría en el centro del espacio abierto. Ya aquí no hay tumulto, sino majestuosa quietud. Es el momento en que van a proclamar la Independencia y a establecer la República.

Es el más sublime acto de nominalismo de nuestra historia. La creación en el nombre y en las formas de una sociedad ideal, de una República igualitaria, federal y democrática, en la capilla del Seminario de la cultura colonial y en la ciudad poblada de castas rivales y de tradiciones autoritarias.

Todo eso hablan y testimonian, con su turbadora presencia, las figuras de los cuadros de Juan Lovera, reunidas en el cerrado espacio del museo, para recordarnos el abierto proceso de la historia del que fueron actores y víctimas.

LAS PRIMERAS PALABRAS DE LA REPUBLICA

Juan Germán Roscio y Francisco Isnardi recibieron el encargo de redactar el documento más importante de la historia venezolana: la declaración de Independencia. Roscio era el tipo del letrado educado en el ambiente jurídico y teológico de la sociedad colonial, que en sus años maduros se asoma con duda creadora al panorama de los nuevos hechos y las nuevas ideas que sacuden a Europa, los estudia y, serena y valerosamente, los admite. Francisco Isnardi era uno de esos aventureros de la inteligencia y de la acción que, en la tormenta creada por la revolución francesa, se entregan a una vida de pasión y de riesgo en el clima del que van a surgir el fermento de las repúblicas democráticas y las ansias sobrehumanas del romanticismo. Es el piamontés que estudia historia y política, que sabe de matemáticas y de ciencias naturales, que un día es hacendado en la costa de Guiría y otro día parece un pescador de Margarita, y que en la Caracas de 1810 proyecta una revista literaria con Bello, mantiene el entusiasmo por la libertad entre los jóvenes y funda y redacta dos de los periódicos más notables de la Primera República *El Mercurio Venezolano* y *El Publicista de Venezuela.* Para la hora de la Independencia era Secretario del Congreso. Con su italiano de Turin y su francés de la revolución, podía expresar las nuevas ideas en un castellano vivaz y colorido.

A estos dos hombres, disímiles en formación, en experiencia y en carácter, encomienda el Congreso el encargo de

redactar el acta de la Independencia, es decir, de hallar las palabras con las cuales la República de Venezuela iba a anunciar su nacimiento al mundo.

Para un hombre como Isnardi era la ocasión fabulosa de dar solemnidad al nacimiento de una república democrática en el seno del viejo imperio español. Para Roscio era el caso de justificar y razonar las causas de aquella tremenda decisión. Roscio conocía la historia de España y la tradición jurídica de la monarquía castellana. Había que poner a derecho todo aquello. Siglos e inagotables debates emplearon los reyes castellanos en buscar títulos justos, teológicos y jurídicos, para poder poseer la tierra americana con conciencia tranquila y sin pecado. No era menos importante encontrar razones valederas para romper y poner término a aquella situación histórica tricentenaria.

Pueden ocurrir a los debates que precedieron a la declaración, en los cuales se esgrimieron toda clase de razones en favor y en contra. En esos febriles días del Congreso se planteó en todas sus faces el problema de la independencia. Se cubrieron los aspectos prácticos, los políticos, los históricos y los jurídicos. Fue uno de los debates más ilustrados que ninguna asamblea americana haya tenido en su tiempo.

De todas esas razones tan gravemente esgrimidas y debatidas escogen los redactores las que les parecen más seguras y las ponen en el documento en un estilo severo y levantado, en el que ningún movimiento de pasión rompe el majestuoso ritmo de las cláusulas.

Comienzan por los argumentos históricos. No reconocen las cesiones de Bayona, ni la accesión al trono de la dinastía de los Bonaparte. Por estos hechos han recobrado los venezolanos su soberanía. No eran válidas las estipulaciones de Bayona porque, como lo sabía Roscio, por las Leyes de Indias, les estaba vedado a los Reyes españoles alienar en ninguna forma parte alguna de esos dominios.

Consideran, igualmente, como intrusos los Gobiernos que se sucedieron en España después de la abdicación. Consideran espúrea y mezquina la representación que se pretendió dar a los países americanos en las Cortes de Cádiz. Alegan, por último, la "ley imperiosa de la necesidad que dictó a Venezuela el conservarse a sí misma".

Recuerdan que han permanecido tres años, desde 1808, en prudente espera de los acontecimientos, en "indecisión y ambigüedad política".

Son los sucesos los que les han puesto en el caso de recobrar su dignidad natural y su derecho. Había quedado, por el derecho y por el hecho roto el vínculo con la corona de Castilla.

Sin embargo, cuando todas las razones y motivos han pasado por la mente del sabio jurista y del ideólogo piamontés, surge, como una nota oscura y profunda, en aquella overtura solemne, el presentimiento de las dificultades reales de aquella atrevida empresa.

Hablan de las "dificultades que trae consigo y las obligaciones que nos impone el rango que vamos a ocupar". Saben que no bastará con las palabras sino que habrá que llevar a los hechos el nuevo estado de cosas. Saben, además, que Venezuela viene de una historia que no la ha preparado para la vida republicana. "La influencia poderosa de las formas y habitudes a que hemos estado, a nuestro pesar, acostumbrados".

La costumbre del viejo orden colonial asoma amenazante ante las nuevas instituciones. Sin embargo, miran hacia el futuro y sienten el reclamo de la posteridad. "Sería más ignominioso para nosotros y más funesto para nuestra posteridad" proseguir en la "vergonzosa sumisión".

Ni en el destello luminoso de esa hora augural pierden de vista los peligros y los males que pueden sobrevenir, porque conocen y no ocultan que lo que se proponen es casi sobrehumano, puesto que consiste en lograr la "conservación, seguridad y felicidad, variando esencialmente todas las formas de nuestra anterior constitución".

Estaban plenamente conscientes los hombres del 5 de julio de la magnitud de la empresa que acometían y de los enormes riesgos que implicaba. Era un cambio esencial de lo que con toda propiedad llamaban la "constitución" del mundo colonial.

El más grande y radical cambio que se hubiera podido imaginar dentro de las normas y principios de aquel mundo. Casi nada de lo anterior iba a quedar. Era una empresa desesperada de vida o muerte. Y no se les ocultaba.

Esas palabras anunciaban un destino y un compromiso irrenunciable. Los hombres que las escribieron estaban dispuestos a hacerlas buenas con sus propias vidas, como los que las firmaron solemnemente en nombre y representación de las provincias unidas de la confederación americana de Venezuela. La trágica hora de crear con dolor y sangre había sonado, y el temible eco lo habían recogido en las palabras mismas de la declaración Roscio e Isnardi.

A Roscio le aguardaban duras luchas, prisiones, exilio, hasta que vuelva, viejo, cargado de obras y de servicios para la hora del renacimiento de la Patria en Angostura. Isnardi, el piamontés, saldría en 1812, aherrojado en la sentina de un velero, junto con Roscio y otros, para las prisiones de España. Su nombre y su muerte se pierden en el penal de Ceuta, frente al Mediterráneo.

MEDITACION DEL SESQUICENTENARIO

I

La ruptura del viejo orden

Ciento cincuenta años de independencia política cumple Venezuela en 1960. Es fecha buena no sólo para el holgorio sino para la reflexión y el análisis sincero de lo que somos, de lo que hemos sido, de lo que hemos hecho los venezolanos, para nuestro bien o para nuestro mal, durante ese siglo y medio en que hemos sido, por lo menos, los gestores titulares del destino de nuestro país.

Sin olvidar la necesaria conmemoración de los hechos gloriosos, de las batallas y los sacrificios individuales y colectivos, sin dejar de rendir homenaje y culto a la grandeza excepcional de los hombres que asumieron la representación del país en esa hora trágicamente esplendorosa, deberíamos también aprovechar la ocasión para dirigir una mirada reflexiva a nuestro pasado, a las fallas y aciertos de nuestro quehacer histórico y a las grandes cuestiones que han condicionado el destino de los venezolanos en los cuatro siglos y medio de su historia.

Para ello, más que a las cosas externas y aparentes, por atractivas y prestigiosas que sean, tendríamos que dirigir nuestra reflexión a esas otras menos aparentes pero más constantes, menos prestigiosas pero más efectivas, que en gran

parte han hecho de nuestro pueblo lo que es y de nuestra historia lo que ha sido hasta hoy.

El 19 de abril de 1810 termina el orden colonial en Venezuela. Esta es la significación fundamental de esa fecha.

Ese orden colonial había construído la Venezuela que existía para 1810, durante trescientos años de ininterrumpida autoridad y de acuerdo con una estricta concepción social, política y religiosa que parecía venir de la eternidad y estar destinada a la eternidad.

Su primer y más importante rasgo consistía en ser un orden implantado y mantenido desde afuera. No lo había producido el país como fruto de su historia, sino que había sido impuesto por un hecho de conquista y mantenido por una organización colonial para crear una estructura social y económica similar a la que la historia de la Edad Media creó en Castilla.

Ese orden significaba ante todo la autoridad temporal del rey y la autoridad espiritual de la iglesia. Dos formas de autoridad gemelas, absolutas, remotas e inapelables, que gozaban del prestigio de lo invisible y de lo inaccesible. Ni rey ni papa fueron nunca vistos por sus vasallos de Venezuela. El uno era el Carlos o el Felipe de turno, que desde Madrid, o Aranjuez o La Granja o El Escorial, hacía conocer al través de meses de galeón y de recuas sus reales órdenes. El otro era el Inocencio, el Clemente o el Pío, en cuyas manos estaban las llaves del Cielo y del Infierno. Dos poderes sobrehumanos, que representaban la majestad y la santidad y que para el venezolano medio estaban llenos de un prestigio sagrado y temeroso. Los representantes visibles de esos poderes eran el Gobernador y el Arzobispo.

La sociedad estaba constituída de una manera rígida por una escala de privilegios descendentes que emanaba de las dos grandes y remotas fuentes de poder. El rey deparaba la riqueza y la vida, el papa la salvación del alma. La sociedad quedaba estrictamente jerarquizada en castas. Arriba el Gobernador y el Arzobispo, luego los blancos terratenientes y regidores de cabildos y los clérigos; después los divididos estratos de los pardos, según el grado de blancura relativa que se les concedía, luego los indios, encomendados y sometidos, y por último el negro, en esclavitud.

En muy pocos casos individuales llegó a alterarse este orden. Cada rango social tenía sus privilegios que eran negados al rango inmediatamente inferior. El indio gozaba de libertades que no tenía el negro. El blanco criollo disfrutaba de dignidades que estaban negadas al pardo. Podía comprar un puesto en el cabildo y hasta un título de Castilla, si tenía suficientes doblones para ello, pero sólo por excepcional ocasión podía llegar a ser Arzobispo y nunca Gobernador en su propia tierra.

El trabajo era la obligación de las clases inferiores. Servir a la corona y a Dios y administrar sus intereses temporales y espirituales eran las ocupaciones de las clases altas. No se podía trabajar y ser caballero. La sociedad toda estaba estructurada sobre las ideas de autoridad y deber. Todo cuanto hubiera que reclamar o pedir había que hacerlo por vía de merced o de gracia. El deber de los vasallos era obedecer y acatar.

En el seno de esa sociedad colonial se había venido incubando, desde antiguo, una pugna de hecho a la que más tarde vino a superponerse y a mezclarse una pugna ideológica.

La pugna de hecho estaba representada por la aspiración de las clases bajas a mejorar, que tuvo sus dramáticos estallidos a lo largo de la historia colonial, y por la escasa voluntad de sumisión de la clase alta criolla ante el funcionario venido de España.

La pugna ideológica estuvo protagonizada por las ideas racionalistas y liberales que surgieron de la filosofía política de la Europa del siglo XVIII, que culminaron en la revolución americana de 1776 y en la Revolución Francesa de 1789. Una concepción del mundo basada en los derechos inmanentes del hombre venía a oponerse abiertamente a aquel orden colonial fundado en la tradición, la escala descendente de privilegios, el deber y la desigualdad.

La pugna ideológica, como es lógico, apareció primero entre los miembros de la clase alta, que eran los que tenían acceso a los libros y las ideologías y más tarde, con desviaciones, simplificaciones y adaptaciones, se convirtió en la aspiración vaga del movimiento popular. La pugna de hecho y la pugna ideológica coincidieron en veces, pero en otras, como en los comienzos de la Independencia, llegaron a enfren-

tarse. La pugna social de hecho, encabezada por Boves, aplastó a la pugna ideológica encarnada por los patricios de la Primera República.

Al término de la guerra el orden colonial había quedado irreparablemente roto.

La inmensa significación de la ruptura del orden colonial se fue haciendo sentir paulatinamente y en forma diferente, a medida que fue alcanzando a las diferentes clases.

Para los más de los caraqueños destacados que venían conspirando desde antes de 1808, la invasión de España por Napoleón y la carencia de la dinastía tradicional, ofrecía la oportunidad de una substitución pacífica en el poder. Quedarse ellos con el mando doméstico, ya que el rey había desaparecido.

Había entre ellos, ciertamente, quienes eran partidarios de una organización nueva republicana a la americana o a la francesa, con proclamación de los derechos del hombre y del ciudadano. Pero los más lo que querían era un cambio de autoridad, sin "peligrosas novedades". Ponerse ellos en el sitio que habían ocupado los funcionarios españoles. Por unos Bolívar, unos Ribas y algunos pocos más que estaban entregados a la nueva filosofía política, la mayoría de aquellos hombres no deseaban ningún cambio importante en la estructura social. La lectura del expediente levantado con motivo de la fracasada conspiración de 1808 es muy reveladora al respecto.

Para la clase de los pardos, la ruptura del orden colonial vino a significar pronto la posibilidad de quitarse de encima el odiado señorío y los privilegios de los mantuanos; para la clase popular fue la oportunidad de liberarse de la obligación degradante del trabajo servil; y para los esclavos la soñada ocasión de hacerse libres.

Cuando la magnitud del proceso de destrucción del orden colonial se hizo visible en toda su amplitud, comenzó igualmente a hacerse sentir la ausencia de un nuevo orden estable que pudiera substituirlo. Las ilusiones de los fundadores de la Primera República se desvanecieron pronto. La guerra más tarde substituyó su orden de hecho, pero un orden transitorio fundado sobre la fuerza y la sujeción militar de los territorios.

Las tentativas de substituir el orden colonial por las instituciones importadas de Francia o de Estados Unidos terminaron en fracaso. Bolívar se percató de esta realidad amenazante desde 1812, desde el manifiesto de Cartagena. A todo lo largo de su heroica y trágica lucha no hizo otra cosa que alertar a los hispanoamericanos sobre el error de querer implantar instituciones ajenas a nuestra historia y estructura social, y se esforzó en tratar de hallar fórmulas propias en las que pudiera sustentarse un nuevo orden que hiciera compatibles los ideales republicanos y el pasado colonial. Esta es la esencia de su mensaje de Angostura en 1819 y lo que trata de lograr por medio de sus proyectos constitucionales.

Terminada la guerra y fallido el propósito bolivariano de encontrar unas instituciones apropiadas para crear un nuevo sistema americano, la necesidad de orden y de estabilidad de la sociedad la hace caer en las formas más simples y primitivas de autoridad. La autoridad de un hombre fuerte sobre sus seguidores. Una forma tribal o a lo sumo feudal de orden.

Ese modo de orden primitivo y espontáneo que se forma en nuestra sociedad es el caudillismo, que es el hecho predominante de nuestra historia durante la mayor parte de su vida independiente.

Ya durante la guerra hubo las primeras formas de esa autoridad primaria bajo Bolívar, bajo Boves y bajo Páez, pero más tarde se convierte en el hecho fundamental.

En el siglo largo que va de 1830 a 1935 hay una constante en la historia venezolana que está constituída por la permanencia y la recurrente aparición del caudillismo. Es la autoridad personal del caudillo y de su sistema primario de sujeción política y social el único orden que logra mantenerse. Las instituciones democráticas quedan en la letra muerta de las Constituciones y en la aspiración de las minorías cultas, salvo en los cortos lapsos en que hace crisis la autoridad caudillesca.

Son primero los veinticinco años durante los cuales la estabilidad del régimen político reposa más que en las instituciones sancionadas por los Congresos, en la autoridad personal del General Páez, quien caracteriza un tipo de cau-

dillismo legalista, respetuoso de las leyes y de las formas constitucionales.

Después vienen los doce años de los Monagas; los ocho de la Guerra Federal y de Falcón; los dieciocho de Guzmán Blanco; los cinco de Crespo; los treinta y seis de Castro y Gómez. El caudillismo se hace autocrático y su esencia es la dictadura.

Los ensayos de un orden democrático son de corta duración y, en general, las instituciones que durante ellos se adoptaron y el estilo de la política, lejos de resolver las contradicciones que venían del pasado, sirvieron para acentuarlas y exacerbarlas.

El sistema caudillista reposaba sobre hechos primarios de aquella sociedad no reconstruida, carente de estamentos, de mecanismos solidarios de clase, atomizada por la pobreza y la inestabilidad en individualidades agresivas y recelosas.

El orden que se logra establecer bajo el largo período del predominio caudillista es tan sólo una forma de sumisión personal, sostenida por la fuerza de las armas y por el empleo discrecional del terror y de la corrupción.

Ese orden de hecho, que surge de una imposición autoritaria, no le da al país sino un solo beneficio palpable, el de la paz interna. Sin embargo, es tal el número de elementos vitales que le resta, que la obra de construir la nación llega casi a detenerse.

II

Ideólogos y guerrilleros

Esto que llamamos hoy Venezuela, una nación constituida en Estado republicano, dentro de unos precisos límites geográficos, es el resultado del quehacer, bueno o malo, encaminado o descaminado, de catorce generaciones de venezolanos.

Nueve de esas generaciones (1498-1810) vivieron en el orden colonial y levantaron las bases esenciales de la nación. Una de esas generaciones (1810-1830) hizo la Independencia con una abundancia de grandeza humana y de trágica vocación

que la ha convertido en uno de los grandes hechos de la historia universal. Cuatro generaciones (1830-1960) se han sucedido luego en el duro y generalmente infecundo pugnar de nuestra existencia republicana.

La obra de esas catorce generaciones no es igual, ni equivalente, ni tampoco continua.

Hay las generaciones fundadoras y encaminadoras que vivieron en el orden colonial y contribuyeron a constituirlo. Ellas nos dieron muchas de las cosas más permanentes y decisivas de nuestra condición: la lengua, la religión, la concepción del mundo de los castellanos del siglo XVII, el orden monárquico, el régimen desigual de las castas, un sistema económico fundado en la gran propiedad y el trabajo servil, el prestigio de los privilegios, el orgullo señorial, la hostilidad hacia las leyes y los gobernantes y el individualismo.

Fueron generaciones de pobreza y abandono. No hay palabras que se repitan más en los textos de las viejas crónicas e historias que las de pobreza, abandono, falta de industria, escasez de medios y hasta "profundo letargo", como dice Cisneros.

En tres siglos recorrieron el suelo, fundaron los pueblos, pusieron los nombres, adaptaron las instituciones españolas: el Cabildo y la Audiencia, la Gobernación y la Real Hacienda, y establecieron también unos hábitos parcos, duros y desiguales de trabajo y producción. Cuando ese orden cerrado culmina, con la llegada del siglo XIX, el país tiene una sola ciudad que pasa de treinta mil habitantes, su comercio exterior no llega a dos pesos por año y por persona, los pueblos menos alejados se comunican por difíciles caminos de recuas que se interrumpen con las lluvias, pocos y lentos navíos de carrera vienen a los puertos, pero ligeras barcas de contrabandistas cruzan con las Antillas extranjeras. Se vive del trabajo de los esclavos, de la vigilancia de los mayordomos, de la artesanía de los pardos y del comercio de los vascos y los isleños. Se produce cacao, caña, tabaco, maíz, ganado, perlas y sal. Las minas son escasas. Tan escasas como los ricos.

Era un lento y regulado construir. Lentamente se hacía la sementera y la hacienda y lentamente se hacía la casa

de tres ventanas y dos patios. El lejano ideal inalcanzable y pacífico era hacer una Castilla de este lado del Océano.

Cuando surge la Independencia ese rumbo lento se detiene, salta y se divide. En veinte años el orden colonial queda totalmente alterado y destruido. Donde estaba el rey español no hay nadie, donde estaba el Gobernador está el Presidente nacional, donde estaban las reales órdenes y los procedimientos lentos y precisos están ahora los cuerpos legislativos tratando de crear e incorporar instituciones nuevas, donde estaba el esclavo y el artesano está ahora una masa libre, resentida, impreparada y llena de hervores y de audacias.

Cuando termina la guerra, Bolívar puede hacer aquel desengañado balance: "la Independencia es el único bien que hemos ganado a costa de todos los otros". En efecto, el lento proceso colonial había quedado detenido, los campos estaban abandonados, los rebaños habían disminuido, la escasa tradición artesanal estaba rota, muchos de los antiguos peones se habían convertido en soldados y después en bandoleros, que establecían la ley de la violencia en las regiones apartadas.

Sobre ese cuadro de mayor pobreza, atraso e inseguridad se levantaba pugnaz la proclamación doctrinaria de los ideólogos. Faltaba población, faltaban caminos, faltaban escuelas, faltaba producción, pero estas terribles carencias quedaban como sumergidas ante la importancia pasional que revestía el debate entre los partidarios del régimen federal o del centralismo, entre los sostenedores de los fueros y los igualitarios, entre los que se llamaron pronto liberales y los que empezaron a ser llamados godos. Rápidamente el debate se convirtió en lucha armada, y la lucha armada en el medio normal de resolver las pugnas que surgían de las contradicciones de las ideologías y la realidad, en aquel país cada vez más pobre y abandonado en sus necesidades reales.

Eran aquellos los hombres que de buena fe creían que la felicidad del país dependía del mágico efecto de una institución o de unos principios proclamados, y no del lento y continuo esfuerzo por aumentar la producción, la educación, la riqueza colectiva y la aptitud para trabajar y sacar provecho del territorio.

Es conmovedora y trágica la ingenuidad de aquellas proclamas y de aquellos discursos en los que se invocaba la adopción de un principio doctrinario para salvar el país. Como si la felicidad y el orden de un equilibrio verdadero y estable pudieran establecerse por Decreto. Más que las razonables tentativas de progreso que trata de implantar una selecta sociedad como la de Amigos del País, encuentran eco la apasionada diatriba, las invocaciones a las formas más extremas del radicalismo político. Basta leer *El Venezolano* y los periódicos todos de la época. Basta recordar la declaración de Zamora prisionero por los sucesos de 1846.

Es como una línea de irreal y delirante ideología, de apego a las palabras sin cuidado de su sentido, que casi tiene su simbólico punto de partida en aquel discurso increíble de la Sociedad Patriótica en que Coto Paúl convoca, como un oficiante de magia negra, para concurrir al nacimiento de la República a la anarquía y a la santa demagogia.

Los debates de la Convención de Valencia en 1858 no se pueden leer sin sentir sobrecogido el ánimo por la distancia y la desproporción entre los propósitos y las exigencias y necesidades reales del país. Más importante que la realidad de la parroquia, que inútilmente trataba de recordar, como un llamado al orden, Fermín Toro, era la arrobada y pasional invocación de las instituciones más liberales que hubieran podido concebir los ideólogos europeos.

Vino la Guerra Federal, necesariamente, como la trágica desembocadura de las contradicciones y carencias de un pueblo al que sus clases dirigentes no le ofrecían sino mirajes ideológicos irrealizables y no le dejaban otro camino abierto que el de la violencia y la destrucción.

Sobre aquella hecatombe sangrienta, que llevó el país al borde de su colapso y ruina final, lo que flotan también, como penachos de incendio, son proclamaciones ideológicas. El pensamiento expresado por los dirigentes, no parece venir de unos hombres que estaban metidos hasta el cuello en la agobiante presión de la escasez, la miseria, la destrucción, la pérdida de todos los hábitos de trabajo, de civilización y de orden, y para quienes ya no quedaba visible otra forma efectiva de gobierno que la dictadura caudillista, sino más bien como si proviniera de otro mundo, de otro plano, de otra

mente, que ningún contacto tuviera con aquel cuadro pavoroso.

Lee uno un manifiesto como el de Falcón, cuando se reincorpora a la guera federal en 1861, y le parece provenir de un sonámbulo que se mueve sin oir y sin ver, absorbido en su mundo de sueño, por entre las pavorosas circunstancias a las que hubieran correspondido otras acciones y otras palabras.

A aquel espectáculo de destrucción y retroceso lo llama "lucha maravillosa". Ante aquel enguerrillamiento ciego en el que todos parecían lanzados contra todos, se mofa de los que aspiran a la paz: "En su desaliento claman por la paz... pero el pueblo que puede siempre y lo puede todo y no se cansa nunca, no acepta la paz sino con la federación. No la federación por merced, establecida por este o aquel, por grande que sea, sino establecida por él que es más grande que todos y a quien toca hacernos a todos la gran merced de plantear el sistema que le conviene." Ante aquel orden primario de montonera y caudillo en el que las últimas trazas de vida civilizada han desaparecido, exclama ciego: "Cansado el país de los sistemas medios, mitad liberales, mitad represivos que ponen en antagonismo los principios de libertad, busca ensayar un cambio radical por medio de la federación en que predomina la libertad sobre todo: o mejor busca un sistema por el cual sea el pueblo el que piense, administre, ejecute y cumpla su propio pensamiento"..... "A proporción que se arrebaten al enemigo los Estados, irán entregándose a ellos mismos para que se organicen conforme a sus intereses, a sus ideas, necesidades y aun caprichos." Y más adelante estampa la frase terible que es como el epítome de la ceguedad ante lo real y de la pasión política desenfrenada: "Así, con tranquila conciencia, podemos destruir lo que existe, porque hay algo mejor con que sustituirlo; y pues, que sentimos la inspiración del porvenir, nada nos detenga."

Triunfó la Federación, pero el país quedó más pobre, más atrasado, más desviado en el camino del progreso y de la civilización. Bajo las pomposas proclamaciones de principios doctrinarios habían desaparecido todas las formas de la vida civilizada, no había educación, no había trabajo, no subsistía

ningún otro orden que el precario y violento de la montonera revestido de adjetivos constitucionales. Es el tiempo del caudillismo y de la guerra civil endémica. Se llega a pensar en liquidar el país. En repartirlo en pequeños feudos para que los jefes locales tengan su botín.

Hacíamos constituciones, pero no caminos, revoluciones, pero no escuelas de trabajo, proclamas demagógicas, pero no producción. Estábamos como entregados a las formas más externas y abstractas de la vida política mientras las tareas fundamentales e inmediatas quedaban abandonadas. Teníamos leguleyos, pero no empresarios, guerrilleros, pero no colonizadores, retóricos, pero no maestros. Entregados al amor de las grandes frases habíamos abandonado las tareas reales y parecíamos creer que la civilización consistía en leer el último libro de París. Habíamos llegado casi a ser un país en el que las doctrinas y las palabras importaban más que los hombres y que los hechos.

Tan sólo con Guzmán Blanco aparece en el largo período del caudillismo una voluntad de hacer con sentido realista. Guzmán parece darse cuenta de que la tarea de hacer el país no solamente no ha adelantado desde la Independencia, sino que en muchos aspectos vitales ha retrocedido. Se esfuerza en crear ciertas normas y objetivos de civilización, pero sin dejar por eso de ser también un hijo de los errores de su tiempo. En lugar de poner las bases para un país de trabajo y de orden que pudiera crear su propia estabilidad, atiza la pugna ideológica, gasta más en teatros que en inmigración y mantiene en lo esencial, corrupción y caprichosa autocracia, los males esenciales del caudillismo.

Después de él y de las ilusiones de un breve período civil poco eficaz, vuelve el orden caudillesco.

En 1895 se publica el llamado *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes.* No era la intención de sus autores y colaboradores hacer un balance del resultado de la empresa de hacer a Venezuela, pero si uno lo lee hoy con ese ánimo, encuentra un saldo negativo. El país de 1895 resulta en ese libro mucho más fuera de la hora del mundo, mucho menos consciente de los reclamos de su verdadero destino, de lo que evidentemente fue el país de 1810.

III

La empresa de hacer el país

El orden substituto que el caudillismo creó en Venezuela fue más un orden para estar que un orden para hacer. La empresa de hacer la nación quedó muchas veces olvidada y aun retrocedida porque se consideraba incompatible con las necesidades de fortalecimento y supervivencia del sistema autoritario.

El problema del caudilo era la sujeción más completa de lo existente y no la construcción del porvenir. Las cosas materiales que alcanzaron a hacer carecían del sentido de una proyección para la vida. Eran como manifestaciones faraónicas de poderío, que poco tenían que ver con las tareas de hacer un pueblo para un país y un país para un pueblo.

Frente al hecho caudillista, ineficaz para construir el país, se alzaba la inconciliable proclamación ideológica de los hombres librescos y de los agitadores políticos para quienes nada importaba tanto como las doctrinas políticas y las instituciones avanzadas.

Pensar en la creación de un orden que tuviera por ideal y por imagen la España de los Austria, hubiera sido un anacronismo inconcebible. La posibilidad de instaurar un orden democrático a la francesa o a la americana que tuviera como ideal e imagen al París republicano o a la federación jeffersoniana, había sido una utopía repetidamente destruída por los hechos. Entre esos dos extremos no se alcanzaba solución valedera y no parecía quedar camino sino para el desengaño y el no pocas veces cínico reflexionar con que los positivistas trataban de justificar el caudillismo, con un superficial y apresurado aparato científico.

En esas condiciones la obra de hacer un país no pudo avanzar en Venezuela. Faltaba la conciencia de la dimensión exacta de la empresa, faltaba la aceptación de los hechos fundamentales de donde debía partir, faltaban los recursos para proyectarla y realizarla y faltaban los hombres suficientes para concebirla, impulsarla y realizarla.

De las cuatro generaciones venezolanas trancurridas desde 1830, tres corresponden a la larga época del caudillismo, y la última, o sea la actual, a la época del petróleo.

Corresponde a esta primera generación venezolana del petróleo conmemorar los ciento cincuenta años de la Independencia, en condiciones radicalmente distintas a las de todas las otras generaciones anteriores.

Cuando se cumplieron los primeros cincuenta años, Venezuela estaba sumida en la Guerra Federal. Cuando llegó el Centenario, Gómez se aprestaba a reconstruir y a perfeccionar la autoridad de Castro para llevar a su culminación más estable y poderosa el sistema caudillista.

Llega ahora el Sesquicentenario, después de que cerca de cuatro décadas de creciente producción petrolera han creado en Venezuela condiciones que ninguna generación venezolana anterior conoció.

El petróleo le ha dado a Venezuela, entre otras cosas, un inmenso aporte de recursos monetarios. Esto significa que la generación del petróleo ha tenido a su disposición para construir el país medios que no pudo siquiera vislumbrar ninguna generación anterior. Para no recordar sino un solo aspecto, el del Presupuestos de gastos del Estado, podemos medir la inmensa diferencia recordando que para 1831, todo lo que el Gobierno venezolano podía gastar no sobrepasaba los seis millones de bolívares por año; para la época de Guzmán no se llegaba a los treinta millones; para los primeros tiempos de Gómez se llegó a los sesenta millones; hoy, para los días del Sesquicentenario, pasamos de los seis mil millones de bolívares anuales. Si para facilitar la comparación hacemos caso omiso de las diferencias de poder adquisitivo, podemos decir que el Gobierno de 1960 dispone de recursos financieros mil veces mayores que el de 1830.

Esta diferencia de grado en los recursos trae aparejada también una diferencia en el grado de la responsabilidad. No es igual la responsabilidad que la historia puede exigir a quienes sólo dispusieron de seis millones de bolívares por año para hacer un país, que la que puede y debe exigir, a quienes han contado con sumas de seis mil millones anuales para esa misma empresa. Por este solo aspecto, la respon-

sabilidad histórica de los venezolanos de la era petrolera es infinitamente mayor que la de ninguna generación anterior.

Sería absurdo pretender que nada se ha hecho y que nos hemos dedicado a un gratuito y suicida malbaratar. Se han hecho caminos, se han mejorado las viviendas y las ciudades, se ha saneado, se ha acabado el paludismo, se ha disminuído la mortalidad, se han aumentado y diversificado los institutos de enseñanza en todos los niveles, se han creado industrias y producciones nuevas, hemos estado más abiertos al mundo y a su contacto y el nivel medio de vida ha mejorado de manera indudable en todas las clases sociales.

Sin embargo, todos sabemos y sentimos que no se ha hecho todo lo que se podía, que se han malbaratado muchos recursos, que ha faltado un rumbo certero para el desarrollo nacional y que, en general, la empresa de hacer el país se ha resentido de falta de cohesión, de objetivos concretos y hasta de sentido práctico.

En gran parte seguimos siendo los tributarios de nuestro pasado. Más parecen importarnos las ideologías que las tareas concretas, más nos levanta y entusiasma una doctrina política que un gran programa nacional para desarrollar la Guayana, más nos satisface la defensa de una ideología que la realización de un proyecto de irrigación, más nos importa el color político que la capacidad de realización.

Y, sin embargo, la empresa esencial de hacer a Venezuela sigue siendo fascinadoramente simple. Es una empresa concreta, es un problema de realidades y no de ideologías, es una cuestión de recursos, de trabajo y de tiempo, que puede planificarse y realizarse casi como la construcción de una vivienda. Pero es como si nos esforzáramos en no verlo.

Tal vez el mal venga de que no hemos conocido nuestra historia sino a lo sumo una deformación convencional de nuestra historia. Más que la línea del quehacer y sus interrupciones hemos visto la pugna ideológica y las proclamas de los bandos. Más que la empresa de hacer a Venezuela nos ha interesado el triunfo de los liberales o de los godos. De los liberales y de los godos de ayer y de hoy.

Lo que todo esto parece significar es que nuestro problema sigue siendo fundamentalmente el mismo que se planteó la tarde del 19 de abril de 1810, el mismo que llenó de angustia

creadora la vida de Bolívar, el problema de hallar un orden para que el país cumpla su destino histórico. Un orden que nos permita en el menor tiempo y al menor costo hacer a Venezuela, un orden que garantice el equilibrio justo de todos los sectores sociales y el aprovechamiento completo de todos los recursos humanos y materiales.

Si a lo largo de los ciento cincuenta años de nuestra vida independiente observamos el desarrollo de la línea del hacer del país podemos advertir claramente las grandes fallas, las graves desviaciones, las interrupciones y rupturas repetidas y el olvido frecuente o la ignorancia de los verdaderos fines. Cuando había que cultivar la tierra nos pusimos a proclamar doctrinas, cuando había que hacer caminos nos pusimos a hacer periodismo virulento, cuando había que enseñar a la gente a trabajar mejor los enseñamos a ser guerrilleros.

Durante la Epoca Colonial tuvimos un objetivo de construcción claro y definido, en el que el orden y la construcción se confundían estrechamente, dentro de una concepción del mundo y del hombre que estaba condenada a desaparecer. Hubo entonces el acuerdo entre el orden y los objetivos pero no hubo los medios. En la época del caudillismo desaparecen los objetivos de la construcción nacional, el orden impuesto se vacía de contenido vital. Es decir, no hubo ni objetivos definidos, ni medios de realización. En esta época del petróleo por primera vez estamos los venezolanos en la capacidad de fijar los objetivos definidos y de disponer de los medios para realizarlos en un plazo justo.

Sin embargo, están lejos de haber desaparecido las contradicciones, las desviaciones y la dificultad para acordar ideologías y realidades, que tantas veces en el pasado frustró la empresa de hacer el país. Se han modificado, pero no han desaparecido del escenario de nuestro destino ni los apetitos caudillescos, ni la suicida ceguedad de los ideólogos. En estado de larvas flotan en el caldo de cultivo de nuestra agitada y contradictoria sociedad los potenciales aspirantes a caudillos de la fuerza o a conductores de la revolución. Ni los unos ni los otros son útiles para el hacer del país en las presentes circunstancias.

La reflexión del venezolano de hoy debe dirigirse fundamentalmente a saber si lo que está haciendo es lo que más

directa y eficazmente contribuye a acelerar la empresa de construir a Venezuela.

Esa empresa está planteada en los términos más simples y concretos. Necesitamos construir un número determinado de kilómetros de carreteras, de hectáreas de irrigación, de metros cúbicos de ensilaje, de millares de asientos de escuela y de camas de hospitales, necesitamos producir un determinado número de millares de toneladas de leche y de alimentos, de telas y de madera, de hierro y de cemento, necesitamos producir todos los años una cantidad determinada de los más capacitados médicos, ingenieros, químicos, agrónomos, electricistas y de trabajadores industriales y agrícolas verdaderamente calificados. Para ello, también, necesitamos sacar el mayor provecho de nuestras riquezas explotables presentes, dentro de las circunstancias económicas mundiales, para financiar ese desarrollo del país y de sus nuevas y más permanentes riquezas humanas y materiales.

No es un mero y contable quehacer material, al estilo de las dictaduras, sino el audaz y seguro desarrollo de todos los recursos de que podemos disponer para hacer una nación. Una nación es, después de todo, una suma de recursos en hombres y en cosas, combinados para el logro de un objetivo de progreso y de bienestar colectivos. No es tan solo el empeño material de levantar obras materiales, que también se necesitan, sino la vasta y la fascinadora tarea de construir una morada vital para un destino histórico.

Esa tarea clara y concreta exige una cura de realidades, una desvelada aceptación de los hechos, una fría decisión de acometer las tareas inmediatas, un poner en sordina las ideologías y la pasión política y un predicar con el ejemplo la disciplina del trabajo creador.

La empresa de hacer a Venezuela, de crear el orden estable que nos permita hacer a Venezuela, sigue abierta hoy con más dramático planteamiento para la generación del petróleo.

Reflexionar con insobornable y lúcida sinceridad sobre si estamos haciendo para ello lo que debemos y podemos, sería el mejor y más fecundo homenaje a los hombres que el 19 de abril de 1810 rompieron con un gesto heroico el orden colonial, seguros de que los venezolanos sabrían crear un orden mejor.

CUATRO FORASTEROS

Gente de afuera ha estado en el hacer y en el ver de Venezuela desde el inicio de la propia historia. Desde el Almirante Colón, desde el cosmógrafo Vespucci. Vinieron a ver y a hacer y a completarse en el contacto con la nueva tierra. A rehacerse o a reencontrarse con ella.

Los hubo de todas las layas y de todas las obras. Desde el visionario que se proponía fundar en ella una nueva humanidad, desde el iluminado que venía a ganar el Paraíso entre los hombres, hasta el fundador de tareas y el adivinador de destinos en el perfil de los suelos. Sin olvidar al avinagrado e inimaginativo viajero o funcionario, que vió los seres y las cosas en pura presencia física, sin esfuerzo de comprensión, ni proyección de futuro.

Al puro azar de los encuentros vamos a rememorar cuatro de ellos, que representan cuatro tiempos y cuatro actitudes, y por lo tanto cuatro visiones.

Los Caballeros de la Espuela Dorada

En el singular destino de Venezuela hay aspectos curiosos y turbadores. Que tienen su significación profunda para el esfuerzo de entenderla.

Fue la primera tierra continental de América descubierta por los europeos. Fue una primera visión llena de mirajes. Se la llamó Tierra de Gracia. Se la imaginó próxima a las perdidas tierras del Paraíso Terrenal. Que fue lo que Colón

pensó al considerar el enorme volumen de agua dulce que el Orinoco lanzaba al mar. También la miraron como la tierra más alta y avecindada al cielo.

Toda su geografía, durante el siglo XVI, estuvo llena de prodigios. En un grado extraordinario aún para ese tiempo. Vespucci y Walter Raleigh no se cansaron de describir fabulosos seres que la poblaban. Hombres con los ojos en el pecho, o que dormían bajo el agua y gigantes descomunales.

Fue también, más que ninguna otra, la tierra de los caníbales. La fama de sus caribes antropófagos la había oído Colón desde que llegó a las Antillas. La palabra caníbal, en cierta forma, viene de ella. "Cambali" los llama Vespucci en su carta a Soderini en la que cuenta como encontró cerca de la costa de Paria una canoa cargada de cautivos adolescentes, ya mutilados horriblemente por los caribes para comérselos.

Fue también el país de las perlas, el de los esclavos y el de El Dorado. Lo más de su conquista primitiva se hizo en busca de perlas en las costas, y de esclavos indios y de la ciudad de El Dorado en el interior. El único que vió la fabulosa ciudad que fue el alemán Felipe de Hutten, la vió en tierra de Venezuela. Aunque después le cortaron la cabeza.

Pero todo esto, que tiene mucha significación para concebir el destino del país, estaría incompleto si no añadiéramos otro muy curioso aspecto de sus orígenes. El de haber sido escogido para el primer ensayo de colonización pacífica en el Nuevo Mundo.

Venezuela vino a ser así el campo de experimento para toda una teoría teológica y jurídica de los deberes de la conquista y de la dignidad natural del hombre. Para ello la escogió Bartolomé de las Casas desde el año de 1519. Que fue precisamente cuando Cortés comenzó la conquista de México.

Las Casas ya para esa época representaba, con mucha decisión y ardor, el valioso grupo de teólogos y juristas que hacían objeciones fundamentales al hecho y al derecho de la conquista. En mucha parte la corona castellana acogió esos escrúpulos y a ello se debió la prohibición temprana de hacer esclavos a los indios, las leyes de Burgos y luego todo el monumento moral, sin paralelo en la historia colonial del mundo, de la legislación de Indias.

Lo que Las Casas sostenía era que se podía llevar adelante la obra de la colonización de un modo pacífico. Que no era necesario someter a los indios por la fuerza. Que había que evangelizarlos y enseñarlos a trabajar y que para ello, sobraban los soldados y los aventureros y lo que se necesitaba eran buenos frailes y pacíficos labradores castellanos que vinieran con sus familias, sus animales y sus implementos a establecerse en las nuevas tierras.

Esta concepción, que de haber prosperado, hubiera cambiado radicalmente la historia de América, tuvo mucho oposición. Pero a fuerza de tenacidad Las Casas obtuvo la autorización del emperador Carlos V en 1520 para hacer el ensayo.

El lugar escogido fue Venezuela. Un punto de la costa cerca de la actual Cumaná.

Para llevar adelante este vasto plan que requería una concepción distinta del problema de la conquista y una mentalidad diferente de la que hasta entonces había predominado, Las Casas pensó en crear una especie de nueva orden de caballería. Un grupo de hombres unidos estrechamente por los mismos ideales, resueltos a sacrificarse por el bien y por la justicia, y dedicados a la empresa de que en tierras americanas predominara el trabajo, la justicia y la paz.

Se iban a llamar los Caballeros de la Espuela Dorada. Serían tan sólo cincuenta. Y se dedicarían a fundar pueblos pacíficos donde vivieran en laboriosa cooperación labradores españoles e indios. Tendrían su hábito y sus votos. El hábito sería blanco con una cruz roja en el pecho, a la que se añadiría alguna ornamentación para distinguirla de la cruz de la orden de Calatrava.

Esperaba Las Casas que los indios no tardarían en reconocer a los caballeros de las blancas capas como a benefactores. Distintos de los demás españoles en el traje y en los procedimientos.

Pero la tarea fundamental de la colonización la iban a hacer los labradores castellanos. Ellos eran los que a la nueva tierra iban a traer las costumbres y los sistemas de producción del campo español. En lugar de arcabuces y alabardas traerían costales de semillas, cerdos, gallinas, pequeñas plantas sembradas en potes de barro, azadas y arados. Para que a la vuelta de pocos años, en torno a las casas de adobes de

los nuevos pueblos, se extendieran los grandes sembrados. Los labradores indios y los castellanos trabajarían por igual. Manos indias cultivarían viñedos y olivares. Y aprenderían a manejar el arado de los romanos.

La religión se extendería pacíficamente y con verdadero espíritu cristiano, y las rentas del rey de España crecerían más con el producto de tantas tierras pobladas y cultivadas, que con la búsqueda incesante de minas.

El 11 de noviembre de 1520 Bartolomé de Las Casas se embarcó al fin en el puerto de Sanlúcar con setenta labradores escogidos. Había logrado vencer toda la oposición. Podía pensar que estaba al punto de realizar su sueño.

Pero la verdad era que iba al fracaso. Las autoridades de Santo Domingo no quisieron prestarle cooperación. Era necesario que no vinieran más expediciones a Tirra Firme a esclavizar indios, para que éstos no estuvieran prevenidos y alzados contra los colonos españoles. Mientras luchaba por obtener ésto, los labradores que lo aguardaban en Puerto Rico comenzaron a dispersarse en aventuras de búsqueda de oro y de sojuzgación de indios.

Cuando pudo salir al fin ya tarde, le quedaba poca gente y los indios de la Costa Firme estaban en pie de guerra. Cuando un buque español se acercaba era para capturar esclavos.

Apenas había instalado su poca gente y vuelto a Santo Domingo en busca de nuevos recursos, cuando los indios atacaron a los recien llegados y el ensayo terminó en sangre y dolor.

Los partidarios de la violencia y de la esclavitud se contentaron. Las Casas tomó el hábito de dominico y se encerró por diez años en un convento. No para huir. Para empezar a escribir sus grandes alegatos y continuar más a fondo que nunca su lucha por la justicia.

Es evidente, que si no hubieran ocurrido tantos tropiezos y contratiempos, si Las Casas hubiera obtenido de las autoridades de Santo Domingo toda la ayuda que necesitaba, si no hubieran estado viniendo constantemente expediciones de rapiña contra los indios, aquel proyecto hubiera podido prosperar. La colonización de Venezuela hubiera sido la obra de los Caballeros de la Espuela Dorada y el país hubiera crecido

del progreso del trabajo pacífico bajo ideales de paz, de fraternidad y de justicia.

Fueron muchas y grandes cosas las que fracasaron y cambiaron con aquel inmerecido fracaso.

Un heroico arrepentido

Un personaje español, típico del siglo XVII, me ha salido de un viejo libro. Es un perfecto contemporáneo de Calderón y del Conde-Duque de Olivares. Un representante de la España barroca del Tercero y Cuarto Felipes, que pudo, con su vida, dar asunto a un drama teológico de Tirso de Molina, que hubiera podido ser la simétrica voluta barroca contraria a la voluta de Don Juan.

El viejo libro está encuadernado en su pergamino original. Está en la rica colección de obras antiguas que reunió en España el seguro gusto y la ilustrada curiosidad de Luis Alfredo López Méndez. No vale tanto como algunos de los incunables que él posee, pero tiene a su favor el encanto que le viene del personaje. El largo título dice, en lo esencial: *Vida y virtudes de el Capuchino Español... Fr. Francisco de Pamplona, Religioso Lego de la Seraphica Religión de los Menores Capuchinos de N. Padre San Francisco, y primer Misionero Apostólico de las Provincias de España, para el Reino del Congo en Africa y para los Indios Infieles en la América. Llamado en el siglo Don Tiburcio de Redín, cavallero del Orden de Santiago, Señor de la Ilustrísima Casa de Redín, en el Reino de Navarra, Barón de Viguezal, y Capitán de los más célebres y famosos de su Siglo.* El autor es Fray Mateo de Anguiano. Y está impreso: "En Madrid, en la Imprenta Real: Por Joseph Rodríguez a costa de Francisco Laso, Mercader de Libros, enfrente de las Gradas de San Felipe: Año de 1704".

Tiene un grabado con el retrato del fraile. Es una composición alegórica que pinta los contrastes de su vida. El paisaje de Navarra al fondo, las armas del guerrero a la espalda. Unos párvulos indios y negros se acogen bajo su manto, y sobre el hábito de la orden florecen la cabeza serena que mira con mansedumbre a la lejanía y la larga barba

ondulada. Recuerda un poco el retrato del Conde de Benavente por Velázquez.

La vida del joven señor de Redín estuvo entregada a la aventura y a la violencia. Hizo la guerra en Italia, estuvo en las naves españolas sirviendo al Rey, se enemistó en la Corte con el poderoso Conde-Duque de Olivares. La lista de sus locuras, hazañas y atropellos es larga y casi monótona. El fraile Anguiano la cuenta con un tono de asombro en el que no deja de haber admiración.

Andaba en Sevilla con una numerosa cohorte de espadachines, pícaros y aduladores. Una noche, como lo hubiera hecho Don Juan Tenorio, intentó meterse en la casa de una dama muy principal. Se alborotaron los criados, acudieron el marido, los parientes y amigos. Todo el barrio nocturno se puso en conmoción de luces, voces y carreras. Don Tiburcio hubo de replegarse despechado con sus hombres. Tomó una embarcación en el Guadalquivir, y lleno de locos deseos de venganza, se presentó al General de la Armada en Cádiz, a quien logró convencer de entregarle cuatro bajeles de guerra para salir a una misión en servicio del Rey. La misión que se proponía realmente no era otra que presentarse ante Sevilla y cañonear la ciudad en venganza del agravio que se imaginaba haber recibido. Estuvo a punto de realizar tamaña barbaridad, a no ser por la pronta intervención de algunas de las contadas personas a quienes otorgaba respeto.

Otro día armó una verdadera batalla campal en la Plaza del Sol de Madrid con los servidores de la Princesa de Cariñán. En la tremenda reyerta recibió heridas y una pedrada en la cabeza que lo dejó por muerto.

Allí termina y se corta su vida escandalosa y comienza la otra. Poco tiempo después entra en la Orden de los Capuchinos, y con la misma avidez y resolución con que se dio a la vida pecadora, se entrega a la santidad.

Fray Francisco de Pamplona es exactamente el tipo humano más opuesto a Don Tiburcio de Redín. Pasó resueltamente de un extremo al otro. Don Tiburcio amaba el lujo, el mando, la riqueza. Fray Francisco adorará la pobreza, la humildad, la obediencia. El caballero que asaltaba los palacios de las damas, se convertirá en el religioso que no osaba levantar la vista delante de una mujer. Se dedica a servir con

todas sus fuerzas a los más pobres, a los más necesitados, a los más humildes.

Tan rápida y pronta como la fama de su escándalo fue la fama de su santidad. Salió a servir en las misiones del Congo, donde permaneció varios años. De Africa pasó a Darién con otros pocos capuchinos a acometer la inmensa tarea de la evangelización de los indios.

En 1649 llegó a la costa de Cumaná. Con grandes esfuerzos y dificultades fue adelantando la obra de las misiones. Cada misión era la semilla de un pueblo. Fray Francisco descalzo, con su viejo hábito raído, entraba solo y sin protección por las veredas de los indios hacía las rancherías hostiles.

A los Gobernadores y encomenderos les predicaba el bien y les reclamaba la justicia para los indios. Con impresionante sencillez cuenta el padre Anguiano en su libro, que estando Fray Francisco a la mesa de cierto Gobernador de las Indias, comenzó a hablarle de la necesidad cristiana de tratar con amor y justicia a los indios, y como éste se excusase de poner remedio a las rapiñas y estafas que se hacían, y con grandes infamias, a los pobres indios: tomó un pan en las manos y le dijo: "No se excuse Vuestra Merced de hacer lo que debe, y le pido; y para que se desengañe sepa que lo que come es sangre de indios", y apretando el pan corrió de él sangre en abundancia, de lo cual quedó atónito, y en claro conocimiento de la verdad que el Siervo de Dios le decía".

En 1651 Fray Francisco sintió la necesidad de ir a España en busca de ayuda. En el barco que lo conducía de Cumaná a La Guayra enfermó. Lo bajaron a tierra muy malo y a los pocos días murió en La Guayra con grandes muestras de santidad. Todo el vecindario lo rodeó de la más piadosa veneración durante su enfermedad y muerte. Su tumba se convirtió en la Iglesia en un lugar de devoción. Cuando años más tarde se trató de llevar los restos a España, la población entera de La Guayra se amotinó y logró que se respetase su oposición. Los restos de Fray Francisco de Pamplona quedaron en su sepulcro de La Guayra.

Desde los montes de Navarra hasta los acantilados del Caribe se desarrolló la encendida parábola de esta vida tan rica en contrastes, tan de su tiempo, tan valerosamente llena de los vicios y las virtudes de los hombres.

Un Diplomático

John G. A. Williamson fue el primer Encargado de Negocios del Gobierno de los Estados Unidos en Venezuela. Primero por ocho años fue cónsul en La Guayra y luego, a partir de 1835, Encargado de Negocios en Caracas. Dejó un largo diario manuscrito en el que anotaba con mucha precisión todos los sucesos públicos y privados. La existencia de este diario no vino a ser conocida hasta hace pocos años en que, con otros papeles, lo adquirió la *Louisiana State University* de Estados Unidos. Más tarde sirvió de base para un trabajo académico a la universitaria Jane Lucas de Grummond, que se publicó en 1951, en Baton Rouge, con el título de *Envoy to Caracas*.

Lamentablemente, a la autora le interesa más el personaje Williamson, que no tenía nada de excepcional, que el gran valor documental de su diario. De éste sólo inserta breves fragmentos, y deja al curioso de historia venezolana con el gusto insatisfecho por el deseo de conocer más extensamente todas aquellas indiscreciones, observaciones y murmuraciones que un testigo, directo y acucioso, recogió sobre una época muy importante de Venezuela. Sería de desear que alguna institución nacional hiciera traducir y publicar el texto íntegro del diario de Williamson.

Williamson llegó a La Guayra en 1826, en pleno desarrollo del movimiento separatista que se conoce con el nombre de la Cosiata. El 30 de enero de 1827 presenció la entrada de Bolívar y Páez a La Guayra. Asistió al banquete que se les ofreció en la casa de la Aduana. En los brindis no se hizo ninguna alusión a los Estados Unidos. Acaso desde entonces el cónsul norteamericano concibió una invencible antipatía por el Libertador, que aparece reiteradamente a lo largo de su diario.

Uno de los personajes que Williamson primero tropieza en Venezuela es el Cónsul inglés Sir Robert Ker Porter. Este tampoco goza de sus simpatías. Constantemente hace ásperas alusiones a su carácter, a su tendencia a la intriga, a la elasticidad de sus principios. Ker Porter era hombre aficio-

nado al vino, a la pintura, a la música, a la sociedad de las mujeres. Todo esto provoca las críticas más acerbas de su colega norteamericano. Por lo que se refleja en los fragmentos de su diario Williamson era un espíritu puritano, simple, recto, poco comprensivo. Ker Porter era un tipo humano distinto. Cada vez que lo tropieza halla motivo para dispararle una saeta en su diario.

De entre todos los personajes venezolanos que desfilaron por su diario el que sale mejor librado es el General Páez. Williamson no sólo lo admira, sino que siente franca simpatía por él. Lo considera el único hombre capaz de servir con eficacia a la buena causa de su país. Lo visita con frecuencia, lo describe con agrado y se enorgullece de que lo trate como amigo.

En 1832, en un viaje a los Estados Unidos se casa con Frances Bond Travis. En 1835 el Presidente Jakson lo hace Encargado de Negocios antes que la Gran Bretaña eleve al mismo rango a Ker Porter, lo que le da aún mayor satisfacción.

Como Encargado de Negocios vino a vivir en Caracas con su esposa en la Casa de Llaguno, donde hace pocos años se estableció el Museo de Arte Colonial. En esa vasta casa, que era una de las mejores de la ciudad, la vida de los Williamson no fue feliz. La existencia en Caracas le parece insoportablemente aburrida. A cada instante se queja de aquella monotonía exasperante que no rompía sino alguna procesión de Iglesia o alguna ceremonia oficial. Ni siquiera el clima de la ciudad llega a agradarle. Se queja repetidamente del calor excesivo, de la humedad y de las lluvias torrenciales.

La sociedad tampoco le agrada. Los extranjeros que viven en la ciudad le parecen todos unos aventureros solapados, y, en cuanto a los criollos, halla insoportable su tendencia a hablar mal los unos de los otros. Las mujeres le parecen hermosas y vestidas con gusto, aún cuando no tienen tema de conversación y es visible que no usan "corsets".

A los pocos días de su llegada como Encargado de Negocios, el 5 de julio, el Presidente Vargas lo invitó a comer. Había muchos invitados en traje de gala. Poco después de las cinco de la tarde se sentaron a la mesa. El Presidente en medio del lado derecho, a su derecha Williamson, a su izquierda los Cónsules de Inglaterra y Hamburgo. "La comida fue

muy apretujada y la mesa crujía bajo el peso de las fuentes." Se retiró a las ocho de la noche. Al llegar a la casa halló que el Presidente había enviado a su esposa una fuente de dulces abrillantados, "que hacen muy bien en Caracas".

Estaba recien mudado a la Casa de Llaguno cuando estalló el movimiento de las Reformas que depuso momentaneamente a Vargas. El Encargado de Negocios observa con extrañeza los sucesos, la facilidad con que han ocurrido y la pasividad de la población. "Con las piedras de las calles y las tejas de los techos doscientos hombres hubieran podido deshacer aquella tentativa".

De Vargas se expresa con respeto pero con frialdad, y de Soublette con franco disgusto.

En cambio siente por Páez una verdadera debilidad. Lo elogia con frecuencia, manda a pintar su retrato para tenerlo en la Legación, y lo visita periódicamente. De una visita que le hace el 18 de febrero de 1839 deja esta nota: "Fuí a visitar al General Páez y lo encontré ocupado en su galera privada preparándose para una gran pelea de gallos que tendrá lugar el mes próximo. Me recibió en saco y pantuflas, sin corbata ni chaleco. Esta manera sencilla y fácil de vida es la que siempre ha preferido. No le gusta vestir de un modo ostentoso. Un extraño hubiera difícilmente podido reconocer al soldado y al Presidente de Venezuela en semejante vestimenta".

Williamson empieza a quejarse con insistencia de su mala salud. El hígado no le funciona bien. Su esposa tampoco se siente a gusto. Ambos sueñan con regresar a Filadelfia y reintegrarse a la vida que les es propia. Sin embargo, quiere permanecer en Caracas todavía algún tiempo para ahorrar algunos dólares más.

En marzo de 1840 hace una ascensión a la Silla del Avila de la que apunta muchos pormenores. Es el último esfuerzo importante que le permite su decadente salud. En mayo la señora Williamson se embarca para los Estados Unidos.

La última nota del diario es del 10 de mayo. No llegó a escribir nada debajo de la fecha. Su salud decae rápidamente. El 7 de agosto de 1840 muere y es enterrado en el Cementerio de los Ingleses en la parte sur de la ciudad.

Geografía con visiones

En 1840 Agustín Codazzi llegó a Francia, llevando un país en sus cartapacios. Traía en organizados mapas, esquemas, notas y cifras la primera visión completa del país de Venezuela. La visión del vasto territorio despoblado y accidentado que subía y bajaba por las escalas de las zonas climáticas como una oscura melodía.

Con escasos recursos y con mucha pasión de servir el maduro Coronel, curtido en aventuras de mar y tierra, llegaba al rico y culto París de Luis Felipe, el rey burgués. Los más grandes hombres de ciencia de la época iba a encontrarlos allí. Iba a descubrir delante de ellos, como un genio benévolo, los tesoros que traía de la lejana tierra. Era la culminación de una larga empresa vocacional a la que había consagrado toda su vida y toda su inteligencia.

Había recorrido el territorio venezolano en campañas y en largos viajes. Sus ojos de nauta y de topógrafo iban haciendo de un modo casi mecánico el reconocimiento de la fisiografía y de las alturas. Más tarde le dieron comisiones oficiales para hacer levantamientos topográficos de regiones. A veces el trabajo se interrumpía porque había que tomar las armas para ir a combatir.

La ambición de hacer le fue creciendo con el tiempo. Comenzó por levantar itinerarios y cartas comarcanas. Más tarde le encomendaron el mapa de una provincia, más luego el de toda una zona, y, por último, es él mismo el que pide que le den los mínimos medios para hacer el mapa general de toda Venezuela.

Es un geógrafo en mula. Va por los largos y zigzagueantes caminos con su carga de barómetros, cartillas, compases, sextantes y otros instrumentos. Se para con demasiada frecuencia para la prisa de la gente rústica y desentendida que lo acompaña. Saca un instrumento, apunta a una estrella, consulta un reloj, y hace, finalmente, una breve anotación en una libreta. También recoje plantas y minerales. Estudia las hojas, las flores, los tallos, y con sus hierros saca fragmentos de rocas.

Anda por entre vastas soledades desiertas, sin encontrar poblado ni choza. El dirá después en el Instituto de Francia, frente a grandes geógrafos y naturalistas que para medir muchas alturas, por lo desierto de los sitios, se vió obligado a valerse de los medios de la astronomía náutica. Era una tierra para andarla con soledad de mar.

Pero la suya no es una retina fría que registra como un inanimado instrumento de precisión. Por el contrario todo cuanto mira, tan pronto como le ha dado su fruto de observación científica, se convierte en emocional estímulo de sus sueños de grandeza para la nueva Patria.

La geografía se transforma en un canto de anunciación del futuro. Su voz sube al tono encendido y profético del vate: "Más de la mitad del teritorio de la república está ocupado por la zona de los bosques, y está apenas habitada por algunas familias criollas, cerca de 2.000 indios reducidos y aproximadamente 40.000 independientes que viven regados sobre la inmensa superficie de 18.214 leguas cuadradas. Cuando las inmigraciones y las generaciones futuras empiecen a rozar las grandes selvas y el interés mercantil llame allí cada día nuevos colonos, entonces será cuando cambiarán de aspecto estas solitarias regiones que el hombre blanco apenas ha recorrido por el curso de los ríos naturales. Esta zona tan desierta hoy puede mantener cómodamente más de 46 millones de habitantes. ¡Qué espectáculo tan grande presentará entonces el Orinoco, vehículo principal de una gran prosperidad venidera! Los terrenos ahora inundados en el Delta, serán como las bellas campiñas de la Holanda: las costas desiertas entre aquel y el Moroco, producirán abundantes cosechas. Las selvas limitadas por la serranía Imataca y Rinconote darán salida a sus frutos por el Cuyuní, surcado entonces por buques de vapor; cuándo ahora apenas lo recorren los indios salvajes en sus débiles *conchas*".

Sus notas de geógrafo se llenan así de la misma savia de emoción que henchía la Silva de Bello a la Zona Tórrida.

Esa geografía con visiones, que era la que mejor podía corresponder a un mundo nuevo y solicitado por el destino, es la que Codazzi lleva a las prensas de París, como el botín vivo de una pasión incomparable por la tierra venezolana. Es un grueso tomo de letra compacta con muchas cifras que

él llama "Resumen de la Geografía de Venezuela", y un Atlas de gran formato, con hermosas planchas de colores, donde están los mapas históricos, políticos y físicos de Venezuela y de sus regiones.

Es un incomparable regalo que hace a su patria de adopción. Ningún otro país hispanoamericano tuvo antes que Venezuela obras tan importantes y calificadas para conocer su geografía. Al hacer aquella presentación del territorio y de sus aspectos Codazzi lanzaba la invitación a aprovecharlo para construir un futuro próspero. Desgraciadamente, para esa geografía con visiones, Venezuela estuvo ciega. La lucha de facciones y la guerra civil absorbieron los brazos y las inteligencias que hubieran podido entregarse a la empresa que Codazzi ofrecía y que no era otra que la de convertir un vasto territorio en una gran nación.

Lo que Codazzi llevaba a París, en sus cartapacios, no era solamente el país vivo, sino además el país por realizarse. Por eso no ha quedado en el pasado, sino que cada vez que se mira al futuro se tropieza con su lección de esperanza. Y mientras esa necesidad de acción realizadora exista, lo sentiremos tan vivo como su invitación a la acción.

CARACAS

La fama de la riqueza

En 1548, por la media docena de flacos pueblos que constituían la Gobernación de Venezuela, empezó a extenderse la noticia de que, en un alto valle cerca del mar, poblado por los indios caracas, había ricas minas de oro.

El nombre de Caracas resonó por primera vez en aquel vasto territorio desierto con este tintineo de oro.

No era necesario más para mover a aquellos conquistadores roídos de desesperanzas que pernoctaban en las chozas de El Tocuyo o en las playas de Margarita.

El primero en aparecer fue Francisco Fajardo, el valiente mestizo que se presentó en la costa buscando el apoyo de los parientes indígenas de su madre. Fajardo venía de Oriente y del mar. Fundó en la costa el pueblo de El Collado, pasó el alto monte azul y se asomó al valle recogido y risueño, cortado por varias corrientes de agua y por un largo río. Era el Valle de Maya o del Guayre, y allí fundó una ranchería con el nombre de San Francisco.

Los indios destruyeron la ranchería de Fajardo y el valle volvió a quedar en poder de las aguas, los pájaros y los indios. Los nombres de los caciques se parecían a los nombres de los pájaros: Guaycaipuro, Paramaconi, Sorocaima. Guaycaipuro murió entre llamas como un ave de fuego en combate.

Otros vinieron en busca del oro, sin hallarlo y sin poder afincar en la tierra combatida. Hasta que, en 1567, don Diego de Losada, que venía de las poblaciones de Occidente,

pudo tomar posesión permanente del valle y repoblar la desaparecida fundación de San Francisco. Había nacido Santiago de León de Caracas. Unas cuantas chozas en una parte alta del terreno, entre el Catuche y el Caraota. Lejos, al sur, pasaban las abundantes aguas del Guayre y en las soledades agrestes del Naciente se oía el rumor del Anauco.

La representación del territorio

El primer siglo es áspero y pesado. Las Actas del Cabildo reflejan una vida estrecha y monótona. En los solares se alzan casas bajas de bahareque o de adobes. Los conquistadores aprenden a dormir en hamacas, y a comer maíz y casabe. Sobre los techos de paja cantaban los gallos.

En el valle se fundan huertas. A la orilla de las quebradas se establecen rústicas aceñas. Con el alba salen a labrar el campo con los indios. Las campanadas del Angelus los devuelven por la tarde a la casa. Se enciende la vela o la alcuza de aceite. Y comen unos frijoles negros que llaman "caragotos" y unas especies de castañas de la tierra que denominan "turmas".

Los grandes sucesos son la aproximación de un pirata al puerto lejano o la invasión de una plaga en las sementeras. Los piratas vienen buscando oro a la villa miserable y se llevan lo poco que hay; incendian las chozas, matan los cerdos y hasta llegan a torturar a alguno que tiene facha de rico.

Para la plaga de gusanos se hace una gran procesión a San Jorge para que venga en su invisible caballo a combatir a los menudos dragones verdes que se comen las plantas tiernas. Detrás del Santísimo, sale el Santo en andas. La campana da volteretas. El sol brilla sobre los ornamentos. El agua bendita cae sobre el polvo de la calle. Los señores del Cabildo van detrás del Gobernador con sus mejores galas.

En 1590 están más pobres y abandonados que nunca. Tienen poco que vender y ningún dinero para comprar. Los escasos vecinos se duelen de su pobreza. Los otros pueblos del interior no están menos mal. Es entonces cuando deciden los habitantes de aquella aldea invitar a los habitantes de las demás aldeas a unirse a ellos para enviar una representación ante el pode-

roso rey Don Felipe II, que en su lejana corte no se acuerda de ellos. Es la primera vez que aquella aldea asume la representación del territorio.

El procurador que envían a Madrid es un vecino nuevo que se llama Simón de Bolívar.

No tienen gente para trabajar. Le piden al rey que, contra las disposiciones de las Leyes de Indias, les permita seguir usando del servicio personal de los indios, y tres mil licencias para traer esclavos negros de Guinea. Que les extienda la jurisdicción a otras tierras. Que les rebaje los impuestos. Que les conceda que, por lo menos, dos buques pequeños vengan cada año de Sevilla o de Cádiz con las mercancías que necesitan "por quanto a esta governación no vienen navíos de España con derecha descarga por estar fuera de la navegación general de las flotas". Tampoco tienen moneda. Suplican al soberano les permita seguir usando las perlas como medio de pago.

En 1603 Juan de Ponte compareció ante el Cabildo y le pide "un pedazuelo de tierra junto a esta ciudad" donde plantar "árboles frutales de todos géneros y los más regalados de España los cuales he traído con mucha costa y trabajo por noticia que tuve que en estas provincias no los había".

Del siglo XVII hay poco que contar. El sueño de las ricas minas de oro se desvanece. La vida se hace más monótona e insignificante. Cuando, de tarde en tarde, algún barco llega a La Guayra hay vino, aceite y paños para regalo de los vecinos. Es como una larga centuria silenciosa. Fuera de las pugnas de los Obispos con los Gobernadores poco habría que contar. Hasta el extremo de que todo aquel siglo gris se le escapa de su historia a Don José de Oviedo y Baños.

El siglo XVIII

Con el Siglo de las Luces es cuando Caracas cobra la fisonomía que le va a durar casi hasta nuestros días. El nuevo estilo que los Borbones traen al imperio es el que preside el florecimiento de la villa. Los enlutados funcionarios de los Austrias ceden el puesto a los nuevos magnates que usan ca-

saca de colores, encajes y sombreros de tres picos. Es la época de los vizcaínos. Vienen con los negocios de la Guipuzcoana y tienen nuevas ideas sobre los hombres y sus derechos.

Caracas empieza entonces a ser la capital de un breve país que abarca los valles del Tuy, los de Aragua y largas leguas de sabana llanera hasta las márgenes del Orinoco. Es decir, las tierras de los señores que la pueblan. Son dueños de haciendas de cacao en Panaquire, de plantaciones de añil en San Joaquín o en Turmero y de hatos de ganado en Ortíz o en Orituco.

Las calles principales están empedradas, y por las noches, en las ventanas de las casas ricas, se colocan candiles. La casa caraqueña toma su forma definitiva. A la calle da el portón del zaguán y las enrejadas ventanas. En torno al primer patio están los corredores y detrás de ellos la sala y las habitaciones de los señores. Entre el primer y el segundo patio está el comedor. Luego viene la cocina de leña con su oscura chimenea de campana, las habitaciones de los esclavos y, por último, el corral lleno de árboles, con las caballerizas y la pesada puerta de campo.

Por el centro de la calle bajaban las acequias, y las mujeres de postín sólo salían escoltadas por un grupo de esclavas.

Dentro de esas casas espaciosas se llevaba una vida grata y recogida. Los viajeros que la visitaron desde la segunda mitad del siglo XVIII han dejado descripciones llenas de encanto. Se amaba la buena música. En las reuniones sociales se servía excelente chocolate y los criollos estaban muy al tanto de todas las novedades europeas.

La ciudad tenía más de doscientos años a la sombra del Avila sin que a nadie se le hubiera ocurrido subir a la cumbre. Hasta que llegó el Barón de Humboldt, y una madrugada, con varios acompañantes, que se fueron quedando rezagados, emprendió la ascención hasta la cima. Cuando se limpió la bruma vió todo el valle verde abierto entre las colinas, y al otro lado divisó la extensión azul del mar. A su descenso trajo, junto con muestras de plantas y minerales, la medición exacta de la altura del Avila, que resultó mucho menos de lo que los caraqueños siempre habían supuesto.

Pero, en cambio, si el Avila se puso más pequeño el porvenir se hizo más grande.

El ejemplo que Caracas dio

En todo el proceso de la Independencia los caraqueños desempeñan un papel decisivo. Caracas asume plenamente la función de capital y cabeza de la nueva nación. El 19 de abril es un suceso caraqueño. El país entero recibe de Caracas el ejemplo y la emoción de la Independencia y de la Libertad. Es por las calles empedradas de Caracas por donde primero se arrastra el retrato de Fernando VII.

La Primera República es hija de Caracas. Miranda, el Conde de Tovar, el Marqués del Toro, López Méndez, Ribas, Bolívar, Bello, son hijos de aquella ciudad menuda. Es su espíritu el que anima aquel primer movimiento generoso, impulsivo e idealista.

La guerra de la Independencia, que la cubre de gloria, la empobrece, al mismo tiempo. El terremoto de 1812 ha dejado en ruinas algunos de sus mejores edificios. La guerra ha arruinado, muerto o dispersado muchos de sus habitantes más distinguidos. Resumiendo ese trágico y heroico destino, Bolívar le escribirá en 1825 a su tío Esteban Palacios: "Caracas no existe; pero sus cenizas, sus monumentos, la tierra que la tuvo, han quedado resplandecientes de libertad y están cubiertos de la gloria del martirio".

Cuando Bolívar muere y se desmembra Colombia la Grande, Valencia le disputa por un tiempo el derecho a la capital. El General Páez vacila. Tiene en Valencia su casa y su Gabinete. El Congreso celebra sus sesiones allí mismo. El caudillo se siente a gusto en el cálido ambiente, a la sombra de los inmensos samanes. Hace paseos a caballo hasta la ribera del lago azul.

Pero al fin el destino se impone y la capital y el caudillo vuelven a Caracas, al viejo asiento tradicional del Gobierno de la tierra. Con Páez vienen gentes de Valencia. Menos el Dr. Peña que se sentirá como el gato que acompaña al amo hasta la puerta, pero que se queda en la casa.

El país es vasto y mal comunicado. No hay por tierra sino algunos escasos y malos caminos. Se viaja a lomo de mula en largas jornadas. Por el mar se viene a Caracas desde el

Lago de Maracaibo, desde Puerto Cabello y desde las comarcas orientales. Sin embargo, empiezan a afluir las gentes del interior. Llaneros, cumaneses, barquisimetanos, corianos, marabinos, merideños. Vienen muchos mozos a cursar en los claustros del viejo convento de San Francisco, convertido en Universidad. Los costumbristas pintarán los graciosos incidentes y las sorpresas de los provincianos en la ciudad que empieza a ser grande.

Es una ciudad quieta, perezosa, pequeña, reclinada sobre el cerro como para una siesta voluptuosa. Los poetas románticos la comparan con una hermosa mujer árabe, tendida en los cojines del serrallo. Es una "virgen musulmana" para García de Quevedo y para Pérez Bonalde será "una odalisca enamorada". Sobre sus techos rojos se alzan las claras torres de sus templos.

A una Caracas alumbrada con candiles de aceite de coco llega José Tadeo Monagas a inaugurar su período presidencial. Vienen con él los orientales, y viene también la guerra que se va a prolongar hasta el fin del siglo.

Después vienen los largos días de la Guerra Federal. Ocurre la sampablera. Las guerrillas asoman por el camino de La Guayra y por el cerro de El Calvario. No se habla sino de empréstitos, de combates y de gente que se va.

De esa larga postración la empieza a reponer Guzmán Blanco, el universitario que se hizo general y el patiquín que se convirtió en autócrata.

Con Guzmán Blanco vienen las victorias, los "landau", los cocheros de librea, el alumbrado de gas, las imprentas al vapor, los primeros bulevares con árboles y algunos majestuosos edificios. En algunos breves espacios se logra crear la ilusión de un rincón del París de Napoleón III. La plaza mayor, con su pintoresco mercado, se transforma en Plaza Bolívar, el templo de San Pablo se convierte en Teatro de la Opera; el convento de las monjas Concepciones desaparece para que, en su lugar, se alce el Palacio Federal.

En medio de ese París de fachada irrumpe el viejo Carnaval con sus furiosos combates de agua, negro humo y frutas podridas. Los coches de los juerguistas suben a palos la cuesta de la Marrón. El más largo paseo, por donde ruedan las victorias de la gente elegante, mozos de levita y sombrero

de copa y damas de crinolina y sombrilla, es por el Puente de Hierro que acaba de abrirse al Sur, entre las solitarias vegas del Guayre. Nicanor abre su restaurant donde se sirven helados a la francesa. Se empieza a hablar de ferrocarriles, de tranvías, de bancos. Y en los periódicos se desatan furiosas polémicas entre los jóvenes positivistas y los viejos clericales.

La Noche de Santa Florentina

El color y el sabor de la época Guzmancista culmina en el breve período del Gobierno del Doctor Andueza Palacio. Los hombres elegantes juegan millares de luises en los "clubs" de moda, toman brandy francés y tienen líos con las coristas de la zarzuela que hace tandas en el Teatro Caracas. La gente se aficiona a los discursos y a los escándalos. Viene la compañía de ópera de la Turconi Bruni y media Caracas se enamora de la diva. Los petimetres hacen cola a la puerta de su camerino. Todo el mundo silva arias.

Ese ambiente de parodia y de facilidad llega a su máxima expresión en la grotesca coronación de Delpino la noche de Santa Florentina. Toda la ciudad parece disfrazarse para un juego de salón teñido de política. Las gentes más graves simulan elogios para el "chirulí del Guayre". El eco de las risas, los versos cojos y las músicas sale a perderse en la soledad de la noche que cubre a un país que espera.

La creciente del 92

A fines del 92 la cosa cambia. Unas lluvias torrenciales desmoronan los cerros, sacan al Guayre de madre e inundan la ciudad. Techos y paredes empiezan a derrumbarse. El cielo oscuro y bajo no cesa de llover. Los techos se hunden, las paredes se desploman.

Por en medio de los charcos, bajo sus oscuras cobijas chorreando agua, entran a la ciudad las tropas de la Revolución Legalista. El General Crespo es el nuevo jefe. Con él sobrevive mucho del estilo Guzmancista, pero un Guzmancismo

que tolera la prensa libre y que, en la arquitectura, se inclina más hacia Barcelona que hacia París. Por las calles empieza a venderse el primer periódico de a centavo al pregón: "El Granuja".

El caudillo liberal y generoso, con su negra barba partida, recorre las calles en su caballo llanero. Los estudiantes de la Universidad le lanzan cuchufletas. Pero el caudillo sonríe paternal ante los editoriales y ante los chistes y se limita a expresar su teoría política entre dientes: "Plomo de imprenta no tumba Gobierno".

Siete años más tarde entra otra revolución en la capital. Se llama la Restauración Liberal. Viene a su cabeza Cipriano Castro con un grupo de andinos. Son gente nueva, de raíz campesina, poco vinculados a la ciudad. Detrás del jefe, dicharachero, expansivo y bailador, asoma su segundo, un hombre macizo, callado, frío, que observa todo y habla poco, se llama Juan Vicente Gómez.

Las tropas de Castro acampan en la Plaza Bolívar. Las hamacas cuelgan entre los árboles. Por las noches para celebrar su contento disparan sus armas al aire. Los últimos personajes guzmancistas, desde las celosías de sus casas, miran con asombro todo aquello. Acaso sin darse cuenta de que ha terminado una época.

El estilo de vida de la ciudad va a cambiar poco en los 36 años siguientes. Las casas seguirán siendo iguales. Las edificaciones se atreverán muy tímidamente a franquear la línea del Guayre y a asomarse a los cultivos de caña del Este. La Plaza Bolívar sigue siendo su centro. En las vespertinas del Cine Rialto cabe toda la gente joven. La vieja historia sigue viva en los pintorescos nombres de las esquinas.

San Lázaro y las Monjas son del siglo XVII. El Conde y las Gradillas son nombres que evocan la plenitud del siglo XVIII. La esquina de Sociedad recuerda la Sociedad Patriótica y la Declaración de Independencia. Otras recuerdan al personaje procero o popular que en ellas tenía su casa o su fonda. El Doctor Paúl, Ña Romualda, las Ibarras, Mijares, Salvador de León, Padre Sierra, Isleño.

Pero esa historia, detenida en los nombres de las esquinas, va a cambiar. Va a empezar a cambiar desde que en una ribera solitaria del lago de Maracaibo, un día de 1923, salta

un chorro de petróleo que se abre inmenso en el aire como una palmera de azabache. Como una inmensa rúbrica de tinta que firmara sobre el cielo un decreto de revolución.

La metrópolis del país petrolero

La gente no se da cuenta sino poco a poco de la gran transformación que el petróleo ha decretado. En pocos años la fisonomía de Caracas, su tamaño, su ritmo, su carácter, van a cambiar de la manera más extraordinaria.

En 1936 la ciudad tiene 136.000 habitantes, su centro sigue estando en la Plaza Bolívar, hay muy pocos edificios de más de una planta, no llegan a la media docena los que tienen tres plantas, de cinco no hay ninguno. La menuda ciudad sigue rodeada de plantaciones y de cerros pelados. La mayor parte de la gente que la puebla son nativos de ella, hay muy pocos extranjeros, en los estrenos de los contados cines, que están en el centro, toda la gente conocida se encuentra y se saluda desde sus asientos.

Todo esto va a cambiar vertiginosamente. El valle se va llenando de urbanizaciones. Donde estaban los tablones de caña se alzan las plazas y los rascacielos. Se levantan los primeros edificios de ocho y diez pisos. Los provincianos empiezan a llegar a ella en cantidad creciente. Los cerros se cubren de casas y chozas y por las noches brillan como las luces de un inmenso campamento de peregrinos que se acercan al valle.

Para 1941 la población ha doblado. Tiene 359.000 habitantes. De cada diez de ellos más de cuatro vienen de la provincia. Las casuchas del Silencio se derrumban y se alza el primer centro moderno de urbanismo que la capital ha conocido. Los nombres de las viejas haciendas del valle se borran y desaparecen bajo el nombre y el trazado de las nuevas urbanizaciones: La Florida, Los Caobos, San Bernardino, la Ciudad Universitaria, El Country Club, El Rosal, Campo Alegre, Los Chaguaramos, Las Mercedes, Santa Mónica, Los Palos Grandes, La Floresta, Altamira, Sebucán, Sabana Grande, Chacao, Los Dos Caminos, El Valle, Petare se disuelven como terrones en la inundación de la ciudad que crece.

Para 1951 la población ha doblado nuevamente. Pasa de los 700.000 habitantes. En los cerros viven 300.000 personas. Muchos más de la mitad de todos los habitantes vienen del interior, un gran porcentaje son inmigrantes. Se oye hablar abundantemente italiano, portugués, polaco. Se empiezan a publicar periódicos en otras lenguas. Para 1957 sobrepasa el millón de habitantes.

Más de 100.000 automotores se apretujan en sus viejas calles estrechas y en sus flamantes avenidas. Una gran parte de la población vive en edificios de apartamentos y los hábitos de la vida familiar cambian.

Los cines venden 20 millones de boletos de entrada por año, el consumo de licores finos, de alimentos exquisitos, de telas suntuosas, de perfumes es de los más altos del mundo. Por cabeza de habitante es probablemente la ciudad que consume más jugo de pera, más cigarrillos importados, más whiskey escocés y más automóviles del mundo.

A los hospitales entran 24.000 enfermos anuales, que son menos que los propietarios de automóviles.

Más que nunca se convierte Caracas en el centro, el crisol y la cabeza del país. En ella viven 14 de cada 100 habitantes del país, y en ella están concentrados en grado superlativo el dinero, la cultura, las comodidades y los vicios de que pueden disponer los venezolanos.

Es una ciudad en transformación que refleja y a la vez modela un país en transformación.

Una transformación un poco desordenada, sin plan y sin espíritu, que tiene sus contradicciones y sus paradojas. Hay más casas y más grandes edificios, pero no hay estilo. Hay millares de automóviles y kilómetros de anchas avenidas, pero se tarda más en venir en automóvil de las riberas del Guayre a la Santa Capilla de lo que tardaba Don Diego de Losada en el mismo trayecto en su caballo. Hay más teatros, cantinas y "clubs" que nunca, pero hay más soledad y menos vida espiritual que en el pasado. Hasta hace veinticinco años se sabía lo que era un caraqueño. Había un tipo definido. Era fácil hacer su retrato y más fácil aún hacer su caricatura. Hoy sería muy difícil definir ese tipo.

Como en 1567, las gentes del vasto país venezolano la siguen buscando y su nombre les suena con un tintineo de oro.

Como en 1810, su ejemplo sigue siendo el más visible y poderoso del país. Ciudad de promisión, ciudad normativa, ciudad llena de destino. Más grande que la del pasado es su misión en el porvenir. Su misión del pasado la simbolizan las torres del Panteón y las de la Catedral, que ya empiezan a desaparecer hundidas entre los rascacielos. La forma y el contenido de la Venezuela de mañana dependerán en gran parte de la manera como Caracas entienda esa misión.

LA HAYACA, COMO MANUAL DE HISTORIA

Hay en el Museo del Louvre, en París, un famoso cuadro de Murillo que se conoce con el nombre de "La Cocina de los Angeles". En dicha obra se ve, en la cocina del convento, a San Diego de Alcalá en éxtasis, entre los cacharros, las vituallas y los fogones, mientras un grupo de ángeles, con diligente indiferencia, se dedican a hacer los menesteres de los pinches y Maritornes. Es una verdadera obra maestra de ese milagroso realismo español que sabe unir lo más ordinario y vulgar con lo más elevado y simbólico.

Así como, en el convento de San Diego, los ángeles bajaban a la cocina a entregarse a las más humanas tareas, representando de este modo el hecho de que la presencia de lo espiritual y trascendental puede hallarse en las cosas y quehaceres más insignificantes, así también la historia, el misterioso ángel del destino de la humanidad, puede vislumbrarse entre los guisos y los platos.

La cocina o la necesidad de alimentarse ha sido, ciertamente, una de las fuerzas de la historia. Las rutas en busca de la sal fueron de las primeras rutas por donde los pueblos primitivos se movieron para crear los primeros contactos de donde surgió la civilización. El trigo, el aceite y el vino fueron grandes agentes de la historia de los pueblos mediterráneos. El viaje de Marco Polo está ligado a una serie de novedades gastronómicas para el mundo occidental. La búsqueda de las especies para sazonar las comidas de los poten-

tados fué uno de los mayores impulsos de la era de los descubrimientos geográficos. El chocolate y las papas del Nuevo Mundo transformaron la vida europea. Estas últimas, contribuyeron de modo decisivo al crecimiento demográfico y al desarrollo del poderío militar y económico de Europa.

Es posible mirar la cocina como un compendio de toda la historia pasada de los pueblos. En las materias, en las combinaciones, en las salsas están como resumidos los descubrimientos, las conquistas, las batallas, las hazañas de los grandes reyes y conductores de pueblos del pasado.

En una cocina de aspecto tan tradicional como la del Museo de Arte Colonial de Caracas es posible hallar la historia del país en testimonios mudos tan claros y elocuentes como las que en los estratos de la tierra guardan la huella de los grandes acaecimientos geológicos.

Había en ella elementos indígenas y españoles. Pimpinas de tierra criolla y botijas castellanas que vinieron llenas de aceite. Había el pilón de maíz del indio y el budare para cocer las arepas, junto a la olla española y a los platos de loza azul de Delft o de Rouen traídos por los contrabandistas de las Antillas. La jícara de chocolate, la barrica de vino y la cafetera, se acercaban como los representantes de tres tiempos y de tres mundos, allegados y reconciliados en un contacto creador de nuevas formas. El chocolate de América, el vino de Europa y el café del cercano Oriente. En la mano hacendosa de la cocinera criolla guardaban secreta la presencia de grandes sucesos históricos. La expansión del Islam, la romanización de Europa, el descubrimiento de América.

Ese significado histórico de lo que se come no ha desaparecido de nuestras modernas cocinas. Junto a los relucientes aparatos andan los invisibles ángeles del pasado. En la comida de un día en cualquier casa de Caracas es posible hallar concentrada la historia de varios siglos.

La presencia de las papas, de la yuca, de la arracacha, del ñame, de cualquiera de esos variadísimos y suculentos tubérculos, en que tanto abunda nuestra cocina, es como el sello indeleble de la americanidad. La flora americana ha sido muy rica en tubérculos alimenticios. Los primeros exploradores españoles notaban con asombro la gran cantidad de raíces comestibles que utilizaban los indios. Para los que leían

desde la orilla europea las narraciones de los viajes heroicos debía parecerles de las peores miserias aquel tener que alimentarse de raíces, a que hacían tan patética referencia los cronistas.

El jesuíta Joseph de Acosta, en su "Historia Natural y Moral de las Indias", publicada a fines del siglo XVI, nos ofrece como el primer gran inventario de la naturaleza americana. Allí tienen esas raíces alimenticias su asombrada evocación. Acosta escribe desde España y en sus palabras hay como la nostalgia de los sabores indianos: "Aunque en los frutos que se dan sobre la tierra es más copiosa y abundante la tierra de acá, por la gran diversidad de árboles frutales y de hortalizas; pero en raíces y comidas debajo de tierra paréceme que es mayor la abundancia de allá... allá hay tantas que no sabré contarlas. Las que ahora me ocurren, ultra de las papas que son lo principal, son ocas y yanaocas, y camotes y batatas, y jícamas y yuca y cochucho y caví, y tótora y maní. y otros cien géneros que no me acuerdo".

Cada una de esas nutricias raíces, lleva el aroma y la esencia de la tierra americana en cuyo seno se ha formado. Son como los vivos tuétanos del mundo nuevo. Quienes aprendieron a comerlas, recibieron una iniciación que los incorporaba a un nuevo orden. La sensibilidad para lo americano, acaso, empezó a hacerse por la boca. Los castellanos, hechos a la vaca, al carnero, a la revuelta olla, comenzaron a acostumbrarse a las mazorcas de maíz, a la tierna papa, al chocolate aromoso. La comida había comenzado a modificar su sensibilidad. Cuando regresaban a España, añoraban los alimentos americanos.

Habían aprendido a cambiar el pan de trigo, contemporáneo del latín y de la romanización, por aquellos otros extraños panes americanos como el casabe y la arepa. Blancos panes, sin levadura, de suave consistencia, con los que el indio se había alimentado desde la más remota antigüedad.

En las frutas habían ocurrido también grandes descubrimientos. El cronista Juan de Castellanos los nombra, con golosa emoción, en su encantadora descripción de la isla de Margarita. Eran frutas de otras formas, de otros sabores, de otra consistencia que las que habían conocido en Europa. Estaban allí las guanábanas y los anones de alba y perfumada

carne; las piñas tan jugosas y aromáticas; los mamones y cotoperices de breve y deliciosa pulpa; las guayabas de rosados granos llenas de voluptuosa fragancia. Toda una embriaguez de formas, colores y sabores, que pronto se combinó con las frutas traídas de Europa. Especialmente con los higos y las uvas, tan familiares a los hombres del Mediterráneo, y la naranja que es como el Ulises del reino vegetal.

En la crónica admirable de Bernal Díaz del Castillo está la historia del primer naranjo en tierra mexicana. En un viaje anterior al de Cortés, el buen soldado Bernal, había traído algunas semillas de naranja. Junto a uno de los pueblos de la costa las sembró. Tiempo después, cuando volvió con Cortés a la conquista definitiva, halló el árbol nuevo cargado de doradas frutas. Así se fue haciendo la mezcla de lo europeo y lo americano, que es la condición peculiar del alma criolla. Naranjas traídas por el conquistador y pitahayas y anones del indio combinando sus contrapuestas solicitaciones en un mismo paladar.

Los que llevaron la naranja a México, encontraron allí el tomate. Otro fruto no menos maravilloso que puso su nota de grana en la rica y variada mesa criolla.

Las combinaciones de esos frutos, venidos de apartadas regiones y mezclados por la historia como un símbolo de su propio proceso de mestizaje, fue uno de los rasgos característicos del estilo de vida del criollo. Tanto como en la arquitectura, o en la literatura o en la etnografía se podría seguir en la cocina el proceso de la formación de la civilización hispanoamericana.

El chocolate con su oscura substancia, con su divagante olor, con los espesos y espumosos meandros de su gusto, se combinó admirablemente con el estilo barroco que predominó en el arte hispanoamericano. Algunos dulces están hechos de una combinación barroca de influencias indígenas y europeas, no menos notable que la que da su característica belleza a tantos santuarios de los siglos XVII y XVIII en los viejos virreinatos. En dulces como el "bien-me-sabe" venezolano o el alfajor del Sur la abundancia de sabores distintos se combina en una riqueza de formas que recuerda las columnas salomónicas, los arcos truncados, la decoración de oros, angelotes y flores de la Iglesia de la Compañía de Quito o del

Santuario de Ocotlán en México. Son manifestaciones equivalentes de una misma situación histórica. El mismo espíritu que animaba las manos creadoras de los alarifes en los muros de aquellos templos, movía las manos hacendosas de las esclavas y de sus amas en la cocina.

En este sentido, nada es más barroco que aquel increible banquete que ofreció Cortés en la ciudad de México. Aquella especie de delirio gastronómico en que, durante varias horas, se sirvieron centenares de variados manjares. Venados enteros, pasteles rellenos de palomas vivas que salían volando al levantar la corteza, fuentes y caños de vino, guisos de todos los colores y formas. Aquella mesa debía ser como un gran mapa en relieve del mundo fabuloso de la caballería andante, por el que los conquistadores sentían abierta predilección. Cordilleras de palominos, picos de torrejas, llanuras de hojaldre, lagos de salsas y glaciares de crema. Muchos comensales se desmayaron. Los silenciosos servidores aztecas paseaban su felino paso y sus quietas pupilas por aquella erupción volcánica de voces, trajes de colores, viandas y condumios.

Así como por una medalla enterrada o por un fragmento de fuste de columna el arqueólogo puede comenzar a reconstruir toda una civilización, así también es posible reconstruir, por la cocina, el pasado de una nación. Para un hombre con suficiente sentido y percepción de lo histórico sería suficiente entrar en una fonda de pueblo criollo para ver desplegarse sobre la mesa, como por un conjuro, todo el proceso de la historia.

Vería allí lo que trajo España y lo que aportaron los indios. Lo que con los conquistadores vino del largo proceso de formación de la civilización mediterránea. El aceite y el trigo de los griegos y de los romanos que incorporaron España a su mundo; la grasa de cerdo de los íberos; el maíz de los indios. Cada elemento ha sido traído por la historia y, a su vez, evoca la historia. Distintas religiones, distintas lenguas, distintos tiempos comparecen en la mesa de la fonda anunciando su presencia en la formación del alma colectiva. La naranja vino con el Islam hasta España; el mango vino desde la India con los Ingleses hasta las Antillas. Lo que somos como pueblos algo tiene que ver con que los musulmanes entraran en España, y con que los ingleses se establecieran

en las islas del Caribe. Esa historia está narrada en las frutas y en los alimentos. Una bebida como el guarapo de caña, es casi un complejo histórico, y para descifrarlo adecuadamente habría que describir la evolución del mundo occidental por cerca de un milenio. Los varios y azarientos cambios que llevaron la caña y la técnica de producción de azúcar, hasta las Antillas y que trajeron al negro de Africa para que la elaborara, con la presencia de su magia, de sus cantos y de su sangre.

Hay platos en los que se ha concentrado la historia como en un conciso manual. Nuestra hayaca, por ejemplo, es como un epítome del pasado de nuestra cultura. Se la puede contemplar como un breve libro lleno de delicias y de sugestiones.

En su cubierta está la hoja del plátano. El plátano africano y americano en el que el negro y el indio parecen abrir el cortejo de sabores. Luego está, la luciente masa de maíz. El maíz del tamal, de la tortilla y de la chicha, que es tal vez la más americana de las plantas. Ya Andrés Bello veía en su espiga algo de plumaje de cacique indio. Los mayas, los incas, los aztecas, los chibchas, los caribes, los araucos, los guaraníes fueron pueblos de maíz. Se alimentaban con la masa de las mazorcas molidas sobre la piedra. En la carne de gallina, las aceitunas y las pasas está España con su historia ibérica, romana, griega y cartaginesa. En lentas invasiones sucesivas fueron llegando a la península estos alimentos. Toda la tremenda empresa de la conquista está como sintetizada en la reunión, por medio de sus frutos, de las gentes del maíz, con las de la viña y los olivos. Pero también, en el azafrán que colorea la masa y en las almendras que adornan el guiso, están los siete siglos de la invasión musulmana. La civilización que culmina en la corte de Córdoba bajo Abderramán III, y que tanto influye en la formación del alma que España ha de traer a la conquista americana, asoma también en la hayaca. Y la larga búsqueda de las rutas de las caravanas de la Europa medieval hacia el Oriente fabuloso de riquezas y refinamientos, está en la punzante y concentrada brevedad del clavo de olor.

Hay muchas gratas maneras de estudiar la historia. Estudiarla, por ejemplo, en el arte: en aquel imaginario museo que ha inventado André Malraux donde toda la evolución de

los pueblos está representada en colores y en formas. Estudiarla en la música: desde los cantos primitivos, pasando por el solemne gregoriano de la Edad Media, hasta el atonalismo de nuestros días. Seguirla en la evolución de la danza o en la de la poesía.

Entre ellas está, sin duda, la de evocarla y seguirla en la cocina. En lo que el hombre come, y en la sazón en que lo come, está la obra de los siglos en un compendio que sabe despertar lo mismo el gusto de la carne que el gusto del espíritu.

UNA ORACION ACADEMICA SOBRE EL PROYECTO DEL PORVENIR*

La Academia de Ciencias Políticas y Sociales de Venezuela recibe complacida a Augusto Mijares, en calidad de Individuo de Número.

Venezolano por largas generaciones y por fecundo pensamiento, tanto como al noble linaje de los Mijares de Solórzano, cultivadores de tierras y de virtudes patrias desde el siglo XVI pertenece al glorioso linaje de los grandes venezolanos desvelados por la angustia del destino colectivo, por libre y gozosa aceptación de una misión de servicio sin término.

Su obra valiosa y de acendrada madurez, es el mejor testimonio de su calidad excepcional. Con su clara, severa y elegante prosa nos ha traído las reflexiones que ha formado ante la contemplación de la vida nacional y el estudio de la historia.

Se forma en una época en que la actitud predominante entre nuestros historiadores y sociólogos consistía en un pesimismo negativo, que no hallaba en nuestro proceso histórico sino el efecto fatal de causas invencibles de atraso, de anarquía y de insensibilidad moral. Contra esa concepción negativa y pseudo científica se levanta Augusto Mijares con un examen tenaz y diáfano de nuestro pasado. De esa serena

---

* Contestación al discurso de incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales del doctor Augusto Mijares.

y desvelada búsqueda surje con un aporte de verdades que traen una nueva visión de la condición venezolana. No encuentra justificación ni para considerarnos como decadentes ni para aceptar que estemos atados a degradantes fatalidades invencibles. Halla razones para creer y para confiar. Encuentra en nuestros anales una línea ininterrumpida de alto pensamiento y de fuerzas morales constructivas de las que no sólo podemos sentirnos orgullosos, sino que además constituyen el mejor fundamento para las empresas de nuestro presente y nuestro porvenir.

Esta buena nueva es la que anuncia la primera de sus obras: "La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana", en la que Mijares analiza de la manera más lúcida las fuerzas que han condicionado nuestro destino.

Forma el suyo parte del gran proyecto, todavía no adelantado suficientemente de libertar nuestra historia del fárrago de mentiras convencionales con que ha llegado desfigurada hasta nosotros. Encuentra en la colonia una tradición americana de sociedad civil, mira a la independencia insertarse dentro de esa tradición, que luego reaparece viva y pugnaz frente al caudillismo en nuestro siglo XIX. El ideal republicano no se puede considerar como una ideología de pega adoptada accidentalmente o por espíritu imitativo, sino que viene "desde nuestros más remotos antecedentes políticos y sociales".

Mijares, encuentra en nuestra vida pública numerosos y concordantes testimonios de la fe del venezolano en un ideal moral, sostenido al través de todas las vicisitudes. Si algo hemos sido es un pueblo que nunca se ha resignado a la injusticia, ni ha hecho paces con la indignidad. Frente a los que se han complacido en buscar pretextos para justificar nuestra incapacidad para la libertad y para una vida de derecho, Mijares, sin negar todo el drama doloroso, pero también grandioso, de nuestra historia, presenta el resplandeciente expediente de las virtudes cívicas venezolanas, el respeto a los principios, el amor a la justicia, la condenación de la fuerza, el culto a la magnanimidad, las grandes voces alzadas para el bien que están guardadas como el mejor de los tesoros en el corazón de nuestros hombres. Más que tras del caballo de los caudillos nuestras gentes se fueron detrás

de las palabras de justicia y de igualdad que, taimadamente, habían aquellos o sus rábulas escrito en sus banderas.

En ese hermoso brevario de fe venezolana que es su libro "La luz y el espejo", que mereció el Premio Nacional de Literatura, ha dicho como resumen de su generosa búsqueda: "La peculiaridad más optimista que podemos encontrar en nuestra historia es que a pesar de los infortunios políticos que durante más de un siglo detuvieron o desviaron nuestra reorganización republicana, a través de todos ellos se ha mantenido intacto el propósito democrático bajo el cual nacimos a la vida independiente".

Esa también es la lección que se desprende de su obra "Hombres e Ideas en América" donde presenta el alegato para reinvindicar a nuestra América, del baldón de incapacidad o de decadencia prematura, que sobre ella arrojaron los desencantos demasiado rápidos y superficiales de los románticos y las hipótesis demasiado improvisadas de los positivistas. Lo que él trae son los hechos y los testimonios para fundamentar una teoría de lo afirmativo venezolano. En un país que tanto ha sido invitado a la duda y a la negación de su propio destino, tiene un extraordinario valor de revolución y de revelación moral esta invocación de lo afirmativo que es la única levadura con la que podemos hacer para nuestro pueblo el pan que sacie su larga hambre de libertad y de justicia. Es a lo afirmativo venezolano que Mijares ha dedicado el trabajo intelectual de una vida ejemplar de trabajador del pensamiento, es lo afirmativo venezolano lo que le da unidad a su obra, y es esa hermosa, valiente y exaltante bandera la que él trae en su mente y tremola en su discurso de incorporación a esta Academia.

Los que creemos en Venezuela, no con una fe torpe y ciega de carbonero, sino con una fe lúcida y batalladora de hombre de pensamiento, le estamos en deuda por todo lo que ha hecho para sostener esa fe.

Esta docta asamblea formada por los que han hecho del vario y maravilloso estudio del animal político el objeto de sus vidas, ha hecho bien y se ha mostrado leal a su misión al llamarlo a su seno.

Para realzar y confirmar sus indudables títulos el nuevo Académico nos acaba de presentar, como epítome de sus

meditaciones venezolanas, un admirable estudio sobre lo que él llama, con palabra tomada de nuestros Próceres, "El Proyecto de América".

La confrontación de Europa con la América nuestra, que fue motivo de tan pesimistas conclusiones para los sociólogos hispanoamericanos del siglo XIX, le da a Augusto Mijares materia para unas reflexiones llenas de estímulo vital.

En lugar del desolado panorama de héroes sin pueblos, que vieron nuestros románticos, en vez de las concatenadas fatalidades de la raza y del medio, de la raza mestiza y del medio tropical, que según nuestros positivistas nos condenaban al caudillaje como único remedio de la anarquía, Mijares encuentra en nuestro pasado todo un conjunto de hechos favorables, y la continuidad preciosa de un legado moral que puede y debe servirnos para reconstruir la Patria.

No es la suya la beata complacencia de los que atenidos a ciertos aislados paradigmas morales, no tienen ojos para mirar la historia. El conoce nuestra historia en todo lo que de grande y doloroso tiene, y por conocerla a fondo, encuentra en ella rasgos que revelan una disposición general hacia el progreso y la justicia.

Hace en cierto modo Mijares, en nuestra historia y su interpretación, el viaje de regreso de los románticos y de los positivistas. Los unos y los otros tuvieron a Europa por paradigma inalcanzable. Junto al debate de la Cámara francesa, les parecía mezquino y despreciable el impulso de asonada que movía a nuestras gentes de partido; ante el prestigio de los grandes tratadistas de la ciencia política, les parecía insignificante la prédica de los editorialistas de nuestra prensa; frente a la pompa exterior de las grandes ceremonias del poder europeo, hallaban chabacano y pueblerino el desgarrado combate de nuestras facciones. Llegaban a pensar, siguiendo en esto a muchos europeos, que éramos pueblos malditos de incapacidad política y gentes condenadas a una decadencia sin término. Lo que Mijares encuentra en consideración reflexiva de nuestra historia, es otra cosa. Encuentra un alto y sincero empeño por establecer una sociedad nueva en la que encuentren realización los más elevados ideales de la doctrina democrática. Un mundo en el que la revolución no solamente fue proclamada, sino aceptada por todos como

una decisión irreversible. Después de 1810 el ideal de independencia y el de república democrática estuvieron indisolublemente unidos, y la fe en la igualdad estuvo en el pensamiento de los más altos representantes de la inteligencia, pero también en la acción de los hombres de armas, y, acaso, no sería difícil encontrarla acatada y realizada, aunque de una manera sui-géneris, en el régimen de los grandes caudillos populares.

No hay en la historia hispanoamericana, el equivalente exacto de la reacción europea. Ni siquiera nuestros caudillos pueden asimilarse a aquellos ultramontanos, imbuidos de un ensueño absolutista que acaso no existió nunca en realidad viviente, empeñados no sólo en estancar el proceso natural del cambio de las sociedades, sino deseosos de retrotraerlas a unas formas inertes, que ellos habían concebido como consecuencia de una interpretación superficial y anti-histórica de la época de los respectivos reyes creadores de la unidad nacional. Para no hablar sino de Venezuela, fueron Gobernantes que correspondían al tipo caudillista, los que proclamaron y establecieron la independencia del Estado de la Iglesia, la abolición de las distinciones hereditarias, la libertad de los esclavos, la extinción de los fueros, la igualdad ante la ley, la instrucción pública gratuita y obligatoria, la prohibición del arrendamiento indeterminado de servicios, el registro civil, la abolición de la pena de muerte, la eliminación de la prisión por deudas y tantas otras disposiciones efectivas que fueron, eran y son anatema para los reaccionarios de Europa.

Es ciertamente anti-histórica esa manera, tan practicada por nuestros historiadores, y por no pocos españoles, aún de la magnitud de José Ortega y Gasset, de tomar como modelo del desarrollo histórico a algún país como Francia, Inglaterra, Alemania o los Estados Unidos, y considerar que todo lo que se aparta de ese esquema significa frustración y decadencia. Se llega así al concepto absurdo de que la historia entera de un pueblo como el español no ha sido otra cosa que un continuo proceso de decadencia. Esto no pasa, a lo mejor, de ser el inaceptable traslado de una concepción teológica, la de la caída de los Primeros Padres y consecuente pérdida del Paraíso, al terreno de la historia. No es España, la tierra sin Edad Media, la tierra sin Renacimiento, ni la tierra sin

Siglo XVIII lo que equivale a concebirla como una historia sin vida, sin continuidad y sin consecuencia. Lo que puede ocurrir es que sea España la tierra sin Edad Media a la francesa, sin Renacimiento a la italiana, sin siglo XVIII a la manera de Francia y de Inglaterra, y ello precisamente, por ser una nación de caracterizada personalidad histórica como es España y no ser, ni poder ser Francia o Inglaterra, por que en la historia, a diferencia del teatro, nadie puede hacer a cabalidad el papel de otro.

Nuestro proceso democrático no ha sido igual al de los Estados Unidos, ni mucho menos al de los pueblos europeos, pero no por eso ha sido menos genuino y valedero. Acaso no lo hemos podido ver y comprender en toda su profundidad y extensión por habernos colocado para mirarlo las gafas que conseguimos prestadas en París o en Washington.

Lo que Mijares nos trae de sus reflexiones es la buena noticia tan oportuna y necesitada de que nuestro liberalismo ha sido más sincero y efectivo que el de Europa, que nuestra vocación para realizar una nueva sociedad ha sido un ideal mantenido a todo lo largo de nuestro pensamiento, tanto por los que con evidente injusticia hemos llamado conservadores (¿conservadores de qué, fueron Rodríguez, Vargas, Toro y Acosta?) como por aquellos, que también a la ligera, hemos permitido que se arroguen el calificativo de revolucionarios, como si tan sólo ellos estuvieran al servicio del cambio y del progreso. La divergencia entre ambos era más bien de métodos y de formas, y no de contenido. Seguramente hay más sincero propósito de cambio verdadero y profundo de la estructura social en el pensamiento del llamado conservador Fermín Toro, que en las palabras, un poco huecas, e inconsistentes del llamado liberal Antonio Leocadio Guzmán.

La buena nueva de que Venezuela, desde el 19 de abril de 1810, profesó sin reservas el credo de que la sociedad debía ser reestructurada de acuerdo con un ideal de justicia y de libertad para todos los hombres.

Concebida así la historia nuestra se convierte, con todas sus imperfecciones, en una viva herencia moral que nos obliga a la continuidad y que nos invita a realizar y completar, reflexivamente, con los medios de nuestro tiempo, lo que las circunstancias del pasado no permitieron hacer.

Lo que los hombres de la Independencia llamaban el Proyecto de América, lo que Mijares llama la invitación a reconstruir la Patria, no es otra cosa que el propósito elevado y salvador de darle un sentido de empresa del espíritu al hecho nacional. Es lo mismo que otros hemos llamado la empresa de hacer un país en Venezuela, que es algo más que hacer una Constitución, que es más que levantar una tumba a los héroes, que es todavía más que hacer una escuela para los niños y un hospital para los enfermos, que es por sobre todas esas cosas necesarias, la afirmación de una voluntad colectiva de realizar sin tregua todas las tareas materiales y morales para que en Venezuela haya pan sin amargura, trabajo sin rencor, abundancia sin injusticia, palabra sin miedo, esperanza sin engaño y verdad en los hombres, en los pensamientos y en las acciones.

La empresa de construir el país es la más grande y tentadora que la historia puede ofrecer a los venezolanos, es por decirlo así, la historia misma en acción y con su sentido revelado. En ese gran esfuerzo sin término que cada día crece con la obra realizada cabemos todos, los de hoy y los de mañana, y también tenemos para ella, para su sentido cabal de continuidad, la palabra de nuestros grandes muertos, esa especie de canto de alerta de centinela que pasa por las bocas de Bolívar, de Rodríguez, de Bello, de Toro, de Baralt, de todos los que se han asomado al panorama de Venezuela con amor de comprensión, para legarnos esa herencia moral que tanto nos obliga y que con tanto acierto y oportunidad ha venido a evocar ante nosotros Augusto Mijares.

Bienvenido este mensaje de afirmación venezolanista que nos trae Augusto Mijares, en esta hora en que tanto tenemos necesidad de hacer un esfuerzo supremo para una mejor comprensión de nuestro destino de pueblo y bienvenido Augusto Mijares que nos lo trae, no como una explosión de entusiasmo juvenil, sino como el fruto maduro de la meditación de un hombre que ha velado largamente sobre nuestras realidades y sobre el proceso de nuestra vida histórica.

Ni el desencanto, ni el cinismo, ni la incomprensión han sido el fruto de su reflexiva madurez, sino este hallazgo de las más firmes esperanzas, sino esta vigencia de una herencia moral que nos pertenece y que es la mejor garantía que se

puede ofrecer a los que luchan, siguiendo la mejor tradición venezolana, porque Venezuela sea tierra de paz con justicia, y de progreso con libertad, es decir una Patria de bienes con una bandera de espíritu, donde el hombre no esté obligado a ser enemigo del hombre, sino servidor del hombre, y donde ninguna causa pueda prevalecer sobre la sagrada causa de la dignidad humana.

UNA ORACION ACADEMICA SOBRE EL RESCATE DEL PASADO*

La historia está presente y nos rodea en todas las horas, porque no es otra cosa que la vida. Soy uno de esos que la sienten palpitante en todas las formas del pensar y del hacer social. La he sentido viva en mi vida de venezolano, he asistido a su nacimiento diario en mis horas de acción política, he tratado de revivirla en obras de ficción, he meditado sobre ella en largas horas de pensamiento escrito o tácito, la he buscado en los tratados de los eruditos y en las colecciones documentales con el ansia de un hombre que siente que en ella está la clave de su propio ser junto con la del destino de su pueblo, sin embargo, con todo esto no soy un historiador, sino a lo sumo un venezolano consciente de vivir dentro de la historia, tejido en sus hilos, enfrentado a sus enigmas, atado a su curso y necesitado de entenderla para poder vivir y justificar su vida de una manera más plena.

Esto explica que me sienta algo intruso en esta Casa de la Historia Venezolana, que es como decir la casa de Venezuela, a la que, con generosidad y llaneza, me habéis invitado a entrar y a ocupar un puesto junto a vosotros, señores académicos, que yo me he apresurado a aceptar, honrado y agradecido, sin mirar a la flaqueza de mis merecimientos sino a la espléndida oportunidad que me brindais de venir en medio de vosotros a saciar mi vieja pasión de aprender y comprender.

---

* Discurso de Incorporación a la Academia Nacional de la Historia.

Esta grata emoción se empaña de tristeza al recordar el nombre de mi predecesor en el seno de esta docta Academia, el señor Doctor Eduardo Röhl. Aquel cumplido caballero, flor de la cortesía venezolana, aquel enamorado de la ciencia, a la que buscó sin tregua en los libros, en los laboratorios y en los campos, aquel descendiente espiritual de Alejandro de Humboldt, de cuya memoria hizo un culto y de cuya obra un paradigma; aquel gran servidor del país, que, por encima de todas estas cosas, fue para mi un amigo.

La obra de Eduardo Röhl, estuvo principalmente dirigida a la investigación y a la difusión en el campo de las ciencias físicas y naturales. Estaba movido por la pasión abstracta del conocimiento exacto que sólo brindan las matemáticas, y nada le complacía más que irse de excursión a los bosques y a los montes para identificar especímenes, para localizar variedades o para hacer la medición geodésica de algún punto del territorio.

Conoció y estudió los trabajos de los grandes descubridores y exploradores de nuestra naturaleza, de cuya familia espiritual entró a formar parte, teniendo como altísimo patrón la venerable figura de Humboldt. Al gran sabio de Tégel dedicó muchas de sus estudiosas horas, reunió sus obras, siguió sus itinerarios, buscó sus huellas luminosas en nuestra tierra, coleccionó su iconografía, le consagró numerosos trabajos de interpretación y divulgación, y llegó a ser en dedicación y conocimiento el más autorizado de nuestros humboldtianos.

La tierra se hace historia desde que el hombre la toca. A la zaga de los exploradores y de los descubridores científicos de Venezuela, Eduardo Röhl fue haciendo la historia de la revelación de nuestra naturaleza. La hizo con gracia y acierto en sus *Exploradores Famosos de la Naturaleza Venezolana,* donde recoge las andanzas y hallazgos de aquellos hijos andantes de la ciencia y del espíritu romántico que rescataron para Venezuela su prodigioso legado de geografía, flora y fauna. Allí figuran desde Humboldt hasta Goering y Sachs, pasando por Appun, Karsten y Linden, y sin olvidar al delicioso paisajista que fue Bellermann, que vino a dejar el más hermoso testimonio del paisaje venezolano para poblar de añoranzas los ojos seniles de Humboldt.

Parte notable de esta importante tarea de historiador de nuestra naturaleza la dejó Röhl en la vasta obra inédita que consignó en esta Academia en la oportunidad de su incorporación. Tiene por tema la *Historia de las Ciencias Geográficas de Venezuela* y comprende en ordenada síntesis la información de lo que aportaron para el conocimiento de nuestra tierra los Descubridores y Conquistadores, luego los Misioneros y más tarde las expediciones científicas.

El emisario de las aves, los ríos, las piedras y los bosques era Eduardo Röhl en el seno de esta Academia y por lo mismo era como la insustituible conciencia del hecho natural en el coloquio de los historiadores. Grande por lo tanto es su ausencia y justa la dolida rememoración de sus méritos, que fueron muchos y verdaderos.

Al rendir homenaje a esta noble figura desaparecida, no hago, en cierto modo, otra cosa, que labor de historiador, que consiste sobre todo en rastrear en el presente las grandes presencias del pasado. Cuando se le preguntaba a Ciriaco de Ancona, uno de los adelantados del Renacimiento, para qué se había puesto a reunir con tanto interés restos e inscripciones de la antigüedad, respondía: "Para despertar a los muertos". Para despertar a los muertos, señores académicos, existe esta casa y estamos aquí congregados hoy.

Los viejos historiadores solían decir que la historia es la maestra de la vida y con ello apuntaban, más con un propósito moral que histórico, a la conveniencia de estudiar el pasado para no incurrir de nuevo en los mismos errores en el presente. En estos tiempos de historiografía científica sería difícil subscribir por entero a este concepto que casi reduce la historia a una lección ética, pero, en cambio, cada vez nos resulta más evidente que la imagen que un pueblo llega a formarse de su historia está entre los agentes más activos de la comprensión de su presente y de la proyección de su futuro. De la forma en que lleguemos a concebir nuestro pasado depende en mucho la manera como vamos a entender y a enfrentarnos a los trabajos del presente.

Si la imagen que la historia da a un pueblo de su propio ser colectivo y de su quehacer fundamental en los tiempos es una visión de orgulloso sacrificio y entrega a ideales intemporales, será muy difícil llevarlo a acometer las ordi-

narias tareas del taller, del camino y del mercado que es la ocupación de la gente organizada y productiva.

Una historia como la del Padre Mariana, hecha toda en tono heroico, no podía tener otro fin que el de hacer de los castellanos meros añorantes de una cruzada sobrehumana, mal avenidos con las mezquinas necesidades de la vida ordinaria. De esa imagen más poética que histórica, y acaso por lo mismo más efectiva, lo que surgía era un mandato de conquista, de señorío y de guerra de Dios, tan imperativo y convincente como el que los romanos recibieron, emocionalmente, de la *Eneida*, que fue para ellos, esencialmente, la imagen de su misión frente al mundo, la proyección militante del romano frente al mundo subalterno de los peregrinos y de los bárbaros: "Tu regere imperio populos".

Hombres y pueblos, en gran parte, somos lo que creemos ser. Para un pueblo que por siglos vio su imagen patente en el *Poema del Cid*, visión poética de extraordinaria eficacia histórica, tenía que parecerle indigno de su condición todo lo que no fuera la guerra santa para establecer el señorío sobre los infieles. "Venid a ver cómo se gana el pan" dice Mio Cid a las mujeres de su familia para que se asomen a las torres de Valencia a verlo combatir contra el rey moro, con la sangre "por la loriga ayuso destellando". Para el granjero de la Nueva Inglaterra, para el comerciante de la Hansa, para los burgueses que pintaron los flamencos, para los marinos de Génova, para los mercaderes de la City, no era eso, precisamente, lo que llamaban "ganarse el pan".

La imagen que un pueblo llega a hacerse de su pasado forma parte esencial de la noción de su propio ser y determina la concepción de su posición ante el mundo. Es su modo más común y certero de tomar partido y de fijar rumbo. No pocas veces esa visión del pasado llega a convertirse en una traba para incorporarse eficazmente al presente y a sus nuevos requerimientos.

Por desgracia esa imagen del pasado es, generalmente, el resultado de una operación de mutilaciones, preferencias y prejuicios que los historiadores han hecho sobre la materia historiable. En este sentido toda la historiografía ha sido, en mayor o menor grado según los casos, "ad usum Delphinii". La historia de Mariana tendía a dar permanencia al

ideal imperial para los españoles; la historia de Bossuet buscaba afirmar lo teológico sobre lo humano; la historia de los románticos quería fiarlo todo a la acción de los héroes y de los ideales populares; la de los positivistas no quería ver sino los resultados de las grandes circunstancias permanentes; la de los marxistas no tiene otro fin que presentar a la revolución social como remate, corona y fin de la historia.

La gran tarea de la historiografía científica en nuestro tiempo está en llegar a escribir una historia sin intenciones, que sea a la vez el reflejo y la explicación del quehacer humano en todas sus dimensiones y variedades, donde junto a la fuerza del hecho económico, esté el poder de la creencia; donde junto a la acción del héroe esté la acción del medio; donde junto a las técnicas de trabajo estén las obras del pensamiento; donde junto a la estructura social esté la concepción cultural; una historia de los trabajos, de las acciones, de los pensamientos y de las creaciones; una historia de los grandes hechos y de las diarias tareas, una historia en que esté lo universal junto a lo peculiar de cada pueblo. Una historia del hombre entero para la comprensión completa del hombre.

Aun cuando más cerca que en ningún otro tiempo, lejos está todavía de ese ideal la moderna historiografía, pero si nos volvemos hacia la historia que hemos solido escribir de Venezuela, encontraremos que está entre las más alejadas de ese objetivo de comprensión y de integración total. Por ello, a pesar de haber tenido tan largo linaje de grandes escritores de historia como tenemos, no se exagera mucho al decir que escribir la historia de Venezuela es una gran empresa nacional todavía en gran parte por hacer. Es casi la empresa previa de un país que tiene que comenzar por reconocerse para poder emprender con suficiente seguridad la empresa de hacer un futuro que esté de acuerdo con sus ambiciones realizables.

La historia de Venezuela, en la forma en que más activamente influye sobre la mente del venezolano medio, que es precisamente la de los manuales elementales que aprenden nuestros niños, es un relato parabólico segmentado en tres tiempos. Es decir, una historia caprichosamente organizada

en torno a una perspectiva arbitraria, con un borroso arranque una culminación breve y fulgurante y una interminable decadencia.

En ese coto de tiempo de cuatro siglos y medio el autor de nuestro manual se coloca como un pintor del "cuattrocento", sobre la eminencia de la gloria militar de la Independencia y deja que las cosas se organicen en perspectiva, es decir, en magnitudes y relaciones determinadas por las limitaciones subjetivas de la mirada de un contemplador. Más sabio acaso hubiera sido colocarse como el vitralista de Chartres ante la leyenda carolingia, que la logra representar toda en simultáneos fragmentos, con la variedad fluída y múltiple de la vida verdadera y del verdadero paisaje.

Todo el primer plano de nuestro manualista está hecho de los grandes hombres y de los grandes hechos de nuestra Independencia. Más espacio ocupa uno cualquiera de los combates librados en esos quince años de heroica guerra, que los largos tiempos de domesticar el cacao y de introducir el trigo; más abulta el incidente de Asamblea que ocupó unos días, que el lento y difícil proceso humano, económico y cultural de la fundación de los pueblos sobre la rugosa haz de nuestra geografía; más se detiene en la biografía de un guerrillero que en el pausado cultivo de incorporación de nuestra sensibilidad al barroco.

Los tres siglos de vida colonial en los que literalmente se hace el país y cobra algunos de los rasgos más característicos de su fisonomía física y espiritual, se reducen a un puñado de anécdotas de la resistencia de los caciques y de las cuitas de los conquistadores. Es como si toda la existencia colonial no hubiera sido otra cosa que el alba del día de la Independencia; y el siglo y medio posterior de vida nacional, el largo y melancólico crepúsculo vespertino de ese día de sobrehumana gloria. Es casi como si lo único digno de la historia que tenemos hubiera comenzado en 1810 y hubiera concluído para siempre en 1830. Toda la historia de un país reducida a un lapso menor que la vida de una generación.

Muchas veces me he detenido a reflexionar sobre esta curiosa manera de sentir y narrar la propia historia y sobre todas las graves consecuencias que involucra. No es de extrañar que influídos por ella tantos venezolanos hayan mirado

con injustificado desdén la gran labor constructiva de la época colonial, o hayan sentido que todo lo que ocurrió después de la muerte del Libertador, es tan sólo el melancólico recuento de una especie de degeneración nacional.

"Los trabajos de la paz no dan materia a la historia; cesa el interés que ésta inspira cuando no puede referir grandes crímenes, sangrientas batallas o calamitosos sucesos" dirá Baralt. Y Juan Vicente González dirá en tono apocalíptico: "Nuestras madres, fecundadas por la libertad, dieron una generación sobrehumana, llena de la llama del cielo y del calor sombrío de la tempestad. Tuvimos héroes de benevolencia; tuvimos varones que concentraron en su cabeza un poder inmenso, que vivificó y sostuvo a la fabulosa Colombia." Aunque revestido de pretensiones científicas ese tono desesperanzado se mantiene en la explicación fatalista de nuestros discípulos del positivismo. En nuestros propios días, un hombre de tan pasional sentido de lo nuestro como José Rafael Pocaterra, llega a calificarse a sí mismo, en relación con el tiempo en que le toca vivir, "un venezolano de la decadencia".

Esta perspectiva, deformante como toda perspectiva, ha destacado la acción violenta y la lucha armada no sólo como las únicas vías para alcanzar la grandeza, sino también como los solos instrumentos del verdadero hacer histórico y ha creado, en la mente del venezolano medio, una imagen heroica de la historia y una inclinación a considerar la violencia como la única forma de la acción creadora, a no aspirar sino a las más inalcanzables promesas y a confiar en la llegada mesiánica del héroe sobrehumano que nos las va a deparar convertidas en realidad gratuita. Es, en verdad, una visión mágica y violenta de nuestro destino la que ofrece nuestro manual de historia.

No hay duda de que los venezolanos tenemos en los hombres y en los sucesos de nuestra Independencia un caudal de gloria, que es a la vez energía moral e invitación a la grandeza para el empeño de alcanzar un destino superior, pero también es cierto que todo lo que de positivo pueda tener esa hazaña cambia su signo al llegar a considerarla como agotada en sí misma, como fruto de un prodigio aislado

e inexplicable y al sacarla paradójicamente, por eso mismo, del continuo creador y vital de la verdadera historia.

Por cierto podemos tener que no nació Venezuela en 1810. El país que con tan resuelto gesto se encara a la gran hora de la Independencia venía de muy atrás. Venía por descontado de un siglo XVIII muy rico en experiencia humana. Es el siglo en que cobra su fisonomía definitiva el país y en el que se plantean algunas de las grandes contradicciones de su destino. No es menos importante que ninguna batalla la introducción del café que cambia el aspecto de la geografía humana venezolana. No vale menos que ninguna constitución el proceso de acciones y de reacciones que durante medio siglo largo ejerce en nuestro medio la Guipuzcoana. Es un suceso de primera magnitud histórica la introducción de la filosofía racionalista en la Regia y Pontificia Universidad de Caracas. La creación de la Intendencia borbónica, la expulsión de los jesuítas, la Real Cédula de Gracias al Sacar, entre otros hechos, producen profunda influencia en el rumbo de nuestro destino colectivo. Es, sin duda, el tiempo en que las dispersas poblaciones comienzan a sentir claramente que más allá de sus ejidos hay un ámbito nacional al que pertenecen. La cédula de 1777 no es sino el reconocimiento oficial, en lenguaje de escribano, de que existía en el hecho una nación llamada Venezuela.

La historia colonial debe ser entendida por nosotros como la de la formación de la nacionalidad venezolana. En esos tres siglos, duros, magros y estrechos se hizo Venezuela, es decir, un país con una sensibilidad histórica y geográfica, y con un sentido del rumbo colectivo tan formado, que en su entraña pudieron madurar los grandes adelantados de un gran destino nacional: Miranda, Bolívar y Bello.

Pero tampoco podríamos aceptar que esa historia surge de una manera mítica un día determinado, el día de 1498 en que Colón toca en la Costa de Paria o, acaso, aquel en que se inicia el primer establecimiento permanente en el pelado islote de Cubagua.

No nacen los pueblos como los dioses griegos del azar prodigioso de un hecho aislado, sino de muchas confluencias de acciones y de pasiones y de muchas confrontaciones de

herencias y de presentes, a la manera gravitante de los ríos o a la manera trabajada de la forja de los herreros.

Ese coto cerrado en el tiempo no es la imagen cierta de la historia. Entre los grandes actores de nuestro destino están sucesos, creaciones, concepciones y valores que hemos recibido de fuera y de antes. Hay toda una herencia viva pre-nacional y extra-nacional en la hechura de lo que hoy llamamos Venezuela.

Los hombres que llegaron detrás de Colón eran los portadores de un complejo pasado cultural. Eran castellanos, cristianos viejos, hijos de la historia mediterránea. En la lengua que traían había palabras que venían de los fenicios, y palabras que venían de los romanos y de los griegos. Cuando decían "guerra", lo hacían con una palabra que les había quedado de las sangrientas invasiones germánicas. Y cuando decían "acequia" rememoraban sin saberlo las prodigiosas artes del riego que durante siete siglos de permanencia introdujeron los moros en España. Cuando decían "legua", era como un eco perdido, acaso eco de gaita, del nombre con que llamaban sus heredades los celtas que se habían establecido en las lluviosas riberas del Atlántico, al sur del Finisterre.

Pertenecían culturalmente a la Romania y venían, sin proponérselo acaso, por una mera consecuencia del ejercicio vital, a extenderla a la nueva tierra que habían llamado Costa Firme. Era una nueva provincia de aquella Romania, hija abandonada del imperio, que por encima de las diferencias de lengua, iba a mantener la fidelidad a un espíritu y a una tradición latina, cristiana y mediterránea en las gentes que iban a hacer a España, a Portugal, a Francia, a Italia y a Rumanía.

Esos castellanos que vinieron a establecerse en la nueva tierra representaban la hora en que la Romania, salida de la Edad Media, creaba el Renacimiento. Eran hijos de las empresas y de los motivos de esa hora, pero a la manera castellana. La empresa misma de la conquista y población de América es un capítulo central del Renacimiento. No es un mero azar que el nombre de Venezuela brotara de la imaginación florentina de un criado de los Médici, como la ofrenda augural de una vieja medalla, que Américo Vespucci

sacaba del historiado arcón de sus lecturas y de sus correrías de hombre del "cinquecento".

La empresa de las Indias, como la llamaron los españoles, era, además, en parte una prolongación del espíritu de cruzada y de sojuzgación de los infieles que había animado el Medievo castellano. Tenochtitlán y el Cuzco eran como otras remotas Córdoba y Granada, y pronto se hicieron a la guazábara indígena los que venían de tan largas centurias de enfrentarse a la algarada de los moros.

No sólo la lengua, sino una gran parte de las emociones y nociones de nuestra alma colectiva son herencia de la Edad Media Castellana. El concepto de la ciudad y de la familia, la figura del alcalde y la del cura, la invocación de los santos patronos y la forma de las fiestas populares. La casa de zaguán y de ventana enrejada, el Cabildo, el estrado de las mujeres, el refrán "qué dice la vieja detrás del fuego", el concepto de la autoridad, de la obediencia, del honor y del buen orden. La idea de la riqueza y la importancia de la salvación del alma, el menosprecio del trabajo servil y el ideal de una vida señorial y caballeresca, todo eso que surge y resurge como la ola en la playa, en el combatido drama de nuestra historia nos viene, por derecha vía, de los castellanos de la Edad Media.

De más consecuencia que muchos combates de nuestra Independencia o de nuestras guerras civiles, fue para nuestro destino de pueblo una batalla como la que los comuneros de Castilla perdieron contra Carlos V, en 1521, a pesar de que en ella no hubiera peleado ningún venezolano, porque allí se cerró para el mundo hispánico, por mucho tiempo, la posibilidad de una evolución ascendente de las instituciones del gobierno representativo. En nuestra larga crisis constitucional pesa con grave peso cierto la derrota de Villalar.

La Bula "Universalis Ecclesiae", que dictó Julio II, en 1508, estatuyendo el Patronato Real en las Indias, ha tenido más repercusiones en nuestra vida pública que muchas instituciones adoptadas por nuestros Congresos.

El advenimiento del despotismo ilustrado borbónico al trono de España, tuvo más consecuencias para nuestro destino que muchas de las revueltas armadas en las que nuestros manuales de historia se detienen.

Esto significa que esto que por tanto tiempo nos hemos limitado a ver como una historia local, en gran parte, es la prolongación de un acontecer y de un hacer, que pertenecen a la historia universal.

Venimos por la Edad Media Castellana de la Romania, y por la Romania de una antigüedad mediterránea, latina, griega, hebrea y mesopotámica. Todo eso está vivo y actuante en nosotros en la creencia y en los conceptos, y al través de nosotros en nuestra diaria creación de historia como pueblo. Puede que no lo sepamos, pero nuestro concepto de la dignidad del hombre está en Sófocles, puede que lo ignoremos, pero eso que llamamos de un modo confuso libertad y que tan profundamente nos mueve, lo sentimos así porque antes los atenienses habían sentido y conocido la *elefteria* que es acaso la misma emoción.

Cuando hablamos de ley y de justicia, hablamos de la ley y de la justicia que hicieron los romanos, una ley escrita expresada en cuerpos lógicos y una justicia que es la declaración del derecho por medio del magistrado que conoce la ley, y no la de los pueblos orientales o nórdicos que nunca lograremos sentir como nuestra.

En no pocas ocasiones la creencia y las técnicas tradicionales que forman parte de lo más raigal de nuestro pueblo, vienen juntos desde el más remoto pasado. La expedición arqueológica iniciada en 1922 por Sir Leonard Woolley excavó en un punto, entre Bagdad y las playas del golfo Pérsico, las ruinas indudables de la ciudad de Ur. Ur de los Caldeos, según la Biblia, fue la ciudad de donde salió Teraj, con Abram, con Sarai y con sus recuas para celebrar la alianza con Jahveh, de donde brota la corriente del monoteísmo hebraico, que es la matriz del cristianismo. Entre las cosas que sacaron a luz los arqueólogos estaban las ruinas de una casa de ladrillos, de patio central y corredor de madera, contemporánea de Abraham. Esa casa no la verían con extrañeza nuestras gentes de los Andes o de Los Llanos. Edificaciones similares han levantado los albañiles venezolanos por generaciones y es fundamentalmente la planta de lo que más justificadamente podríamos llamar la vivienda criolla. De la misma remota raíz de milenios nos viene la casa y la creencia, por

donde podemos decir que buena parte de nuestro espíritu y de nuestra vivencia salió de Ur en la recua de Abraham.

Proyectada así y tejida en los milenios, podemos contemplar nuestra historia como una rica y venerable herencia moral y material, que salida de los sumerios y de los hebreos pasa por los pueblos más creadores del Mediterráneo y termina por caracterizarse en la Empresa de Indias de la Castilla del Renacimiento.

Sin embargo, ese hacer y ese acontecer, que no cabe en los tres tiempos de la perspectiva de nuestros manuales, no es, ni puede ser una mera prolongación de algo que pasó antes y afuera. Si estuviéramos convocados para repetir o mimetizar una historia hecha y cerrada no tendríamos ni vida ni historia. Ni somos ni pudimos ser nunca una nueva España, porque tampoco somos una mera continuación cultural de la Romania castellana. En nuestro medio y en nuestra circunstancia hemos constituido un pueblo que ha hecho y hace historia.

En un vasto escenario natural de costas, islas, montañas, llanuras y selvas la historia venida de afuera se convirtió en uno de los protagonistas de nuestra propia historia. El escenario imponía sus condiciones y hubo otros protagonistas importantes.

Hubo, por descontado, el indio, que representa el elemento más telúrico en nuestro sentimiento de la nacionalidad. Sentimos la tierra personificada en el indio. Eso explica la paradoja sentimental de que sintamos más como nuestro héroe al Guaicaipuro derrotado que al Losada vencedor, a pesar de que nuestras características nacionales sean un resultado directo de la victoria de éste. En vastos aspectos sociales está presente el indio, en el maíz, en la arepa, en el cazabe, en la coa de cultivar, en el rancho en que habita nuestra gente humilde y en el gran hecho social y económico del conuco, como sistema tradicional de trabajo, vida y producción para la mayoría de nuestro pueblo en lo más de su historia.

No está menos presente en nuestra historia como agente creador la cultura del conuco, que el arquetipo intelectual y moral de Las Siete Partidas y de las Leyes de Indias.

No era cultura de la Romania la que aportaba el indio, ni lo era tampoco la que trajo el negro. En la sentina de los barcos negreros con el doloroso cargamento de brazos encadenados, venían lenguas, creencias, mitos, cantos, danzas, concepciones mágicas del mundo. Esa influencia, no sólo como fuerza de trabajo en la producción de los grandes cultivos coloniales como el cacao y la caña de azúcar, sino como contribución espiritual tuvo grande importancia en la formación de nuestro pueblo. Se ha estudiado poco la que pudiéramos llamar la pedagogía de las esclavas en la formación de nuestra alma colectiva. Por lo menos durante dos siglos, en que las escuelas escaseaban y la enseñanza no pasaba de nociones superficiales, las ayas negras, conviviendo con los niños de las clases privilegiadas, les trasmitieron todo un rico y oscuro tesoro de nociones, refranes, leyendas y ritmos, que entraron a formar parte indisoluble de nuestra mente y de nuestra sensibilidad colectiva. Simón Bolívar, el más grande de los venezolanos, se complacía en reconocer una segunda madre en la negra Hipólita.

Estos protagonistas en grado diferente tejieron nuestra historia en el escenario de nuestra tierra, en un rico y profundo proceso de mestizaje, del que nace el venezolano. Es este el gran hecho central de nuestra historia y el que hay que comprender para comprendernos.

Hubo un profundo y constante mestizaje entre las culturas y las actitudes vitales de los tres protagonistas. No sólo mestizaje de sangre, que es por descontado el menos importante, sino grande y creador mestizaje de aportes culturales en adaptación constante al nuevo medio social y físico.

Este fecundo y original proceso de mestizaje que nos caracteriza está presente en todas las formas de nuestra vida social y cultural. Hay mestizaje vivo en nuestra lengua, en nuestro folk-lore, en nuestra literatura, en nuestras costumbres. Son mestizas nuestras técnicas de producción y nuestra arquitectura. La chícura va con el arado romano y la pared de bahareque con el techo de tejas. Junto a variantes activas del romancero castellano, está en la mente de nuestro pueblo, lleno de enseñanzas e incitaciones, el vasto ciclo

pedagógico de las aventuras de Tío Tigre y Tío Conejo que nos dieron los africanos. Hay todo un muestrario del mestizaje, en una fiesta como la de los diablos del Día de Corpus, y lo hay también en la evolución del barroco en las fachadas de nuestras iglesias, en el mobiliario del hogar tradicional, y en muchas prácticas medicinales o mágicas.

Es mestiza nuestra cocina. Un plato tan nacional como la hayaca es como un compendio ejemplar del proceso de mestizaje. Está en ella la pasa y la aceituna de romanos y griegos, la alcaparra y la almendra de los árabes; la carne del ganado de los capitanes pobladores de Castilla, y el maíz y la hoja de bananero de los indios.

Nuestro quehacer histórico, nuestra originalidad histórica, tiene que ver esencialmente con ese proceso consciente e inconsciente de creación de formas, de concepciones y de actitudes por medio del mestizaje. En el fondo de nuestra mentalidad hay una propensión a lo mágico, que acaso nos venga de los protagonistas oscuros de nuestro drama histórico, y que ha influido decisivamente en muchos grandes sucesos de nuestra vida política. Hay por ejemplo, todo un capítulo por escribir, sobre los elementos mágicos negros e indios como determinantes de la actitud popular en el poderoso proceso de la revolución federal.

Todos estos actores invisibles de la historia son los que tendríamos que llamar al proscenio para comprender en toda su amplitud y dimensión el gran proceso de nuestra vida colectiva.

Junto a ellos, en no menor grado, estarían los otros grandes protagonistas no humanos del hacer de Venezuela. Estaría la búsqueda de El Dorado, el cacao con su voluptuosa fragancia de tierra caliente, el café que incorporó a la geografía humana las laderas de nuestros montes, los ríos, los climas, las sequías, las lluvias, y por último, esa poderosa presencia transformadora, perturbadora y creadora, que ha cambiado el rumbo de nuestro destino en el último medio siglo, que es el petróleo.

Pero esa historia que vemos nacer y tomar rumbo, aun antes de que nazca el hecho nacional, y que vemos desarrollarse luego sobre una tierra ya venezolana por medio de

la interacción de los protagonistas del proceso del mestizaje nacionalizante, no estuvo, ni antes ni después, substraída a la influencia de la historia viva del mundo occidental.

Una influencia activa de lo contemporáneo externo, ha formado parte importante de nuestro proceso nacional. No sólo por el hecho de que durante tres de los cuatro y medio siglos de nuestra existencia el centro del poder político que nos gobernaba estuviera fuera de nuestras fronteras, en tierra de Europa, sino por la incorporación constante al proceso cultural y político de Occidente.

Los colonizadores del siglo XVI traían la intención evidente y confesa de recrear una Castilla en estas tierras, trasplantando totalmente las formas de vida y las normas de espíritu y transformando al indio en cristiano de pueblo español de la época de Felipe II. Cuando el nieto de Luis XIV sube al trono de Madrid trae la intención de incorporar a España y su imperio al sistema regaliano francés del despotismo ilustrado. Estas intenciones no se convirtieron exactamente en hechos, pero influyeron en grado variable en el rumbo de los hechos.

Esto es lo que pudiéramos llamar la influencia de la contemporaneidad occidental en nuestra historia. No hubiéramos podido llegar a ser plenamente europeos nunca, pero muchos de los grandes gestores individuales de nuestra historia tuvieron este propósito. Esta intención y vocación de contemporaneidad europea es otro de los factores del proceso de mestizaje de nuestra historia.

Esa contemporaneidad se ha hecho más sincrónica o más retardada según los tiempos y las circunstancias nacionales. No hay duda, por ejemplo, que para 1730 la contemporaneidad europea que nos llegaba traía un retardo de casi un siglo. Pero luego esa contemporaneidad se va haciendo más presente y activa. El movimiento de los orígenes de nuestra Independencia es precisamente un momento en el que la contemporaneidad occidental se convierte en presente venezolano y actúa poderosa y decisivamente sobre nuestro acaecer.

La aparición del nuevo hombre de razón y de derecho frente al hombre de deber y de autoridad constituye lo que algunos han llamado la crisis de la consciencia europea en

el siglo XVIII. Es una mutación general de los valores sobre los cuales la sociedad europea se había estructurado desde la Edad Media. De un pensamiento teológico se pasa a un pensamiento crítico, de hablar del pasado se pasa a hablar del porvenir, el hombre no es el heredero de un orden establecido sino el instrumento de creación de un orden racional. Todo está sujeto a revisión y crítica, desde las creencias religiosas, hasta las formas políticas.

A ese gran proceso, con despierta avidez creadora, se incorporan los grandes venezolanos que van a hacer la independencia. Hombres como Miranda o como Simón Rodríguez logran evadirse del medio criollo para incorporarse plenamente a la contemporaneidad occidental y por eso nuestra Independencia llega a adquirir su plena significación dentro del proceso general revolucionario del tiempo occidental. Esa pasión por la contemporaneidad universal ha impedido a muchos ver el proceso vivo del mestizaje nacional. Se imaginan que no hay sino circunstancias universales y adhesiones a las verdades generales. Este es precisamente el estado de espíritu de los Constituyentes de 1811 y marca, por lo mismo, la hora de más completa entrega del espíritu venezolano a las solicitaciones de la contemporaneidad occidental. Estaban en una actitud de ignorar la historia, y la historia se vengó trágicamente de ellos.

La contemporaneidad occidental no podía ser el único protagonista de nuestro quehacer de pueblo. Era uno de los protagonistas y ya era bastante.

Había que buscar el rumbo entre las exigencias del hecho nacional y las solicitaciones de la contemporaneidad universal. Esa tensión creadora entre lo universal contemporáneo y la vigencia de lo peculiar nacional se hace patente en el pensamiento de Bolívar, y ésta es precisamente una de sus mayores glorias. Esto está claro en ese prodigioso testamento, en esa luminosa pauta para hacer historia, que es el discurso de Angostura. Bolívar nos dejó en él el acta solemne de declaración del mestizaje histórico, que es la condición de nuestro destino nacional. Fue así el primero en entender el proceso de nuestro hacer de pueblo, y por eso la historia de nuestro siglo XIX le dio la razón.

La historia de nuestro siglo XIX no es otra cosa que la historia de la prolongada crisis provocada por el conflicto entre los ideales de la contemporaneidad occidental y el hecho nacional, de la que brota como resultante una de las grandes creaciones del mestizaje histórico: el caudillismo.

A ese producto del mestizaje que es el caudillo, lo van a mirar como un monstruo anacrónico los grandes espíritus en quienes vivía con más fuerza la contemporaneidad europea, los González, los Toro, los Acosta. Ni siquiera los positivistas van a lograr entenderlo de un modo completo y satisfactorio, atenidos a una contemporaneidad ideológica, ya un poco retrasada en su tiempo, que los llevaba a hallar en todo un mero determinismo de la raza y del medio.

A estas alturas de nuestro examen de conciencia podemos ya pensar que esa historia simplista en tres tiempos, centrada en los grandes hechos externos de la independencia, deja afuera la mayor parte del hecho histórico al que pertenecemos, como herencia viva de otros tiempos, como fundamental proceso creador del mestizaje cultural, y como tensa correlación del hecho nacional y de la contemporaneidad occidental, lo que equivale a reconocer que hasta ahora hemos carecido de una imagen cabal de nuestra historia, y por lo tanto, de una visión fidedigna de nuestro propio ser. Porque es incompleta, y parcial nuestra historia escrita, está desfigurada la imagen que recibimos y trasmitimos de nuestro ser histórico y por ello mismo nos condenamos y condenamos a nuestro pueblo a no poderla vivir y realizar plenamente.

Si carecemos de una visión del pasado, suficiente para mirar nuestro ser nacional en toda su compleja extensión y hechura, carecemos de historia en los dos sentidos, de historia como explicación del pasado y de historia como empresa de creación del futuro en el presente.

Vista así la historia nos resulta la más completa empresa de rescate de la personalidad nacional. Una empresa para la que ciertamente necesitamos despertar a los muertos, pero también desvelar a los vivos para que puedan participar en plenitud en la continuidad creadora del hacer histórico.

Es el rescate completo del pasado la condición previa para la completa posesión del presente. Nada menos que esto, significa la historia para un pueblo.

Hemos vivido hasta ahora con una visión desfigurada de nuestro pasado que nos ha dado una imagen mutilada y parcial del ser nacional.

Nuestra actitud tradicional ante el fenómeno de la historia presenta un curioso paralelismo con nuestra actitud ante la realidad de nuestra geografía. Desde el descubrimiento hasta hoy más de la mitad de nuestro territorio ha permanecido siendo tierra baldía o inaccesible, tierra cimarrona escapada a la ocupación útil. Es como si el ser nacional no hubiera vivido sino con una parte de su cuerpo. Es similar lo que nos ha ocurrido con la historia. Nos hemos encastillado en una parte de ella y hemos permanecido ciegos y sordos ante el vasto panorama de los afluentes y las raíces que nutren nuestra individualidad. Es como si no hubiéramos conocido sino una parte de nuestra alma.

La tarea del presente es la conquista y posesión útil de todo nuestro territorio y sus recursos, pero para ello necesitamos primero rescatar toda nuestra alma y su herencia cultural. El alma de los venezolanos, es decir, su cultura, su espíritu, sus valores, sus motivaciones, sus conceptos, sus creencias, sus posibilidades creadoras, hay que irla a buscar en la historia. Y no es historia la que a un pueblo no le ofrece la posibilidad de contemplar la imagen cabal de su alma.

INDICE

Toda historia es 7
La Conquista de América, como problema jurídico y moral.. 11
Los Testimonios de la Pobreza 29
La Crisis del Orden Colonial 37
Cuatro Momentos del Destino Americano 59
La Independencia y la Historia de Venezuela 65
La Rebelión de Caracas 71
Un Rumor de Ágora 75
Una Galería de Retratos 103
Las Primeras Palabras de la República 111
Meditación del Sesquicentenario 115
Cuatro Forasteros 131
Caracas 145
La Hayaca, cómo Manual de Historia 157
Una Oración Académica sobre el Proyecto del Porvenir 165
Una Oración Académica sobre el Rescate del Pasado 173

ESTA EDICION DE

DEL HACER Y DESHACER
DE VENEZUELA

HA SIDO REALIZADA EN LOS TALLERES DE
ITALGRAFICA, C. A., EN CARACAS, Y SE
HA CONCLUIDO EL 11 DE AGOSTO DE 1962

Carátula de **Gerd Leufert**

PUBLICACIONES DEL ATENEO